

LA LUNA  
EN LAS MINAS  
Rosa Ribas

Siruela Nuevos Tiempos



Rosa Ribas

**La luna en las minas**

**Siruela**

Nuevos Tiempos

Esta novela ha obtenido  
el Galardón Letras del Mediterráneo,  
otorgado por la excelentísima Diputación de Castellón,  
en el año 2017.



Edición en formato digital: abril de 2017

En cubierta: ilustración de © Olga-i/Shutterstock.com

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Rosa Ribas, 2017

Autor representado por

The Ella Sher Literary Agency,

[www.ellasher.com](http://www.ellasher.com)

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17041-75-5

Conversión a formato digital: María Belloso

*A Montse, mi madre, que siempre  
ha dicho que soy algo lunática.*

*For the werewolf, for the werewolf  
Have sympathy cause the werewolf  
He's somebody like you or me*

*Once I saw him in the moonlight  
When the bats were flying  
All alone I saw the werewolf  
And the werewolf was crying*

MICHAEL HURLEY, *The Werewolf*

Había aullado de hambre toda la noche. A la madre se le había cortado la leche.

El padre se acercó a la cuna y lo miró. Las frazadas revueltas parecían a punto de engullirlo, pero se resistía, apretaba con fuerza los puños diminutos. Lo levantó con morosidad, esperando una voz que lo detuviera. La criatura abrió los ojos. Esos ojos. Las ojeras debajo, un presagio de luto si él no hacía nada.

Lo envolvió para protegerlo del frío. Era febrero y una gruesa capa de nieve cubría las calles del pueblo. Hizo un fardo prieto, el llanto cesó y lo sucedió una queja aguda, como la de los gatitos cuando los metían en un saco para tirarlos al pozo. Percibió tras de sí un roce entre las sábanas, ella se movía, tal vez dejaba de darle la espalda a esa cuna odiada. Cargó el fardo en el brazo derecho y se volvió. Despeinada y amarillenta, su mujer reptaba para sentarse. No le quitaba la vista de encima, pero seguía muda. Él avanzó hasta la puerta. Antes de abandonar el dormitorio, se giró de nuevo para que viera a la criatura.

—Llévatelo. —Tenía la voz rasposa, como si no solo se le hubiese cortado la leche, sino que se hubiera secado toda—. ¡Vete! ¡Llévatelo! —Un grito de papel de lija antes de cerrar los ojos.

Salió.

Bajó la escalera de piedra que llevaba a la planta inferior. Sus dos hijos se habían apostado frente a la puerta de la casa. Dos pequeños centinelas temblorosos. El mayor tenía seis años; el pequeño, tres. Cogidos de la mano, miraban el bulto del que salía un débil sonido. Se caló el sombrero de fieltro sin soltar al bebé, ya que veía en los ojos de los hermanos la decisión de arrebatárselo, y se plantó delante de ellos. El mayor levantó la vista implorante; el pequeño bajó la cabeza para contemplar sus recias botas engrasadas con manteca. En uno reconoció su mismo remolino de pelo en la coronilla; en el otro, la forma de la nariz. También la boca, el grueso labio inferior que temblaba al hablar.

—No se lo lleve, padre.

Le respondió que era mejor para todos.

—Por favor, padre.

Le dijo que era mejor también para la criatura que, de lo contrario, moriría.

—No es culpa de Ximo, padre. Fue la bestia que entró en la casa y...

Y calló para siempre al recibir la bofetada.

—No se contradice tres veces a un padre —le gritó al hijo, mientras se lo gritaba a sí mismo para convencerse de que esa y no otra había sido la razón de su manotazo.

El golpe lanzó al mayor hacia la derecha y lo arrancó de la mano del pequeño, quien se apartó hacia el otro lado mientras repetía en un murmullo «fue la bestia, yo lo oí, fue la bestia», y se cubría la cara con el brazo recién liberado. Él hizo como si no lo hubiera oído pronunciar las palabras prohibidas y abrió la puerta. Los hijos quedaron dentro, pegados a la hoja. Dos pequeños centinelas inanes.

El llanto del bebé arrancó de nuevo al salir de la casa, como si supiera que no iba a volver nunca más. El padre había cargado las alforjas de la mula con ropa para la criatura. La había cogido sin fijarse en si era grande o pequeña, gruesa o delgada; ni siquiera en si los otros dos todavía la necesitaban. Ya les traería cosas nuevas cuando bajase a Castellón. Había metido también unas mantas, una piel de borrego y, cada vez más confuso, incluso una boina que había sido de su suegro.

Bajó la calle empinada al final de la cual vivían. La nieve de la noche estaba todavía intacta y acolchaba sus pasos y los de la mula. Aun así, el crujido lanoso debajo de las botas proclamaba a cada paso las sílabas de su vergüenza.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

El sonido que debía de acompañar el resto de su vida a los padres cobardes de los cuentos.

Se detuvo un momento al llegar a la esquina de la plaza. También estaba desierta, si bien cruzada por huellas madrugadoras de personas y animales. Dio un suave tirón a la brida de la mula y siguió caminando.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

Estuvo a punto de dar media vuelta para dejar de oír esas sílabas. No lo hizo. Un paso más, otro y otro.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

La enorme sombra que proyectaba una iglesia desmesurada en un pueblo tan pequeño no era lo bastante oscura para ocultarlo a él con su paquete en

brazos. En la fachada, siete hornacinas: dos entre los pares de columnas que flanqueaban la puerta; cinco alineadas sobre el portal. Todas vacías. Ningún santo que le ofreciera una mirada de indulgencia o le levantase un dedo amonestante.

El chirrido de unos goznes que despertaban entumecidos le hizo volver la cabeza a la izquierda. La dueña de la tienda de ultramarinos, al otro lado de la plaza, salía a barrer la nieve y, tras un saludo mudo, se quedó observándolo con los brazos cruzados y la cabeza ladeada como un grajo.

Pasó de largo.

Un mensajero invisible había avisado a los vecinos. A pesar de la hora temprana, los visillos se apartaron sin disimulo en una de las casas de la calle Mayor.

Pasó de largo.

Bajo las arcadas, la sombra de la boina sobre los ojos del viejo panadero fingía la indiferencia con que se contempla todo aquello de lo que se hablará después en voz baja.

Pasó de largo.

Unas casas más adelante se abría la puerta de la taberna y dejaba escapar una vaharada de tabaco y vino. El remolino de rumores acres encerrados allí toda la noche le rozó los oídos antes de morir en el aire helado. Es el hijo de... dicen que la bestia... dicen que los ojos... dicen que la madre... dicen que... vergüenza. Oprobio.

Pasó de largo.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.

Al doblar la esquina para tomar el camino al *mas*, dos mujeres enlutadas, cobijadas detrás de la hoja baja del portón de la casa, se santiguaron al verlo con el bulto gimiente en el brazo derecho. Mudas, como su esposa, como el pueblo entero, mientras él estuviera presente para mirarles a la boca. A su espalda las voces se arrastrarían unas a otras con el estrépito sordo de los aludes. Míralo, míralo, se lo lleva a la madre, al *mas*, fuera, lejos de Vistabella.

Pasó de largo.

La nieve cubría los tejados, los alféizares, los arcos de piedra de las puertas; de algunos balcones colgaban afilados carámbanos. Dejó atrás las calles angostas y las casas apretujadas, apoyadas unas en las otras como si temieran caer cuesta abajo. Tomó el camino de San Juan de Peñagolosa.

O-pro-bio-o-pro-bio-o-pro-bio.



Para llegar al *mas* tenía que pasar por delante del cementerio. Trató en vano de acelerar el paso. La cruz de piedra sobre una columna frente a la portada de acceso estaba torcida, vencida por el peso del frío, que también aplastaba las tejas de la ermita contigua. En el campanario vacío, una urraca que lo seguía desde que había abandonado el pueblo lanzó un graznido áspero, como la voz de su esposa. Se detuvo en seco. Le había parecido vislumbrar una sombra deslizándose entre la pared del cementerio y el porche de la ermita. Esta vez fue la mula, llevada por la inercia del paso, la que lo obligó a seguir. Temeroso de que los muertos le reclamasen lo que casi era suyo, empezó a cantar. Sería la única vez que cantaría a ese hijo. La vibración del pecho del padre lo despertó. El bebé emitió un gorjeo. Sería el único sonido de gozo que el padre iba a escucharle. Pasó de largo del cementerio.

Tras cruzar unos bancales en los que incluso los resquicios entre las piedras estaban cubiertos de nieve, llegó al bosque y dejó de cantar. Los pies se le hundían y tenía que arrancarlos a la fuerza de una masa húmeda empeñada en dificultarle cada paso. Date la vuelta. Regresa. Date la vuelta. Decían ahora los crujidos bajo sus botas.

Morirá. Lo dejará morir. Respondía cada vez.

Apretado contra su pecho, el bebé dormía.

La urraca lo seguía y marcaba su camino en el aire; cada graznido negro un insulto, para que todos supieran. Por ahí va. Se aleja. Por ahí va. Se lo lleva. Volverá con las manos vacías.

Tomó la pista de tierra que llevaba al *mas* en el que se había criado. Avisada por las voces de la urraca, la abuela se había asomado y lo vio acercarse. Una mancha negra al principio; después distinguió la figura humana y la mula que se movían penosamente en la nieve. Reconoció a su hijo; le pareció, por la posición del brazo, que portaba algo, pero no podía imaginarse que le traía a un nieto. Y, a pesar de que ella se sentía demasiado vieja para criar a un niño, no estaba dispuesta a que muriera de hambre porque la nuera le tuviera miedo.

Porque sentía que con cada gota de leche le robaba la vida, decía, porque estaba maldito, decía.

—Porque tiene esos ojos... —añadió el padre mientras dejaba el fardo en los brazos de la abuela.

En ese momento la criatura se despertó y la miró. La abuela se estremeció, pero lo apretó con más fuerza contra su cuerpo.

—Entonces, que sepas que renuncias a él.

Él había asentido sin poder apartar la mirada de la criatura.

—A partir de ahora este niño será mío, el mío. Los otros ya no me interesan en absoluto. Y ahora, vete —le ordenó a su hijo.

También le dijo que se llevara toda la ropa que había traído.

—Si me vive, yo le haré y le compraré ropa nueva.

Lo mantuvo con vida con leche de oveja diluida hasta que consiguió que lo amamantara una nodriza que hizo venir de otro pueblo durante medio año. Como ya había corrido la voz de que el padre lo había sacado de casa porque la madre le tenía miedo, la nodriza le abrió la boca para comprobar que no tuviera dientes y le pidió a la abuela un pago más alto y quedar libre de hacer tareas pesadas en la casa. Mientras lo amamantaba le tapaba los ojos con un pañuelo. Por si acaso.

Y los rumores fueron creciendo a la par que el niño. Porque tenía los ojos verdes y el pelo de color pajizo, porque aprendió muy pronto a caminar, porque era algo más pequeño que otros niños de su edad, pero más fuerte que otros mayores, porque hablaba poco y miraba con fijeza.

Porque todos recordaban la noche en que la bestia había entrado en la casa de la familia, esa en la que él no vivía.

# 1

Apto. Apto. Apto.

Y, sin embargo, no lograba marcharse. Dos meses había tardado en recibir la aprobación para emigrar. Había encontrado el sobre arrugado aleteando como un insecto atrapado entre la hoja y el marco de la puerta. La fecha de la carta era de hacía diez días. La carta y el repartidor se habían tomado su tiempo hasta llegar al *mas*.

El médico había dicho «apto». Lo había escrito en el informe. Apto.

Todo bien. Ojos, dientes, orejas y el cuero cabelludo. No tenía parásitos. Los médicos eran inflexibles con los que llegaban con piojos paseándose por el pelo: estaba en juego la imagen del país.

—Buenos pulmones, corazón sano. Los reflejos, perfectos.

El médico hablaba para sí mientras anotaba los resultados del examen en una hoja. Se había limitado a darle órdenes. Abra la boca, gire la cabeza, quítese la camisa, inspire, espire, baje la cabeza. «Baja la cabeza, lobito». La bajó, la giró, la levantó. «Así, lobito bueno».

El médico venía de Madrid para reconocer a los aspirantes a emigrar a Alemania. Apenas le había prestado atención mientras lo examinaba. Era uno más de la larga fila que se extendía a lo largo del frío pasillo de la sede del Instituto Español de Emigración en Castellón.

—Vista excelente, realmente extraordinaria —había dicho—. Incluso sabe usted leer.

Con él había podido hacer la prueba con letras.

Halagado, Joaquín le leyó la línea diminuta que al final del cartel decía que este había sido fabricado en Francia.

Entonces, el médico se fijó por primera vez en él. Joaquín seguía de pie con el torso desnudo y los pantalones bien sujetos con un cinturón.

—¿Lo ha leído usted desde aquí? —El médico se volvió, parpadeando hacia el cartel.

«Cuidado, Joaquín».

—Lo he visto al entrar —mintió.

—Muy gracioso.

El médico regresó al papel con sus resultados. Dientes perfectos, pelo limpio, sin parásitos, una vista excepcional, buenos pulmones, corazón sano. Cuerpo de minero, pequeño, nervudo y fuerte.

Apto.

Apto, apto, apto. Pero el Instituto Español de Emigración no convocaba plazas en Castellón. La lista de solicitantes crecía; su nombre se diluía entre los centenares de hombres y mujeres que deseaban llegar al «paraíso» alemán.

Los cuartos de la luna dibujaban sonrisas de amenaza cruel al crecer, burlonas al menguar.

Cada mes el sabor metálico de la sangre en la boca y el frío del cuerpo muerto junto al que yacía, una cabra montés, un jabato. Restos de barro entre los dedos de los pies y debajo de las uñas de las manos, jirones de carne entre sus dientes perfectos, el pelo manchado de sangre, pero sin parásitos. Una vista excepcional, buenos pulmones, un corazón sano.

Y ahí seguía.

Tres meses de espera. Si no se marchaba pronto, acabaría con un tiro entre los ojos. Los cazadores ya estaban organizando batidas.

Agosto. Fiestas en Vistabella. Esa noche caminaba hacia casa, el ánimo ligero y la cabeza pesada gracias a la mistela, canturreando una de las melodías que había tocado la rondalla. La noche estaba tan despejada como lo había sido el día, ni una sola nube se había aventurado a acercarse. La luna llena daba un color lechoso al camino de tierra que llevaba al *mas*. Dos curvas en esa pista sinuosa y ya podría avistar la casa solitaria con el tejado a dos aguas y el corral anexo; después la perdería de vista al cruzar un tramo denso de bosque y reaparecería tras un revuelto cerrado, como si se hubiera escondido para darle una sorpresa. De día habría cruzado el monte, pero de noche, a pesar de la luz de la luna, podía ser peligroso, el terreno era muy pedregoso y entre los arbustos se ocultaban a veces trampas para las alimañas. Las retiraba cuando las descubría, no le gustaban, no era justo dejar morir a un animal de sed o de hambre con la pata atrapada en un cepo. Algunas eran viejas trampas olvidadas por sus dueños, un legado innoble de campesinos que ya estaban tal vez muertos.

No tenía prisa por llegar al *mas*. Allí se acostaría, se dormiría y se acabaría su gran noche. La noche en la que por fin había estado en las fiestas de Vistabella.

Para evitar las miradas hostiles de sus hermanos y de otras personas del pueblo, los dos años anteriores su amigo Vicente y él habían preferido ir a las fiestas de otros pueblos cercanos, Chodos, Adzaneta, Benafigos. Un primo de Vicente les prestaba una camioneta de tres ruedas con la que subían y bajaban los montes que separaban Vistabella de las poblaciones vecinas. A la ida conducía Vicente; a la vuelta lo hacía Joaquín, que tenía mejor visión nocturna. Ninguno de los dos tenía carnet de conducir. Habían aprendido con la vieja furgoneta, primero en el recto camino que cruzaba el *pla* y que llevaba al río Monleón, donde se bañaban en verano. Más tarde, adolescentes y, por lo tanto, inmortales, se aventuraron a bajar hasta Adzaneta. Al volver consideraron que ya eran conductores.

Unos mojones blancos, como si a la montaña le estuvieran saliendo los dientes, era todo lo que los protegía de los precipicios que bordeaban la

carretera robada metro a metro a la roca. Llegaban a los pueblos embriagados de curvas y regresaban mareados de música, bailes y vinos. Allí eran forasteros, aunque ciertas miradas le decían que algunos tal vez habían oído hablar de su maldición. Treinta kilómetros parecían mucha distancia en un vehículo baqueteado cuyo motor rugía agónicamente en cada subida, pero los rumores viajan por el aire y habían tenido mucho tiempo para extenderse. Vicente le aseguraba que eran imaginaciones suyas; sin embargo, él notaba entonces a su amigo mucho más vigilante, en un estado de alerta del que solo es capaz un pastor. Sabía también que los cansancios que le sobrevenían a Vicente no eran más que excusas para que se marcharan antes de que algún grupo de mozos se envalentonase y resolviera tal vez atacarlo.

Pero ese año Joaquín había decidido que quería ir a las fiestas de Vistabella, que no había hecho nada que justificase esa especie de destierro. Además, iría con Vicente, le había dicho a la abuela. ¿Y los hermanos? Que se apartasen ellos. Tenía dieciséis años y se sentía un hombre, un hombre que se afeitaba y tenía derechos.

Pateó una piedra y la estrelló contra unos matorrales que crujieron como los viejos al moverse. Sonrió bobamente al recordar que la chica que había conocido esa noche le había dicho que era un buen bailarín. Era forastera, de la Vall d'Alba, en la Plana Alta. Ella y su familia estaban visitando a unos parientes en Vistabella.

—La Vall d'Alba. Eso está lejos. He pasado alguna vez con el autobús a Castellón —le había respondido él, al tiempo que entendía por qué no había tenido ningún reparo en conversar y bailar con él.

Se llamaba María, le dijo.

—María a secas. Ni María Dolores ni María Milagros ni María José.

—María María —dijo él y se sintió tremendamente ingenioso porque ella lo recompensó con una enorme sonrisa.

Bailó solo con ella, mezclados entre otros jóvenes que se movían dentro del espacio libre cercado por la gente mayor, sentada en sillas de enea que cada uno traía de su casa y se llevaba al final de la fiesta. Entre paso y paso de baile, con la urgencia de saber que el tiempo que estuvieran juntos sería cronometrado, sus movimientos interpretados, sus risas medidas, cada roce más o menos inocente juzgado por las figuras oscuras que los rodeaban, ella le contó que se había escapado de casa de los parientes con la complicidad de su madre; su padre no le permitía ir a bailar.

—Quizá porque mi madre era también muy bailadora en su juventud. Así

se conocieron —dijo, con una risa que a él le alteró la sangre.

Nunca antes había contemplado de ese modo a una muchacha. No sabía dónde detener la vista, ya que todo en ella le gustaba. Los pies pequeños y la boca grande.

—Mi hermano se ríe de mí, dice que tengo boca de rape.

El vuelo de la falda y el movimiento del pelo castaño oscuro.

—Pues a mí me gustaría tenerlo rubio, como tú.

La risa y cómo esta le agitaba el pecho. Y sobre todo los ojos, que lo miraban sin temor, sin recelo. Las chicas de Vistabella nunca lo miraban a la cara. Sabía que corrían confusos rumores sobre lo que podía pasarles si lo hacían y notaba que algunas, atraídas por el peligro, lo espiaban. Pero ninguna se le había acercado jamás. María, en cambio, le sostenía la mirada.

Vicente, atento a todo, dictó el momento de volver a casa, cuando algunos de los mozos habían bebido lo suficiente y cuchicheaban señalando a Joaquín, aunque él, embobado con la muchacha, ni se hubiera dado cuenta.

—Anda por aquí el hermano de la chica y me parece que los tuyos le están calentando la cabeza. Mejor nos vamos, Ximo.

—Pero... si solo estoy bailando...

—Mañana volvemos —le había dicho para convencerlo.

—Mañana vuelvo —le había dicho él a María.

—Eso. Me debes un baile. —Le cogió la mano y depositó en la palma una de las agujas con perlititas que le sujetaban el pelo. Después lo besó en la mejilla.

Un fogonazo de felicidad, una sensación nueva, le nubló la vista. Pero mientras la veía alejarse y perderse entre el gentío, notó unas punzadas en la nuca que se le extendieron por los hombros, como si el cuello de la camisa se le hubiese llenado de pinchos. Se volvió y se encontró la expresión feroz del hermano de María. Quiso encarársele, enfrentarlo, pero Vicente tironeaba de él.

—Vamos, es tarde.

Acompañó a Vicente a su casa y le prometió que se iría al *mas*, que no volvería a la fiesta.

—¿No prefieres quedarte a dormir aquí? —le preguntó su amigo mientras apuraban los cigarrillos—. Es muy tarde para volver solo y...

Grande y fuerte, Vicente no le tenía miedo a ningún ser vivo. Si un tigre se hubiese dejado ver por Vistabella, lo habría ahuyentado con la única ayuda de un bastón y su voz. Pero los muertos y los espíritus lo aterrorizaban, como la

mera idea de pasar por delante del cementerio, que quedaba camino de la casa de Joaquín. A él, por su parte, le preocupaba más el enfado de la abuela si no regresaba a casa esa noche. No le asustaba la oscuridad y la luna iluminaba el camino, le dijo a su amigo. Se marchó con la mirada vigilante de Vicente clavada en la espalda. Así eran los pastores, siempre preocupados, siempre viendo peligros.

—No soy una oveja, no te inquietes por mí, que no me pasará nada.

Empezó a tararear una tonada infantil al pasar delante del cementerio. No sabía la razón, pero siempre le venía esa melodía a la mente. El canto de las chicharras que lo acompañaba desde que había salido del pueblo se atenuó cuando entró en el bosque. Los pinos formaban a su izquierda un muro macizo y oscuro; a la derecha, los rayos de luz delataban la impostura dibujando los perfiles de troncos y ramas. Entre ellas distinguió la silueta de una lechuza, inmóvil, al acecho. Algún ratón de los que correteaban por el sotobosque acabaría, delatado por el bombeo frenético de su minúsculo corazón, entre las garras de la rapaz. Es lo que pasa cuando se mira solo hacia abajo. Se rio. Había tomado demasiado vino. Pero es que eran fiestas, y era la primera vez que iba a las de Vistabella y había estado con su amigo Vicente y, gracias a él y al ánimo que le había infundido el alcohol, se había atrevido incluso a bailar. Y había conocido a María. «Le debo un baile», recordó. Levantó los brazos y dio unos pasos de jota.

Lo detuvo un ruido entre la maleza a su izquierda. Algo se acercaba agitando de una manera frenética los matorrales resecos. Temió que sus hermanos hubieran finalmente azuzado a otros mozos del pueblo y ahora, en manada, se hubieran decidido a atacarlo aprovechando que estaba solo. Tensó todo el cuerpo, preparado para defenderse. En ese momento vio salir una liebre. Los ojos despavoridos del animal se clavaron en los suyos, después cambió de un salto la trayectoria, le rozó los pies y siguió corriendo como si jugara a pillar. ¡Corre! ¡Corre! ¡Ahora eres tú! ¡Corre! ¡Corre! La liebre desapareció del camino.

Un bulto negro se le echó encima con un gruñido profundo.

La primera dentellada la notó en el brazo izquierdo, que había levantado instintivamente.

La segunda lo alcanzó en el costado.

A lo lejos, entre los árboles, pasos acelerados y gritos.

—¡Lo tiene! ¡Lo tiene!

Unos hombres, los dueños del perrazo. El animal le mordió una vez más.



Sintió los dientes clavándose en el hombro, cerca del cuello, entonces se revolvió y lo apartó de sí empujándolo con los brazos y las piernas.

Antes de que el perro tuviera tiempo de saltar de nuevo, él se irguió, plantó las piernas en el suelo, abrió los brazos y gritó. No como gritaba cuando reunía las ovejas. Ni cuando trataba de arrancarle un eco a las montañas. Ni recordaba haber gritado así cuando de pequeño lo habían perseguido otros niños tirándole piedras. Nunca había gritado así. Y, en cambio, sabía cómo tenía que hacerlo. Como si siempre lo hubiera llevado dentro, para ese momento. Fue un alarido largo y potente con el que se desprendió del dolor y del miedo.

Los pasos de los hombres se detuvieron.

—¿Qué ha sido eso?

Un gruñido profundo le ascendió desde la garganta y se repartió por cada fibra de su cuerpo hasta resonar en todas sus cavidades. Levantó los hombros y separó los brazos, una potente vibración le recorrió los flancos, los pies se clavaron en el suelo, los músculos de las piernas ardían, preparados para saltar.

El perro lo amenazó con las fauces abiertas, los colmillos le brillaban húmedos y blancos a la luz de la luna. Se impulsó en las patas traseras y saltó. Joaquín se abalanzó a la vez sobre él, esquivó con un movimiento rápido la boca del animal y le mordió en el cuello. El perro soltó un aullido de dolor y de miedo. Joaquín, ofuscado por la textura de la carne palpitante y caliente entre los dientes, volvió a morder. El animal gimió. Él captó de reojo el blanco de los ojos aterrorizados del perrazo.

Los pasos de los hombres se acercaban. Soltó al perro y corrió a ocultarse tras unos matorrales. El perro se quedó tendido en el suelo, con la cabeza escondida entre las patas delanteras.

Dos hombres salieron al camino con palos en las manos. Jadeaban.

—¿Qué le pasa al perro?

Reconoció al hermano de María. El otro debía de ser el padre. No lo podían ver; él, en cambio, apreció la expresión de temor que asomaba en sus rostros.

—¿Qué es eso?

Era el rugido amenazador que le salía de la garganta. Mantenía el cuerpo pegado al suelo, los brazos y las piernas doblados y tensos, dispuestos a abalanzarse sobre los dos hombres que le habían azuzado al perro.

El joven llamó al animal chasqueando la lengua. El perro lloriqueó, pero

no se movió. Miraba con fijeza el lugar en el que se había escondido Joaquín.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre mayor—. ¿Quién está ahí?

La respuesta fue un largo aullido. Todo el bosque quedó en absoluto silencio. Después el gruñido volvió a adueñarse de Joaquín, quien a duras penas lograba controlar el impulso de saltarles encima.

—Vámonos, padre.

Silbó al perro. Como no se movía, le dio una patada. El animal se levantó con la cabeza gacha, como pidiéndole permiso para hacerlo. La herida del mordisco en el cuello sangraba. Los dos hombres retrocedieron y echaron a correr cuando se sintieron a suficiente distancia. El crujido de hojas secas, de ramitas quebrándose, se fue alejando. Un aullido, tal vez un gemido distante; después volvieron las chicharras.

Se sacudió el polvo de la cara, del pelo, de la ropa, buscó una rama gruesa y la empuñó con fuerza. Con el oído atento a cualquier sonido, prosiguió renqueante el camino hasta el *mas*.

Al llegar, el Rubio, su perro, no salió a recibirlo alborozado como siempre; en cuanto lo vio acercarse, se escondió en la caseta y lloriqueó quedamente.

Se metió en el lavadero. Aunque procuró no hacer ruido, la abuela lo oyó desde el dormitorio y bajó. Las hebras de pelo blanco que de día llevaba recogidas en un moño pulcro y prieto caían sobre el chal oscuro con el que se cubría los hombros.

Vio las heridas, la sangre, la camisa desgarrada tirada en el suelo, la rama.

—¿Dónde ha sido?

—En el bosque. —Comenzó a empujar la manija de la bomba de agua.

La abuela dejó el candil sobre una repisa y le ayudó a bombear agua. Joaquín se amorró al caño y bebió largamente, con una sed honda, como si sus entrañas se hubieran vuelto de arena.

—¿Qué ha pasado?

Le contó el ataque del perro.

—¿Quiénes eran?

—No eran de aquí. Forasteros, de la Vall d'Alba.

La abuela le tendió unos paños.

Le habló entonces de María, de los bailes, del hermano y del padre que habían salido en su persecución.

—Pero no he hecho nada malo, abuela.

—Aparte de enamorarte —dijo, sacando la aguja del pelo con perlitas del bolsillo de los pantalones de su nieto.

Mientras el agua limpiaba las heridas, Joaquín le contó cómo los había ahuyentado con sus rugidos con el orgullo de un escolar que se ha hecho el amo del patio. Ella negaba con la cabeza.

—¿Te han visto?

—Creo que no.

—¿Lo crees o lo sabes?

Estaba muy preocupada. Los pueblos de la zona estaban en fiestas, la gente se movía de noche por los caminos. Joaquín entendió que la inquietud no era tan solo por lo que les pudiera pasar a otros, sino también porque alguien podía acordarse de la maldición. Un cansancio aplastante empezaba a apoderarse de él.

—Lo sé.

Acabó de lavarse las heridas: el brazo, el costado, el hombro. La abuela acercó el candil y las observó con atención.

—Te prepararé unos emplastos de hierbas para curar estos mordiscos.

—¿Y lo otro? ¿Se ha cumplido la maldición? Me he convertido en una bestia. Es eso, ¿verdad?

—No te has convertido en nada que no fueras ya. El ataque solo la ha hecho salir. Ya encontraremos una solución.

La abuela se agachó para recoger la ropa sucia de polvo y sangre y la metió en una barreño de cinc que llenó de agua y jabón.

—¿No sería mejor tirarla, abuela? —preguntó, tiritando de agotamiento. Las consonantes le pesaban en la boca.

—Era tu ropa de los domingos. La camisa la zurciré y tendrás muda para el trabajo. Sube a tu cuarto y procura no dormirte todavía.

Se sentó en la cama, pero apenas podía luchar contra el cansancio. La abuela lo encontró de pie, golpeando a un lado y otro del marco de la puerta como un badajo cada vez que el sueño lo vencía. Le puso los emplastos y dejó por fin que se acostara.

—¿Qué va a pasar ahora, abuela? —También las vocales se habían vuelto de plomo, caían de los labios sobre la almohada.

—Ya lo iremos viendo; ahora duerme.

—¿Tú lo sabías?

—Duerme.

—Por eso...

—Duerme.

Las heridas se le curaron asombrosamente rápido. Solo uno de los

mordiscos le dejó, a modo de recuerdo o advertencia, una cicatriz semicircular en el costado.

Tenía dieciséis años cuando se cumplió la maldición que lo marcaba desde el momento en que su madre lo había repudiado.

Plenilunio. De nuevo plenilunio.

Se despertó frente a la mirada desorbitada de una oveja. Las manos que habían sido garras todavía metidas en las entrañas medio devoradas. La palabra «apto» resonó agria y burlona en su cabeza. ¿Apto? Para matar.

Miró a su alrededor: no era el paraje al que se había dirigido para la transformación. La bestia se había alejado, se había desplazado hacia los prados. Su ropa quedaba muy lejos.

Como la tierra estaba demasiado dura para cavar un agujero, cubrió los restos de la oveja con ramas y hojas. Caminó desnudo y descalzo por el bosque. El verano había sido caluroso, pero septiembre había llegado con ganas de ser otoño. El rocío le helaba los pies, las hojas le mojaban la piel. Tropezó varias veces con raíces de robles que sobresalían tensas, como esperando que por fin les dijeran que podían empezar a andar. El cielo clareaba por encima de las copas aún frondosas; las de los ejemplares más altos parecían querer hundirse en la capa de nubes pesada como masa de pan. ¿Por qué había cambiado la bestia su territorio de caza? No lo había hecho en los meses anteriores. Al volver en sí, sabía dónde encontrar su ropa, el mechero y la yesca que dejaba para encender un fuego y darse calor.

Ahora, lejos del lugar en que lo había escondido, tiritaba de frío y se preguntaba cómo iba a sobrevivir en invierno, cuando la nieve cubriera todos los montes en los que podría hallar cobijo.

Unos ladridos de perro lo detuvieron antes de llegar a lo que parecía un claro. Buscó una rama para defenderse del ataque. Una voz de hombre ordenó silencio al perro, que cambió el ladrido por un gruñido hostil. Se quedó muy quieto, con el palo agarrado con fuerza.

—¿Eres tú, Ximo? —gritó la voz.

La reconoció. Era Vicente.

—Calla, Canelo —ordenó al perro.

Él no se movió.

—Puedes salir. Lo sé todo.

Avanzó hacia el lugar del que provenía su voz. Solo al ver que Vicente

sujetaba con firmeza al perro se decidió a tirar el palo. Las ovejas se habían agrupado en el otro extremo del claro, una masa temerosa que se apiñaba más a cada paso que daba. Vicente ordenó al perro que se tumbara y se le acercó con una manta. Una barba espesa le cubría la cara. Al quedar frente a frente, Joaquín tuvo la impresión de verse en un espejo oscuro antes de la transformación. Los ojos de su amigo habían perdido la expresión de terror con la que había regresado de su primer pastoreo. Vicente le echó la manta sobre los hombros.

—Ven, he encendido un fuego.

—¿Qué es lo que dices que sabes?

—Todo. De ti y de la bestia.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Sabía lo de la maldición. Y supe que se había cumplido.

Poco acostumbrado a hablar, Vicente hizo una pausa y le indicó con la mano que esperara. Sacó de un zurrón la ropa que él había escondido y se la tendió. Joaquín se vistió y se calzó, después se sentaron junto al fuego sobre unos troncos que su amigo había dispuesto. Lo había estado esperando.

—¿Cómo lo supiste?

—Lo supe. Así.

—Nunca me lo dijiste al verme.

—Si tú no lo contabas, sería por alguna razón y yo lo respetaba. — Encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Joaquín. Fumaron un momento en silencio—. Fue la noche en que fuimos a las fiestas del pueblo, ¿verdad?

—Sí. El hermano y el padre de la chica me persiguieron con un perro.

La barba no pudo esconder la expresión de dolor en la cara de Vicente.

—Te he visto las cicatrices. ¿Son de entonces?

—Sí —respondió esquivo Joaquín. La del antebrazo empezó a arderle. «Mentiroso».

—Me lo imaginé. Desde entonces no dejo de pensar que si yo te hubiese acompañado a casa...

—No.

La frase de Vicente llevaba demasiados años esperando en su cabeza para dejarse interrumpir.

—... si yo te hubiese acompañado a casa, no se habrían atrevido. Pero es que el cementerio siempre me ha dado mucho miedo. Los muertos. No me gustan.

—No te atormentes. Habría pasado tarde o temprano. La abuela siempre lo

supo.

El perro gimió con la barriga aplastada contra el suelo.

—Ven, Canelo.

Se acercó y apoyó la cabeza sobre el muslo del pastor.

—¿Era tuya la oveja? —le preguntó Joaquín.

—Sí.

—Te la pagaré.

—No es ese el problema. Te la puse yo.

Vicente le contó que lo había visto desde la lejanía adentrándose en el bosque y le había preparado un rastro para que la bestia diera con la oveja.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes? Los perros de unos cazadores desenterraron los restos de una cabra montés medio comida por un lobo, dijeron. Y hace dos meses fue una oveja. Era del rebaño de Arcadio.

Lo recordaba. Pero la bestia la había devorado con tal ferocidad que al despertar no logró encontrar la parte del cuerpo en la que debía de estar la marca del dueño.

A pesar de que el fuego crepitaba con fuerza, Joaquín sintió un frío intenso.

—Pensé que tal vez alguno de los cazadores se apostaría en esa zona para cazar al lobo. Además, me temo que en el pueblo la gente pronto empezará a hablar.

—Lo tengo todo a punto para irme a Alemania.

—Siempre supe que acabarías marchándote.

Un día, mientras recogían patatas en unos bancales, se quedó con la vista dirigida hacia donde sabía, lejana, la costa y le dijo a la abuela en tono decidido:

—Cuando sea mayor, me iré a América.

—¿Y qué harás en América?

—Le haré los ojos amarillos a todo el mundo.

—Lo que se hace en América es trabajar. Y aquí también. Venga, no te pares.

Regresó a la labor. Unas cuantas patatas más tarde, añadió:

—Bien. Pues trabajaré pero, como el patrón me trate mal, le haré los ojos amarillos.

Hablaba muy serio, sin detener el ritmo de las manos. Era muy fuerte; a sus diez años podía cosechar más rápido que un hombre joven y ponía todo su empeño en ahorrarle trabajo a la abuela.

—Entonces —respondió ella, mientras se llevaba las manos a los riñones — te echarán del trabajo.

Él permaneció un momento rumiando en silencio, apoyado en el azadón.

La abuela volvió a encorvarse.

—Lo que tendrás que hacer es trabajar hasta que llegues a ser patrón y entonces podrás hacer lo que te dé la gana.

Joaquín se quedó pensativo.

Cogió una de las patatas del cesto, la sostuvo a pocos centímetros de la cara y empezó a mirarla con fiereza, con los ojos que tanto asustaban a alguna gente. Pero a la patata, inmutable, ni le brotaron hojas ni le salieron patas ni se convirtió en un jabalí ni en ninguna de las otras cosas que le ordenó. La abuela, como si le hubiera leído el pensamiento, le dio una colleja.

—Deja de hacer tonterías, que de las patatas no se puede ser amo. Solo de lo que tiene alma.

Terminaron de llenar el cesto. En el camino de regreso a casa la abuela le preguntó:

—¿Qué harás en América?

América.

No sabía qué haría en América, pero iba componiendo un cuadro difuso de lo que podría ser. En América trabajaría hasta ser patrón. En América sería patrón y asustaría a los trabajadores con los ojos. Y, sobre todo, a América llegaría en barco.

Nunca había visto ninguno. Solo fotos en los libros de la escuela. Pero esos no eran los barcos que él se imaginaba, sino los que veía en una cripta subterránea de la iglesia, donde a veces se colaba por un larguísimo túnel que salía del palacio de los Polo de Bernabé, una casa señorial abandonada al lado de la ermita del Loreto.

El pasadizo lo había buscado y descubierto Vicente. Porque en el pueblo se decía que debajo de la casa abandonada se escondía un pasadizo secreto y los «se dice que» eran motivo de desazón para Vicente, que no podía dejar de imaginar y temer lo que pudiera esconderse dentro.

Estaba prohibido entrar en la casa, de modo que tenían que tomar precauciones para que no los sorprendiera alguno de los vecinos y se les ocurriera avisar a la Guardia Civil, que tenía un cuartelillo a la entrada de



Vistabella. Por eso Vicente rondaba con las palas de madera debajo del brazo como si fueran a jugar a pelota en el frontón que quedaba cerca. Era uno de los entretenimientos en ese pueblo ondulado por cuevas y enmarcado por laderas de montes y barrancos, en el que no existía ninguna planicie con la extensión suficiente para albergar un campo de fútbol. Las paredes del frontón se cerraban al borde de un barranco, donde desaparecían las pelotas enviadas demasiado arriba.

En verano solían acercarse a la casa al mediodía, aprovechando que el calor asfixiante enclaustraba a la gente entre los gruesos muros de las casas, aunque siempre cabía el riesgo de que alguna comadre se ocultara detrás de las cortinillas de tubos que, como cataratas de plástico, impedían la entrada de las moscas. Cuando estaban seguros de que nadie los podía ver, corrían a la parte posterior de la casa y sacaban sin hacer ruido los ladrillos sueltos que fingían defender una de las ventanas. Por ahí se metían en la casa. Como había sido hospital de campaña durante la guerra, cruzaban las habitaciones desiertas en el silencio respetuoso que se debe a los lugares en los que ha muerto gente sin estar preparada para ello. Muertos predestinados por su inconformidad a convertirse en fantasmas, según Vicente.

A Joaquín estas historias no lo inquietaban. Su vida estaba marcada por una maldición cuyas razones no conocía, pero era consciente de que había algo dentro de él que no debía salir, algo a lo que todos le tenían miedo, también la abuela y Vicente. Esa certeza lo cubría con una fina a la par que indestructible membrana que lo hacía poco impresionable. A él le sobrecogía más el doloroso abandono de un lugar que debía de haber sido bello en otro momento, como mostraban los estucos, las pinturas en las paredes o la espléndida escalinata que llevaba al piso superior, a la que apenas prestaban atención porque el destino de sus incursiones se hallaba debajo, en el pasadizo que llevaba hasta una cripta de la iglesia.

Para el juego en la cripta tenían que ser tres. Los otros niños solían evitar a Joaquín, pero Vicente siempre lograba reclutar a un tercero. Recorrían el túnel en fila india, empujándose en la oscuridad hendida por la luz de linternas más asustadas que ellos, conteniendo las risas nerviosas, el miedo a sentir en cualquier momento el roce de una mano huesuda que hubiera logrado arañar un agujero en los muros frágiles que protegían la galería subterránea. Llegaban finalmente a una puerta de madera reblandecida que, más que impedir, daba acceso a la cripta. Entraban jadeantes y esperaban a que su respiración se tranquilizara para poder estar seguros de que no hubiera

nadie en la nave de la iglesia. Joaquín lo sabía enseguida. Su fino oído podía detectar el roce sutil de las alpargatas de alguna beata que anduviera de capilla en capilla prendiendo velas y balbuciendo ruegos.

Ese día los tres eran él, Vicente y Tomás, el mediano de la tienda de ultramarinos.

—No hay nadie —dijo Joaquín—. Vamos.

Empezaba el juego.

Había juegos de correr, de esconderse, de pelota, de agua. Ese era de pasar miedo.

El Maestrazgo había sido tierra de órdenes militares. Lo atestiguaban los castillos, las fortalezas, las iglesias esparcidas por todo el territorio. Pero sobre el cementerio templario de Vistabella se acumulaban ya muchas capas de tierra y nadie parecía recordar la existencia de esa cripta en la que yacían enterrados tres caballeros, excepto los que participaban en el juego de miedo. Los sepulcros de los caballeros ocupaban tres capillas cóncavas, excavadas en la roca de la cripta. La escasa luz que las iluminaba se colaba a través de una reja que daba a un lateral de la nave de la iglesia. Los sepulcros de las capillas derecha e izquierda tenían forma de caja y estaban cubiertos por losas de más de un palmo de grosor con inscripciones en latín. El de la capilla del centro tenía el contorno de una figura humana. Ese era el que más miedo les daba.

Antes de entrar en la cripta, echaban a suertes quién se recostaría sobre qué tumba. Ganaba el juego quien aguantara más, el que siguiera con la espalda pegada a la piedra a pesar de que el muerto se empeñara en echarlo a empujones, pellizcos o voces. A Joaquín le tocó la del centro. A Tomás, la capilla de la derecha, la que recibía más luz. La de Vicente era la más oscura. Después, cuando los tres estaban tumbados sobre las piedras y sentían el frío desde la coronilla hasta los tobillos, empezaban a contarse cosas para asustarse unos a otros.

—El muerto se remueve y me golpea en las piernas —dijo Vicente—. ¡Ay! Está rabioso.

Tomás reía con la voz ronca quebrada por gallitos y gritó:

—El mío me está pellizcando en el culo.

Joaquín permaneció en silencio con los brazos cruzados sobre el pecho, como las imágenes en piedra de los caballeros muertos. Hasta que las preguntas de los otros dos lo obligaron a hablar.

—¿Qué hace el tuyo?

—El mío —dijo con voz cavernosa— me está susurrando que sabe dónde vive Tomás y que, si no nos marchamos ahora mismo, lo seguirá hasta su casa y esta noche se le aparecerá y le tirará de los pies en la cama.

Unos pasitos acelerados acompañaron la caída de polvo y gravilla. Las risotadas de los otros dos habían asustado a unas ratas que se habían acercado a observarlos. A los pocos segundos Tomás se acordó de golpe de que tenía que ayudar a su padre, cogió su linterna y se marchó.

Vicente y Joaquín se rieron sin levantarse de sus tumbas. Se hablaban de una cripta a otra. Joaquín no repitió la broma con su amigo, pero notaba que la voz de Vicente sonaba cada vez más insegura, más temerosa. Él encendió la linterna para iluminar las pinturas rudimentarias que cubrían las paredes de su capilla. Unos hombres barbudos con grandes cabezas puestas de perfil y los brazos alzados, vestidos con togas de colores palidecidos por el tiempo. Estaban de pie en barcos diminutos con los que cruzaban aguas llenas de peces sonrientes.

Y a pesar de que Vicente le había dicho que los barbudos eran los apóstoles y que los apóstoles no fueron a América, porque entonces América todavía no existía, tumbado sobre la piedra que cubría el sepulcro de un caballero anónimo, Joaquín miraba esos peces que asomaban la cabeza fuera del agua y cantaban a los barcos: «América, América, ven con nosotros. Nos vamos a América».

Vicente se asomó a su nicho.

—¿Nos vamos? Tengo frío.

—¿Alemania? ¿Cómo se te ocurrió?

El que repartía el correo le había contado que el hijo de la del molino se quería apuntar para emigrar.

—Y también por lo que nos explicó don Amadeo.

Su viejo profesor, siempre empeñado en hacerles entender algo de lo que quedaba fuera de esas montañas, les hablaba de otros mundos, otras épocas, otros países, y mientras que a Vicente, más inclinado a la fantasía, lo sugestionaban las narraciones históricas, a Joaquín lo fascinaban las imágenes de fábricas, ingenios de azúcar, pozos de petróleo, minas de oro, de plata, de mercurio. Minas de carbón.

—Pero las personas no estamos hechas para vivir bajo tierra. Eso es para los animales ciegos, para las lombrices y los topos. ¿A cuántos metros

tendrás que meterte?

—Por lo menos a quinientos.

—Ahí ni las lombrices ni los topos. Menos aún una persona. Sin aire. Y sin luz, que ahí no entra la luz del sol.

—Tampoco la de la luna.

Le habló de los pozos de carbón, de que las minas nunca se detenían, de que se trabajaba de día y de noche. Vicente lo escuchaba con la cabeza baja y los ojos fijos en el fuego.

—Alemania —dijo finalmente, y miró a su alrededor—. ¿Estás seguro de que existe? Igual es mentira. A veces me pregunto si todas esas cosas de las que nos hablaban en la escuela eran de verdad, ¿sabes? Los romanos, los Reyes Católicos, los cocodrilos del Nilo, América.

—América. Alemania. Me marcharé pronto. Solo falta que convoquen las plazas para emigrar.

—No tienes mucho tiempo. Deberías marcharte cuanto antes. Si el mes próximo aparece otro animal muerto...

Las ovejas habían dejado de ser un temblor lanudo y pastaban bajo la mirada vigilante del perro, que ya les prestaba tanta atención como a Joaquín. La compañera sacrificada no era un hueco en el rebaño. Demasiados siglos siendo presas como para contar las bajas. Joaquín removi6 el fuego con una rama.

—¿Y si hubiera...? —No se atrevía a terminar la pregunta.

—¿Si hubieses matado a una persona? Te habría ayudado a enterrarla, Ximo.

No se miraron durante unos minutos, hasta que Vicente dijo:

—¿Quién nos lo iba a decir, Ximo? Nos hemos convertido en enemigos naturales, el pastor de ovejas y el lobo.

No supo qué responder. Lo desconcertaba que Vicente hubiera empezado en un tono jocoso y su frase se hubiera hundido en el tono más amargo.

Su amigo dirigió la mirada al espol6n del Peñagolosa, cuyo gigantesco perfil se recortaba a contraluz dominando el resto del paisaje.

—El amo que vigila que no salgamos del lugar que nos ha tocado.

Pasaron varias horas alrededor del fuego. Rio como hacía tiempo que no lo hacía recordando los días en la escuela y, porque hablaban como viejos, supo que se estaban despidiendo para siempre. Aun así, antes de marcharse le preguntó:

—¿Por qué no te vienes conmigo, Vicente?

Su amigo sonrió con tristeza, señaló las ovejas, el perro.

—Mis padres ya me han encontrado hasta una novia.

Vicente rebuscó en el zurrón y sacó un objeto envuelto en un pañuelo. Lo abrió. Era la navaja de plata de la abuela.

—La cogí el día del entierro, por si acaso. Ya sabes que se dice que la bestia siempre mata a...

—Has hecho bien —respondió.

—Mejor llévatela. Igual conoces a alguien a quien llegas a querer.

La envolvió de nuevo y se la entregó. Se abrazaron.

—Date prisa. Márchate cuanto antes.

Dos días después fue al pueblo para firmar los papeles de la venta del *mas*; quería llevar algo de dinero para su viaje. El fantasma de la oveja muerta se le había pegado a los talones. ¿Lo estaría viendo, desgarrado y lastimero, esa mujer que barría los escalones de la entrada de su casa? El raspado de las ramas secas contra el suelo se aceleró a su espalda, borrando todo rastro de su paso. Fuera, fuera.

En la esquina de la calle de San Roque un movimiento huidizo le hizo volverse a la derecha. Y un olor le dio la certeza de que la figura que se perdía al fondo de la calle empinada y desaparecía tras el portal de la vieja muralla era su madre. Unas piernas asomando del borde de la falda negra, unas líneas blancas, tal vez las cintas de un delantal. La imaginó corriendo por la calle del Muro, la calle baja paralela, para evitar toparse con él en la plaza de la iglesia, donde también desembocaba la calle Mayor por la que caminaba su hijo unos metros más arriba, separados por las hileras de casas. Olisqueó el aire. Ella se alejaba; aceleró el paso. En la siguiente bocacalle volvió a mirar hacia abajo. Un pie, unos zapatos oscuros. Una calle más, la última, las piedras del arco que cerraba la calle, un brazo, un cesto. Después solo el hueco, la fuerte pendiente que bajaba, los escalones al final. Ahí lo dejó.

Siempre con la sensación de arrastrar tras de sí la queja de la oveja muerta, abrió la puerta de la tienda donde recogían el correo que llegaba con el autobús para repartirlo por el pueblo y las casas desperdigadas por el campo.

—No ha llegado nada para ti —le gritó la mujer del repartidor desde detrás de un mostradorcito al verlo asomar.

Sacó la cabeza y caminó hacia el estanco en la plaza. Su madre ya habría logrado cruzarla y subir la calle lateral, que él nunca había pisado. No quería saber cómo era la casa de sus padres. Tres mujeres enlutadas giraron como peonzas negras para evitar saludarlo. Después volvieron a la cháchara. No les prestó atención hasta que una palabra le hizo aguzar el oído. ¿Alemania? ¿Habían dicho Alemania? Giró sobre sus pasos.

—¿Alemania?

Dos de las mujeres sofocaron un grito, la tercera no. Después, con ganas de quitárselo de encima, le contaron entre las tres que al sobrino de una de ellas, tal vez de la que había gritado, tal vez de otra, le había llegado una carta. Lo había contratado una empresa alemana.

—Para hacer coches.

¿Y él? Si por fin estaban convocando plazas, ¿por qué no lo habían llamado a él? Apto. Era apto. ¿Por qué no lo habían llamado? ¿Y si se había perdido la carta? O el repartidor no se la había entregado. Tal vez la había extraviado, escondido, quemado, comido...

Solo un día más tarde tomaba el autobús que bajaba a Castellón. Se sentó al fondo. Por lo visto Vicente tenía razón; ya corrían rumores sobre él. Nadie quiso ocupar los asientos cercanos; los pasajeros se apiñaron en las filas delanteras buscando la cercanía de la puerta o la protección del conductor, quien de vez en cuando apartaba la vista de las curvas de la carretera para observarlo por el retrovisor. Lo notaba cada vez. «No lo mires, no lo mires». Cerraba los ojos y se hacía el dormido. Llevaba toda la vida aprendiendo a no mirar.

—No mires así, Ximo —le repetía la abuela cuando clavaba los ojos en alguien. La frase solía venir acompañada de algún capón que lo forzaba a bajar la cabeza.

Entendió de este modo que era mejor observar los objetos que a las personas. Tampoco debía mirar con atención determinadas actividades. No podía estar presente cuando ella sacrificaba algún animal. Y nunca le permitió participar en una matanza, ni presenciar cómo los cazadores cuarteaban los jabalíes. Una risa a destiempo porque Tigret, el gato, había cazado un ratón le costó una tunda.

—Instinto, instinto —repetía ella mientras lo azotaba con un cinturón.

Por eso solía quedarse absorto, perdido en un nudo de la madera de la mesa, en el fuego de la chimenea, en los regueros del agua de lluvia en el cristal de una ventana, en las sombras que los candiles hacían aparecer y desaparecer en las paredes. Sentado en el patio, seguía el paso sincopado de las gallinas que cruzaban por delante del cobertizo, donde iba a dar de comer a los conejos. Pero, si la abuela no se daba cuenta, seguía los saltos del gato persiguiendo algún insecto. Porque, de eso estaba convencido, las cacerías de Tigret eran un espectáculo que el animal le ofrecía como agradecimiento.

Joaquín lo había encontrado merodeando por la escuela. El gato decidió al momento que iba a ser su amigo. Como no andaba sobrado de ellos, se lo llevó al *mas*. Era gris, a rayas y un poco cabezón, porque había pasado hambre de pequeño. Él y el Rubio se ignoraron cordialmente desde el primer momento.

A veces, como si despertara de un sueño breve y profundo, repetía con la voz algo ronca, demasiado grave para un niño:

—Cuando sea mayor, me marcharé a América.

«¿Y qué piensas hacer en América?».

Sabía lo que haría: trabajar para ser patrón y así poder asustar con los ojos amarillos a quien quisiera. Sabía también lo que no haría: correr.

Corría al ir a la escuela. Corría al salir de clase.

Durante los años en que asistió a la escuela, situada a las afueras del pueblo, salía rápido del *mas* y tomaba el camino que llevaba a la fuente del Alforí. A lo lejos se abría el *pla*, una inmensa cuadrícula de pequeños sembrados, una sábana hecha de remiendos cosidos con la aguja puntillosa de los labriegos, salpicada por casetas de piedra seca y árboles solitarios. Al llegar a una bifurcación empezaba a correr hasta que llegaba al edificio bajo, parecido a un granero, en el que estaba la escuela.

El primer día de escuela tenía seis años y lo acompañó la abuela hasta la puerta del colegio. Como si fuera una preparación para los años venideros, llegó el primero. El maestro lo hizo pasar al aula, le dijo que eligiera uno de los pupitres de la primera fila porque los nuevos tenían que sentarse todos delante y se quedó fuera hablando con la abuela.

Se paseó entre los pupitres ordenados en forma de abanico alrededor del escritorio del maestro. Probó los tres de la primera fila y decidió que se sentaría en el que estaba al lado de la ventana porque la madera tenía unos surcos que parecían olas. Era un pupitre para dos alumnos, así que alguien se sentaría a su lado. Apartó un poco la silla, invitando a su futuro compañero a ocuparla. Estaba tan distraído levantando la tapa del pupitre para ver si dentro había algo esperándolo que no se dio cuenta de que algunos de los niños ya habían entrado en el aula y lo observaban desde la puerta. Una cinta invisible parecía detenerlos detrás de la cuarta y última fila de mesas. Lo miraban. Él sabía que era diferente, que llamaba la atención su pelo claro, del color de la mies, que por un motivo extraño no vivía en el pueblo con sus padres y que algo tenía en los ojos, aunque no entendía qué. Los cuchicheos de los otros niños cesaron de súbito cuando entraron sus hermanos. El mayor lo miró con



la expresión de curiosidad cruel con que los niños observaban a los alacranes que descubrían debajo de una piedra antes de aplastarlos con esa misma roca que les había dado cobijo. En cambio, el otro, un niño de diez años, se sobresaltó tanto al verlo allí que dio un respingo. Una mancha oscura se extendió por sus pantalones. Se dio media vuelta y salió corriendo de la clase.

La huida llamó la atención del maestro, quien apareció de inmediato. Empezó a empujar a los alumnos para que ocupasen las sillas. Se llenaron primero las que estaban más alejadas de él, mientras que don Amadeo iba colocando a los más reticentes.

Unos golpecitos en la puerta y una voz pidiendo perdón por llegar tarde. Un niño de pelo oscuro y desgreñado asomó por el marco. El maestro le hizo un gesto para que pasara y se sentara al lado de Joaquín. Él obedeció sin mostrar ningún tipo de reparo, sin hacer caso tampoco a los cuchicheos ni a las risitas maliciosas que se escaparon de los que estaban más alejados. El niño, algo mayor que Joaquín, se sentó a su lado. Un agradable olor a lana, a corral, los envolvió a los dos. El chico se volvió hacia él y se quedó con la boca y los ojos muy abiertos al toparse con la mirada de su nuevo compañero. Después le sonrió. Él le respondió con una sonrisa mellada, en la que la abuela observaba con desasosiego el nacimiento de los nuevos incisivos. Vicente se llamaba su primer amigo. Tardaría años en tener otro.

Al llegar a Castellón, la ciudad envalentonó a algunos de los pasajeros del autobús. Donde había temor al inicio del viaje aparecieron miradas descaradas, si bien nunca de frente; no era valor de manada, sino de rebaño. Solo a un muchacho de su edad, que había sido compañero de colegio, le notaba las ganas de provocarlo, la barbilla levantada, los dientes superiores tocando el labio inferior en un gesto despectivo a punto del insulto, el miedo ya seco en las axilas. Fingió no notarlo. «Nunca te enfrentes a nadie». La voz de la abuela había anidado en algún lugar cerca del oído derecho, desde donde le repetía las consignas con las que lo había adiestrado desde que tenía memoria. «No lo haré, abuela». Por si acaso, mejor hundir los puños en los pantalones de los domingos que se había puesto para la ocasión. Se subió antes el cuello de la chaqueta. Siempre había tenido la nuca muy sensible a las miradas de la gente. El tejido amortiguó un poco los pinchazos. «No te vuelvas».

Se dirigió a la oficina de Emigración.

Sí, habían convocado algunas plazas, pero muy pocas. No, no sabía por qué a él no lo habían llamado. Cosas de los alemanes. Sí, era una pena, con tantas solicitudes. Claro que reclamarían. El señor delegado del Instituto Español de Emigración en Castellón había mandado una queja formal a la Administración Central en Madrid. Sí, claro que podía ponerse en su lugar, pero bueno, no venía de un mes, que tampoco lo estaba persiguiendo nadie. Y que vaya, que tampoco había que ponerse así, que qué le había dicho ella, que qué modos eran esos, que si no le pedía disculpas de inmediato lo borraba de la lista. De inmediato. Que en Alemania no querían gente problemática, solo buena gente trabajadora.

«Baja la cabeza, lobito».

«No quiero».

«Baja la cabeza, Ximo».

—Perdone, es que en la familia estamos muy necesitados, señorita.

«Así está bien».

—Claro, claro. Pero no es razón para perder las formas.

—Por supuesto. Disculpe.

Paciencia. Eso le dijo al despedirse, que paciencia.

Salió cabizbajo y rabioso.

—¿Qué? La cosa sigue parada, ¿no?

Se volvió sobresaltado. Quien se dirigía a él era un hombre de treinta y muchos con la mirada ladeada de los vendedores de números de tómbola. Los pulgares de ambas manos enganchados en los bolsillos de un chaleco de pana, se balanceaba ligeramente hacia delante y hacia atrás fingiendo un vientre respetable mientras esperaba a que él respondiera.

Contestó que sí con la desconfianza del aldeano ante los de la ciudad.

—Y a mí que me da que tienes prisa por irte... —Siguió el hombre con una mirada cómplice.

No le respondió.

—No te inquietes; solo soy alguien que quiere y que tal vez puede ayudarte. Pero mejor caminemos un poco. —Con un gesto de la mano lo invitó a seguirlo.

No tenía nada que perder y faltaban todavía varias horas para que saliera el autobús de vuelta a Vistabella.

Anduvieron un trecho en silencio hasta que llegaron a un bar de entoldados amarillos en la plaza del Sol. Entraron y se sentaron en una mesa apartada de la barra y del bullicio. También de oídos indiscretos. Después de pedir unos vinos, el hombre, que dijo llamarse Salvador, le explicó que podía proporcionarle no solo un visado de turista para salir del país y llegar a Alemania, sino que también tenía contactos con representantes de diferentes empresas para conseguirle un contrato. A modo de prueba, pronunció silabeando con solemnidad tres nombres alemanes: Herr Zeitner, Herr Sauerland y Herr Krüger. Después, como si el esfuerzo le hubiera dado sed, pidió dos vinos más.

—Según en qué sector quieras trabajar...

—Quiero ir a las minas de carbón.

Salvador lo miró asombrado.

—¿A la mina? ¿No prefieres montar coches o construir casas?

—No. A la mina.

El traficante se encogió de hombros.

—Está bien. No hay problema. Ahí hay siempre más oferta que demanda.

—Pero quiero irme ya.

Salvador se echó hacia atrás en la silla de madera y lo miró risueño.

—¿Qué? ¿Te persigue el padre de alguna moza con una escopeta? —La risa le sacudía el pecho debajo del chaleco de pana. Se le cortó de golpe cuando buscó y encontró los ojos de Joaquín—. Son 1.500 pesetas por el visado y 500 más por el contrato de trabajo y el billete de tren.

Tenía el dinero. Había vendido el *mas*.

—Está bien. ¿Cuándo lo puedo tener?

—Ven en una semana y estará todo preparado. Ahora tienes que darme tus datos y quizá un pequeño adelanto.

Joaquín le mostró las palmas de las manos.

—No llevo apenas dinero encima. Pero puedo pagar los vinos y darte mi palabra.

El traficante le miró las manos. Parecía notar que habían sostenido dinero hacía poco, que los billetes le hubiesen dejado una marca que solo sus ojos podían detectar, como las que dejaban los animales para delimitar sus territorios en el bosque. Aceptó.

Una semana después le entregaba a Joaquín un visado, un contrato de trabajo y dos billetes de tren: uno a Barcelona; otro para un tren que lo llevaría a Colonia.

Calculó los días.

Cuarto creciente. El viaje a Alemania iba a ser difícil. Dos días en tren hasta Colonia y después llegar hasta la ciudad de destino. Essen se llamaba. El traficante le dijo que Essen no estaba muy lejos de Colonia, pero no sabía qué podía significar que no estuviera muy lejos. Tras dos días de tren, cerca podía significar un día más. Si era así, llegaría a Essen el día antes del plenilunio. Tendría que ver cómo lograba el turno de noche.

Se lo había preguntado a Salvador.

—¿Turno de noche? ¡Encima quieres turno de noche!

Joaquín todavía no le había dado el dinero.

—¿Hay o no hay turno de noche?

—¡Pues claro que sí! —Tendió la mano mientras agitaba los billetes de tren y el contrato.

Joaquín le pagó, aunque no quedó convencido por completo. ¿Y si le había mentido? Contra toda precaución, le dejó vislumbrar sus ojos amarillos al decir:

—Espero que no me engañes.

—No, no.

—Bien. Si no, ya sé dónde encontrarte.

Salvador se levantó tartamudeando prisas y urgencias. No se olvidó, con todo, de pagar esa vez los vinos.

A Joaquín se le escapó una triunfal sonrisa ladeada que desapareció en cuanto percibió la silueta enlutada de una mujer que cruzaba por delante del ventanal del bar. «No lo haré más, abuela».

Al volver a su casa, hizo la maleta. Bien envueltos, el pasador del pelo con perlititas blancas de María, la navaja de plata de la abuela y un dibujo que le había regalado Vicente. Sus tres pertenencias más valiosas.

Cuando conversaban, Joaquín y Vicente solían hablar con mucha seriedad. Él porque había sido un niño solitario y lo sentía como un acto importante al que debía prestar toda su atención. Vicente porque, según don Amadeo, albergaba en su interior un pequeño filósofo, algo que Joaquín, que no entendía el adjetivo «azoriniano» con el que el maestro completaba la descripción de su mejor alumno, imaginaba como un diminuto duende reflexivo que hablaba por boca de su amigo y le ayudaba también a él a pensar y a hablar de aquello de lo que la abuela no quería hablar nunca, como de la maldición o de sus padres.

La suya era una amistad seria. Doblemente seria, por infantil y porque era la primera.

Una tarde, salieron los dos a buscar setas por el barranco de la Pregunta, al pie del Peñagolosa. Entre pinos, arces y manzanos silvestres, solo el sonido de sus pasos, húmedo y rítmico. Los tres días anteriores había llovido en abundancia y el suelo estaba mullido. Ellos andaban con la vista baja concentrados en su búsqueda de bóvedas esponjosas escondidas entre la hierba o debajo de la hojarasca. De vez en cuando, Joaquín sentía sobre él la mirada escrutadora de Vicente. Su amigo sabía lo de la maldición. Y por eso seguramente también le tenía algo de miedo. A veces se le escapaba por los ojos, que se le abrían muy redondos, con las pupilas casi perdidas en el blanco. Pero se le pasaba rápido, porque era su amigo, sabía Joaquín.

¿Por qué era su amigo? Hay cosas que es mejor no querer saber. Se lo había enseñado la abuela cuando él le había preguntado por qué lo quería si estaba maldito y tenía que pegarle cada vez que asomaba la maldición. «Hay cosas que es mejor no querer saber». «¿Por qué?». «Porque las explicaciones siempre se quedarán cortas. Te harán infeliz». Pero había otra pregunta que le quemaba en la lengua. Una de las que sí podía hacerle a su amigo.

Una vez más fingió no darse cuenta de que Vicente lo observaba mientras movía las aletas de la nariz olisqueando el aire. Una familia de jabalíes había dejado un rastro intenso en los arbustos. Más allá, percibió el olor dulzón de unos niscalos. Sin decir nada, los cogió. Llenaban los cestos en silencio.

Cuando se recogen setas, se recogen setas. De vez en cuando un «Mira, mira, allí». Era todo. Joaquín esperaría hasta que llegaran a la fuente cubierta de líquenes, dejaran los cestos en el suelo y se sentaran a comer unas rosquillas de anís antes de decirle:

—No consigo recordar cómo es mi madre.

—¿Tampoco con los ojos cerrados?

Negó con la cabeza.

Vicente lo examinó con la misma expresión concentrada que el médico que había venido de Castellón a ponerles las vacunas.

—¿Tampoco si miras a tus hermanos? Se le parecen.

Lo intentó, pero el segundo, el único al que veía regularmente en la escuela, le presentaba siempre una imagen fugitiva.

—Pero tú la has visto, ¿no? —le preguntó Vicente.

Sí. Y no. Era aún más huidiza que su hermano. De su madre solo tenía retazos.

Los que había ido reuniendo tras varios intentos fallidos de verla. Como si notara la cercanía del hijo, siempre desaparecía de su vista dejándole un atisbo de su forma. «Es pequeña, como yo». Un breve brillo del pelo: «no es rubia como yo». Un movimiento: «es ágil, como yo». Nunca le llegó a ver los ojos. «¿Serán verdes, como los míos?».

Los del padre eran castaños. Se lo había dicho la abuela.

—¿Y los de mi madre?

—No sé, no me acuerdo. —El tono desabrido de la respuesta dejó claro que no quería volver a escuchar esa pregunta.

La madre salía poco de casa. Estaba enferma, se decía.

Enferma de miedo y de vergüenza, añadía la abuela, y la voz se le ponía fea, pero nunca le quiso explicar a qué se refería.

Unos días después, Vicente se le había presentado con los ojos brillantes.

—Tengo algo para ti.

Le mostró la libreta en la que escribía las redacciones que don Amadeo muchas veces le hacía leer en voz alta delante de la pizarra. Muchos compañeros las recibían con risas burlonas y nerviosas, tras las que se ocultaba admiración o envidia.

—Pero no te lo puedo dar aquí. Nunca se sabe quién está detrás de una puerta o de una ventana. Necesitamos un lugar discreto.

—¿Nos metemos en la cripta?

Vicente le dirigió una mirada de tristeza.

—No. Eso era para jugar. Mejor subimos al Calvario.

El Calvario era un cerro al final del pueblo en cuya cima se encontraba una pequeña ermita. Un sendero pedregoso ascendía haciendo eses, jalonado por monolitos blancos que marcaban las paradas de la procesión en Viernes Santo. Subieron en un silencio solemne. Joaquín seguía a su amigo con los ojos fijos en el cuaderno azul que se balanceaba en su mano derecha. Vicente llevaba en bandolera el zurrón en el que cargaba los libros y cuadernos del colegio.

Una vez arriba, se aseguraron de que no hubiera nadie. La puerta de la ermita estaba cerrada. Se sentaron con la espalda apoyada en la madera. Tenían el pueblo a sus pies y al fondo las montañas rocosas y peladas que lo rodeaban.

Abrió el cuaderno y le enseñó una de las hojas. Un retrato a carboncillo de una mujer. El pelo algo despeinado le caía sobre la frente ancha, ligeramente abombada, la nariz recta que recordaba los cuadros que les enseñaba el maestro en clase. También los labios eran como los de los cuadros. Por eso pensó que Vicente lo había copiado de los álbumes de pintores italianos, a los que, a diferencia de los españoles, se podía llamar por su nombre de pila. Rafael, Miguel Ángel, Leonardo. Don Amadeo decía que Vicente era el Leonardo de Vistabella. Otros niños se reían. Él no, porque percibía la amargura del maestro al decirlo, una tristeza que se ahondaba cada vez que intentaba convencer a los padres de Vicente de que lo dejaran seguir estudiando.

—¿De dónde lo has copiado?

—Del natural. ¿No sabes quién es?

Negó.

—Es tu madre, Ximo.

Joaquín agarró el cuaderno con ambas manos, lo levantó a la altura de sus ojos y se echó a llorar en silencio. Su amigo no lo había visto nunca llorar.

—¿De qué color son sus ojos?

—Castaños.

—¿Se los podrías pintar?

—Es que el dibujo es a carbón. Se echará a perder.

—Por favor.

Vicente sacó los lápices de colores del zurrón. Como Joaquín no soltaba el



cuaderno, tuvo que pasar la mano entre el espacio que dejaba y con mucho cuidado de no salirse del contorno, coloreó los ojos.

Todavía entre lágrimas, Joaquín le sonrió.

—¿Dónde la has visto?

—En su casa. Mi padre me mandó para que viera cuántas ovejas tiene y si están bien para llevarlas a los prados cuando lleguen los fríos. —Como Joaquín seguía sin poder apartar la vista, le dio un codazo—. ¡Venga! ¡Que lo vas a gastar de mirarlo! Te lo puedes quedar. Es para ti.

Lo arrancó del cuaderno.

Tenían once y doce años.

Joaquín seguía con la vista al frente, clavada en el tejado de la casa de sus padres, al otro extremo del pueblo.

Vicente se levantó. Hizo un círculo de piedras en el suelo y puso en su interior unas ramitas secas y todos sus lápices. Joaquín permanecía inmóvil mirándolo. Su amigo encendió un fuego y fue arrancando hojas del cuaderno de redacción para quemarlas.

Después rompió las tapas de cartulina en pedacitos. Ardieron primero las tablas de multiplicar de la contratapa. En el silencio del mediodía las llamas arrancaban la cantinela de las voces inseparables de esos números. «Dos por cuatro, ocho». «Cinco por seis, treinta». «Ocho por siete, cuarenta y dos». «Nueve por nueve, ochenta y uno». Cantaban los papelitos como los niños mártires de las historias del catecismo. Después fue dejando caer una a una las letras en cursiva de la palabra «Cuaderno», que ascendía optimista la tapa de izquierda a derecha. La ce mayúscula trató de escapar, pero Vicente la atrapó en el aire y la arrojó con furia inquisitorial a las llamas.

Ese otoño Vicente no volvió a la escuela. De nada sirvieron los ruegos de don Amadeo; en noviembre juntaría las ovejas de varias casas del pueblo al rebaño de su familia y se marcharía con ellas y dos perros hacia los pastos donde pasarían el invierno. También eso había venido a decirle cuando le regaló el retrato. Que lo dejaba solo. Más solo de lo que pudiera recordar. El invierno fue aún más oscuro y frío. También fue cruelmente largo. Vicente no regresó hasta abril. Pero era otro.

Salió por última vez del *mas*. El cura le había comprado algunos de los muebles y regaló la ropa blanca a la novia de Vicente. En el cementerio se despidió de la abuela, del abuelo que no había conocido pero saludado tantas veces y de don Amadeo. El maestro había fallecido en enero y, poco antes de morir, había pedido que, ya que en vida lo habían enterrado en Vistabella, una vez muerto lo dejaran allí. Calculó las edades de varios difuntos recientes y después le dijo adiós al maestro. 1899-1966. «Sesenta y siete años, don Amadeo».

Por última vez tomaba el autobús que lo llevaría del pueblo a Castellón. Mientras los otros pasajeros subían, esperó con los ojos fijos en los zapatos que se había comprado para el viaje. Eran buenos, esperaba no perderlos o reventarlos en alguna transformación. «Bestia, no me rompas los zapatos», dijo hacia su interior, tragando las palabras no pronunciadas para que llegaran al estómago, donde ella vivía. Esa acción absurda le arrancó una sonrisa.

Tenía un contrato por un año en Alemania, pero sabía que después no regresaría al pueblo.

El conductor dio el primer golpe de volante de todos con los que descenderían la montaña. El paisaje parecía haberse levantado juguetón. Ahora el precipicio está a la derecha, ahora a la izquierda. Los precipicios que, por lo visto, les hablaban a algunas personas. Ven, ven, salta, vuela, ven. Eso le había pasado al tío de Vicente, que se había dejado llevar por las voces de los barrancos. Don Amadeo les había explicado que se llamaba vértigo. Vicente decía que era otra manera de salir de allí.

Pasó el trayecto en el tren borreguero de Castellón a Barcelona dormitando. Siguiendo uno de los consejos del traficante, se ató el asa de la maleta con un cordel a un tobillo para no tener que estar vigilando sus pertenencias. Usó el hatillo donde llevaba unas mudas como almohada, se volvió de espaldas al mar que los acompañaría buena parte del viaje y se adormeció acunado por el traqueteo del tren. Ni las conversaciones ni los gritos y llantos de los niños ni

las voces de los vendedores ambulantes que subían en las estaciones lograron sacarlo del sopor.

Llegaron al atardecer a Barcelona.

Lo despertó la algarabía de los pasajeros al vislumbrar la estación de Francia. Abrió los ojos. No había nadie a su lado. Desde los bancos cercanos otros viajeros lo miraban con asombro o aprensión. Lo entendió al verse reflejado en el cristal de la ventanilla; una espesa barba le cubría el rostro.

—Has tenido pesadillas —le dijo una niña de unos cuatro años sentada en el regazo de su madre.

—Sí —añadió un niño mayor, seguramente el hermano—. Hacías muchos ruidos.

La niña levantó la cabeza y empezó a imitar un aullido:

—Auuuuu, auuuuu.

—¡Niña! —La madre le tapó la boca con la mano.

El tren frenó. Habían llegado. Algunos pasajeros se debatían entre coger ya sus bultos y salir o esperar al final de la escena. Joaquín sonrió a la niña.

—Es que soy pastor, ¿sabes? Y he soñado que venía el lobo...

—¿El lobo feroz?

—Ese mismo.

—Lobo feroz, patatas con arroz —empezó a cantar la niña.

Su hermano la secundó.

—Lobo feroz, patatas con arroz.

Bajó. Ya estaba en Barcelona. En pocas horas salía el tren que lo iba a llevar a Colonia.

Lobo feroz, patatas con arroz. A la madre de los niños no le había hecho tanta gracia.

Sus propios aullidos lo despertaban de una pesadilla recurrente. Su abuela entraba entonces en el cuarto con expresión de temor y, antes de acercársele, lo iluminaba con el candil, como asegurándose de que era él quien estaba sentado en la cama con la respiración entrecortada.

Un bosque. Siempre empezaba caminando por un bosque. Iba de la mano de la abuela. O eso creía, porque no podía verle la cara a la mujer vestida de negro que tiraba de él por el camino de tierra. Tenían prisa. Anochecía. Cuando la luz del sol desaparecía por completo, se daba cuenta de que los árboles brillaban con luz propia, multiplicando el fulgor cerúleo de la luna.

Pero los troncos eran demasiado lisos. Levantaba la vista. No veía ramas, eran dedos. El bosque era un bosque de brazos que empezaban a moverse. Primero, un balanceo; después, los dedos se tocaban entre ellos; finalmente, se inclinaban y palpaban el suelo. Lo estaban buscando. En ese momento se daba cuenta de que la abuela había desaparecido. Echaba a correr. Las manos amarillentas lo perseguían, golpeando con los dedos ciegos. Se arrancaban del suelo. No tenían raíces sino pies que empezaban a correr detrás de él, que también se había vuelto de cera. Despertaba siempre cuando una de las manos lograba atraparlo y sentía su cuerpo deshaciéndose bajo la presión, asfixiado. Gritando. Aullando.

—Olía a iglesia, abuela.

—¿A iglesia? —En la voz de la anciana se mezclaban la turbación y el resentimiento.

—Aún lo huelo.

—Es que han pasado los peregrinos de Useras, Ximo. Y parece que el último iba rezagado y habrá encendido una vela.

No importaba que la peregrinación que cada año recorría el camino de las Useras a San Juan fuese solo el último viernes de abril, no importaba que siempre hubiera visto pasar a los trece hombres de día, no importaba que nunca hubiese rezagados en esa hilera silenciosa de penitentes vestidos con túnicas y sombreros azules, la absurda explicación de la abuela lo calmaba.

Ella afianzaba los postigos y corría una tupida cortina delante de la ventana. Cerraba la puerta. Ni un rayo de luz de luna entraba en el cuarto. Se sentaba en una silla al lado de la cama y él se dormía en la absoluta oscuridad arrullado por la respiración de la anciana.

Las peregrinaciones con las que le mintió la abuela fueron, además, una lección para la vida: al miedo no le importa que le mientan, solo quiere que le hablen.

Insignificante bajo los arcos de la estación de Francia, se dejó llevar por la marea que lo arrastró por el vestíbulo hasta salir a una calle ancha. Los motores de los coches, las voces, los pitidos de los cláxones lo aturdieron. Se hizo a un lado y esperó apoyado contra el muro a que los abrigo, las maletas, los sombreros se alejasen. Después, para desentumecer las piernas, se dirigió hacia la derecha, atraído por los árboles del parque de la Ciudadela y el olor animal que provenía del zoo.

—Cerramos —le dijo un guardia uniformado apostado en la puerta. Al ver que cargaba una maleta y un pañuelo fardero, añadió—: Esto no es una pensión. Si te cueles para dormir, acabarás haciéndolo en una celda, amigo.

Volvió sobre sus pasos. Al fondo se perfilaba la estatua de Colón que conocía de los libros. Notaba el acecho del mar detrás de los edificios a su izquierda.

«América, América, ¿de verdad no preferirías irte a América?».

No.

Entre los ruidos de la ciudad, las risitas de los peces, plateados y malévolos.

«América, América. Ven, ven lobito. Acércate al agua para que podamos mordisquearte las patitas».

Vio el mar de cerca por primera vez en un viaje que hizo con su abuela a Castellón para que lo admitieran en un internado. Hasta entonces solo lo conocía desde la lejanía. A pesar de que Vistabella se encontraba en el interior, los días claros se vislumbraba el mar desde el pico de Peñagolosa. Y cuando el viento de la montaña y el de la costa se aliaban y arrastraban nubes y neblinas, llegaba a ver los contornos de las islas Columbretes, frente a la capital.

Había bajado varias veces con su abuela a Castellón, pero nunca habían tenido tiempo de acercarse al mar. En ese viaje por primera vez lo acompañaba también la impaciencia y entendió que la distancia no solo se

medía en kilómetros, sino también en tiempo.

En cuanto el autobús tomó la primera curva tras pasar el cartel que anunciaba el nombre del pueblo, el mar se le volvió irreal, una ensoñación. Giro tras giro, entre peñas, laderas resacas, rocas afiladas, pinos grises a la luz del amanecer, el mar parecía cada vez más remoto.

Tenía doce años. Había finalizado la escuela en el pueblo. Si quería seguir estudiando, tenía que conseguir plaza en un internado en Castellón.

—Allí nadie sabe nada de la maldición.

—Allí nadie me mirará mal.

—Allí nadie me tirará piedras.

Sin embargo, no eran sus argumentos, sino la autoridad del maestro lo que había movido a la abuela a dar ese paso. Don Amadeo, que a su llegada al pueblo había ido casa por casa para convencer a los padres de que tenían que mandar a los niños a la escuela y que de alguna había salido con un jamón o con un cesto de víveres, pero sin niño; un trueque implícito que él, citadino, entendió al ver los huecos el primer día de clase. Don Amadeo, que luchó y perdió la batalla por Vicente, «una mente diáfana y sensible que ahora se asilvestraba y moría de hambre en los montes». Don Amadeo, que no quería dejar perder la inteligencia de Joaquín, ese niño extraño, dócil por voluntad propia, que no por naturaleza, y le había escrito una carta de recomendación. Había sido su insistencia la que había persuadido a la abuela. Ella tenía dudas, lo había criado, lo había educado con mano dura. ¿Lo había domado?

—Bien, iremos. Así podrás ver el mar. Si quieres irte a América, tienes que conocer el mar.

«América, América, nos iremos a América» cantaban los peces con el ruido de fondo del motor del viejo autobús bordeando precipicios. Una vecina dormitaba a pesar de las sacudidas, otra tenía la vista clavada en la nuca del conductor y se aferraba al brazo del asiento, controlando las manos que giraban el amplio volante.

Joaquín estaba nervioso. No por los trámites para poder entrar en el internado, sino porque iba a ver el mar de verdad por primera vez.

Antes debían afrontar una larga espera junto a la puerta del profesor que debía examinarlo y decidir si aceptaban su solicitud. Llevaban más de una hora allí. La abuela repitió varias veces entre dientes que a la gente de ciudad le parecía que el tiempo de la gente de pueblo valía menos que el suyo, para inmediatamente después advertirle de que tenía que permanecer callado y no decir nada si no le preguntaban, si es que lo hacían, y que en ningún caso, por

muy enfadado que estuviera, por muy mal que los trataran, debía mirar a nadie con los ojos amarillos.

Su oído privilegiado le permitía percibir los pasos detrás de la puerta obstinadamente cerrada de la oficina, el sonido de papeles, el tableteo de una máquina de escribir a tres puertas de distancia. También los comentarios burlones de dos alumnos que los observaban desde el fondo del pasillo. Se reían de su aspecto y de su olor. Apretó los puños. Oisqueó con discreción, abriendo las aletas de la nariz, su ropa y la de la abuela. Humo de la chimenea que tenían que encender incluso algunas noches de verano, barro de los caminos y briznas de paja del corral incrustadas entre las fibras de esparto de las alpagatas. Apretó los puños y bajó la cabeza, como ella le había ordenado.

Fue también obediente cada vez que la persona que los recibió, media hora más tarde, se mostró arrogante o descortés. Agachó la cabeza en vez de fulminarlo con su mirada. Hubo momentos en los que, apenas levantada la vista, un nuevo ataque de rabia lo obligaba a bajar la cerviz. Se consolaba pensando que después irían a la playa, pisaría la arena, vería las olas sobre las que flotaban los barcos de los navegantes de los que les hablaba don Amadeo. América, América. Los barcos escoltados por peces saltarines, por peces bailarines, por peces cantarines. «América, América, nos vamos a América». Subiendo y bajando las olas como sobre el lomo de un pollino azul oscuro. El mar sería un burrito suave, de libro, tan diferente a los pollinos del pueblo, ásperos y llenos de mataduras. Su barco se llamaría Platero. Llévame a América, Platero. Con la voz de don Amadeo leyendo pausadamente «Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro». ¿Lo entendéis? ¿Qué significa «azabache», don Amadeo? Tenéis que preguntar cuando no entendáis, no esperéis a que yo os pregunte si tenéis una pregunta. Sí, don Amadeo. Platero será su barco y un velero bergantín, pero no llevará diez cañones por banda. ¿Qué es un velero bergantín, don Amadeo? ¿Sabes lo que es un velero? Pues te explico bergantín.

Lo admitieron en el colegio, tenía buenas notas, aunque el director, un torso cubierto por una sotana tras un gran escritorio, les dio a entender que no se fiaba demasiado de las calificaciones que pudiera otorgar una escuela de pueblo; leyó con displicencia la carta de recomendación de don Amadeo, echado hacia atrás en su silla acolchada.

Salieron del colegio. Sí, claro que estaba contento de que lo hubiesen admitido en el internado, pero también triste porque pasaría semanas fuera de casa, pero contento porque volvería los festivos, pero... en realidad solo estaba impaciente por ver el mar.

—Pues ahora nos vamos al Grao.

Lo primero fue el ruido, un golpeteo rítmico como el viento agitando las hojas de los árboles y haciéndolas caer; después el olor del aire, húmedo y salado; finalmente, detrás de la última hilera de casas, los ojos se le perdieron en la superficie infinita y tuvo que atarlos a las figuras que caminaban por la arena para no extraviarlos. El agua subía y bajaba, roncando al ritmo del monstruo que debía de vivir debajo. Hasta donde le alcanzaba la vista, espuma blanca en la cresta de las olas, lenguas de perro rabioso relamiéndose al engullir los cuerpos de dos bañistas que luchaban, golpeando y pateando el agua. Dio un paso atrás, temblando. La abuela pensó que por el viento diferente, cargado de agua y partículas de mar, y le pasó la mano por el hombro. Después lo empujó con suavidad para que pisara la arena.

Él ya tenía suficiente, pero no podía decirlo después de que la anciana había hecho el esfuerzo de llegar hasta allí en el renqueante trencito de vía estrecha que cruzaba la ciudad de Castellón y llevaba hasta el mar. La locomotora de vapor y los vagones eran de color verde, y lo llamaban la Panderola. ¿Los trenes llevan nombre? La abuela le había enseñado que nunca había que dar nombres a las cosas; tampoco a los animales que uno se va a comer. Solo el perro y el gato tenían derecho a un nombre. El Rubio y Tigret. Los conejos no tenían nombre, ni siquiera los más bonitos. Los pollos y las gallinas, tampoco. Ni las ovejas. Mucho menos los cerdos. Ahora un tren que tenía nombre los había dejado al lado de esa extensión monstruosa.

Como ella le había dicho que se hacía, se descalzó y se acercó a la orilla. La arena disimuló las razones de su paso torpe y vacilante. Llegó a la orilla. Sus pies se hundieron. Una ola mansa lo mojó hasta los tobillos, se subió un poco los pantalones. Dio otro paso. La siguiente ola llegó con más ímpetu y sintió la fuerza de la resaca arrastrándolo hacia dentro mientras que la arena lo succionaba, lo inmovilizaba. Las islas Columbretes, que desde el Peñagolosa se veían como el primer escalón para la gran aventura americana, asomaban como las narices de los niños pusilánimes jugando al escondite. Paralizado de miedo, con las manos sujetando los pantalones, entendió que



no estaba hecho para esa masa de agua dentro de la cual se movían los peces, espantosas criaturas sin brazos ni piernas, que ahora se reían de él. «América, América, este es el camino a América». Simas submarinas más profundas que cualquiera de los precipicios sobre los que se alzaba su pueblo, una oscuridad perpetua de barcos hundidos y marineros devorados por los salmonetes engañosamente rosados. En el cielo planeaban las gaviotas, con los picos ganchudos de cometripas, chillando burlonas. «América, América, este es el camino a América».

No. Él no podía vivir sin la tierra bajo los pies y las copas de los árboles como techo. Sus ojos no estaban hechos para la infinitud del horizonte abierto, sino para el cobijo del bosque y del monte.

«América, América, nunca irás a América».

Tampoco llegó a pisar el internado.

No se atrevió a callejear cargando la maleta y el pañuelo fardero. Detrás de la primera línea de edificios, aventuró un laberinto de calles, voces y perfumes que lastimaban sus sentidos, todavía más agudos por la proximidad de la transformación. Regresó a la estación. Aunque el tren para los emigrantes salía de madrugada, ya había mucha gente en los andenes. Los bancos estaban tan llenos que su existencia más bien se adivinaba debajo de los cuerpos abrazados, fundidos con sus bultos. Buscó un hueco donde dejar su equipaje y se sentó en el suelo. A su alrededor, expresiones asustadas de los que llegaban solos, también miradas esquivas de los que parecían avergonzarse por tener que estar allí. Una hora después, Joaquín era un nudo más en el tapiz de hombres, mujeres, maletas, cajas de cartón y hatillos que cubría por completo el andén.

Clareaba cuando por fin llegó el tren. Vagones viejísimos con bancos de madera. Como no tenía que despedirse de nadie, pudo entrar rápido y coger un lugar al lado de la ventana en un compartimento. Metió la maleta debajo del asiento y contempló a sus compañeros de viaje desgajándose de los brazos de la familia. Los gritos del jefe de estación empujaron a los últimos y el tren arrancó con un tirón seco y un ruido de metal esforzado.

Mientras todavía se pudo distinguir la estación, decenas de brazos y manos se agitaron por las ventanillas como las patitas de un ciempiés gigante, después el frío de noviembre obligó a cerrar. La calefacción apenas funcionaba, solo entibiaba un poco el aire.

Los llantos de algunos duraron varios kilómetros, pero fueron remitiendo poco a poco. Unos por agotamiento, otros por hambre, otros porque las palabras de los compañeros conseguían darles algo de consuelo. Joaquín permanecía en silencio, ignorando el mar a la derecha, tratando de atisbar el paisaje del interior, pueblos y ciudades, bosques y montes desconocidos. Se preguntaba si en alguno de esos parajes vivirían otros como él y dónde se esconderían al transformarse, o si bien no todos lo hacían, no todos eran como él y huían de la necesidad de matar. ¿Qué habría sido de Manuel? No creía que hubiera regresado a su tierra. Tampoco que volviera a ver a ese

hombre lobo gallego, un lobisome, como él le había dicho. ¡Cómo le gustaría poder explicarle algún día sus razones! Vio también vacas pastando y rebaños de ovejas. Por más que buscó, no llegó a vislumbrar nunca a un pastor. Vicente ya estaría llevando las suyas a los pastos. Lejos del pueblo y de la nieve que lo cubrían y a veces lo aislaban en los inviernos. Meses de silencio y soledad durante las noches más largas del año. Recordó las palabras de Vicente: ahora eran enemigos naturales; por eso ambos estaban aún más solos.

—Tenemos que remediarlo nosotros solos, Ximo. Estamos solos —le dijo la abuela cuando se despertó del largo sueño en el que cayó tras la salida de la bestia.

Muy solos.

Aún más solos que antes.

A la semana siguiente, cuando ya habían terminado las fiestas del pueblo, adonde no lo dejó acercarse en todos esos días, la abuela lo llamó:

—Nos vamos a San Juan.

El santuario de San Juan de Peñagolosa quedaba al pie del macizo, no muy lejos del *mas*. La abuela hizo el camino transportada por una rabia cuyas razones no le quiso explicar. De vez en cuando tenía que detenerse para tomar aliento, miraba las casas del pueblo apelotonadas en la lejanía y repetía:

—Estamos solos.

Pasaron el grandioso olmo a la entrada, alrededor de cuya base habían construido un torpe murito tan derrengado como el árbol; pasaron la cruz de piedra, atravesaron el arco de acceso y llegaron al patio central. Con la vista al frente, la abuela dejó de lado todas las construcciones y se dirigió directamente a la iglesia. Él la seguía, pero al entrar en la nave se sintió desfallecer. Había reconocido un olor que creía encerrado en sus pesadillas. Aturdido, se dejó arrastrar por el sonido de los pies de la anciana hasta que entraron en una pequeña cámara. Un bosque de brazos y piernas de cera colgaba del techo y de las paredes. También manos, pies, cabezas. Fotos, estampitas y placas cubrían cualquier hueco de los muros. El olor de los exvotos inundaba todo el aire. Tuvo que apoyarse en el dintel para no caer mareado. La abuela no se dio cuenta, ya que buscaba afanosa en un rincón. Arrancó una baldosa suelta del suelo y sacó algo que se escondía debajo, una

figurita de cera pequeña y monstruosa: el cuerpo de bebé, la cabeza de lobo.

—Es mía.

—¿Soy yo, abuela?

—Y me la voy a llevar.

—Ya he estado aquí, ¿verdad?

—Porque no nos han hecho caso.

—Por eso tengo esos sueños, ¿verdad?

—Vámonos a casa, Ximo.

Salieron a la nave central de la iglesia, la abuela se volvió con rencor hacia la talla románica del santo.

—Nos han dejado solos. Tendremos que hacerlo todo solos.

Se prepararían para el próximo plenilunio.

La abuela escogió el cuarto que había sido el dormitorio de sus suegros cuando tres generaciones ocupaban la casa. Joaquín sacó los muebles viejos y tapió la ventana, dejando solo un respiradero. Después cambió la puerta: madera recia, bisagras fuertes, cerradura robusta. Dos travesaños de madera sujetos por estructuras metálicas reforzaban por fuera la gruesa hoja de roble.

En la fase de luna llena empezó a encontrarse mal.

—Me duele mucho la barriga.

—Es la bestia, que empieza a crecer.

—Tengo frío.

—La bestia te está robando las fuerzas.

—Me está saliendo barba.

—Está más cerca.

—Me duelen los brazos, las piernas, la espalda, las manos, los dedos.

—Estás peleando contra la bestia. No, no ganarás. Tenemos que encerrarte.

Así lo hizo.

—Abuela, tengo hambre —gritó pegado a la puerta varias horas después.

—¿De qué? ¿De carne?

—De cualquier cosa.

Ella dudaba. No se atrevía a abrir la puerta.

—Abuela, que soy yo. La bestia no se ha presentado todavía.

Lo dejó salir y que fuera a la cocina a comer. Pero a los pocos bocados el estómago se rebeló con fuertes contracciones. Después lo encerró de nuevo en el cuarto hasta que amaneció.

Pero ese día no sucedió nada.

Lo repitieron al día siguiente.

—¿Qué me va a pasar, abuela?

—¿Cómo quieres que lo sepa!

—Pero algo sabe usted. Lo de la bestia lo ha sabido siempre.

—Solo lo que se cuenta por ahí.

Eso lo desconcertó todavía más.

—¿Y por qué no me lo dijo nunca?

—Porque no estaba segura, Ximo. Hasta que salió.

El tercer día, cuando el plenilunio fue real, no solo una ilusión óptica, sufrió la transformación. Dejó de hablar, dejó de pedir, dejó de preguntar. Solo gruñidos, golpes y aullidos que la mujer escuchó horrorizada al otro lado de la puerta.

Cesó de golpe en cuanto asomó el primer rayo de sol.

La abuela entró en la habitación empuñando una navaja de plata. Joaquín yacía desnudo al lado de su ropa destrozada, los pies, en un charco de orina. En el suelo un rastro de excrementos pisoteados en las idas y venidas de la bestia. Entre el hedor flotaba un tufo terroso, almizclado, amargo, el aliento de la bestia.

Despertó a Joaquín. Tenía el cuerpo embadurnado de sus propias inmundicias, los ojos le lagrimeaban.

—Yo... no recuerdo nada, abuela.

Tampoco lo que había padecido durante la transformación, el sufrimiento de los músculos y los tendones al expandirse y cambiar de forma, el dolor de cada poro al dilatarse para dejar salir los pelos que le habían cubierto el cuerpo, algunos de los cuales se esparcían por el suelo, arrancados por el furor del encierro.

Lo mandó al lavadero. Lo enjabonó y limpió ante la mirada erizada de Tigret. Después se ocupó del cuarto. El olor de la lejía abrasó el rastro de la bestia. La ropa la quemó.

—A partir de ahora, te encerrarás ya desnudo. No vamos a dejar que la bestia te rompa la ropa cada mes.

Era septiembre. En los meses siguientes Joaquín conocería la verdadera naturaleza del frío, su cobardía, la crudeza de sus mordiscos cuando la víctima estaba indefensa.

La cuarta noche la abuela lo volvió a encerrar.

—Abuela, no me pasa nada.

—Te esperas hasta mañana.

—Me aburro, abuela. Y el olor de la lejía me marea.

Como no se fiaba, también lo encerró la quinta, a pesar de que el cielo claro permitía apreciar las primeras sombras del cuarto menguante.

Detrás de la puerta, Joaquín se atrevió a hacerle la pregunta que lo perseguía desde que las primeras olas de rumores lo habían alcanzado. Como cuando vio el mar, solo había permitido que le mojaran los tobillos, pero el rumor seguía resonando en su cabeza.

—Abuela, ¿por qué me recogió si no soy...?

—Ximo, como tenga que abrir la puerta y entrar, te vas a llevar la tunda de tu vida —quería sonar amenazadora, pero la gruesa hoja de madera dejó pasar también la emoción.

—Pero, ¿por qué lo hizo, abuela?

—Porque un bebé siempre es inocente.

—¿Aunque esté maldito? —Pegó la oreja a la madera. Le pareció que estaba llorando.

—Aunque esté maldito.

En octubre ya sabían que la bestia solo salía una noche. Joaquín, además, reconocía las señales sin necesidad de mirar la luz de la luna.

—¿Cómo soy, abuela? —le preguntaba cada mes.

—No lo sé.

—¿Soy grande? ¿Soy peludo? ¿Tengo forma de persona? ¿Tengo forma de perro? ¿Tengo forma de lobo? ¿Tengo fauces y colmillos?

—No lo sé. No lo sé. No lo sé.

A él se le llenó la mente de imágenes fantásticas y el cuerpo de sensaciones que no sabía si eran propias o de la bestia. Se palpaba buscando en su interior una segunda piel, como si le diera la vuelta a una prenda. O se imaginaba una capa de pelos que salían cuando se transformaba y se metían para adentro cuando volvía a ser él.

—¿Cómo soy, abuela?

—No eres —le respondió una vez.

Supo entonces que en esa ocasión sí que lo había visto, que habría espiado por la ranura, como una gatera, que le había hecho abrir en la puerta para poder mirar antes de entrar la mañana después de las transformaciones.

—¿Cómo es?

Ella no se lo quiso decir nunca.

Alguien reclamaba su atención tocándole el brazo. Era el chico que estaba sentado enfrente. Tendría su misma edad, el pelo oscuro e hirsuto como las cerdas de un jabalí, y le sonreía mientras le ofrecía un pedazo de embutido.

—¿Gustas? —le dijo, mientras ya le estaba cortando una rodaja.

Joaquín vio que los otros compañeros de banco, una mujer en la treintena y un hombre que resultó ser su marido, ya comían del embutido y que la mujer estaba cortando hogazas de un pan. Lo sostenía contra el pecho para contrarrestar las sacudidas del tren. Aceptó y con eso el chico del pelo hirsuto lo declaró compañero de viaje. Se llamaba Anselmo y venía de un pueblo de la provincia de Badajoz, cuyo nombre olvidó casi antes de que terminara de decirlo. En cuanto bajaran del tren, no volverían a verse.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A Essen, a la mina de carbón.

—¡Qué valor! ¿Por qué a la mina?

Aunque Joaquín habría preferido hacer el viaje en silencio, no podía sustraerse de la forzada jovialidad con que Anselmo propiciaba su fugaz camaradería, un bastión contra el pánico. Se encogió de hombros y murmuró algo de un primo que ya estaba allí y le había conseguido el trabajo. Le podía contar cualquier historia con tal de que hubiera alguna, un relato para entretener los minutos, matar algunos kilómetros más. También para dar pie al propio.

—A mí me llevan a una fábrica de coches —empezaba el relato de Anselmo—. Coches alemanes. Espero que me regalen uno. ¿No quieres más salchichón?

Tuvo que decir que no. Había conseguido comerse el primer pedazo con un esfuerzo enorme, pero no podría con otro. Faltaba poco para el plenilunio y ya empezaban los dolores de estómago que anunciaban la transformación. Pero por suerte había muchos desgastados en el tren y Anselmo interpretó su falta de apetito como un síntoma de la melancolía que a rachas invadía los vagones.

Tampoco probó el potaje inmundado que les sirvieron de almuerzo en



Hendaya antes de cruzar la frontera para hacer el cambio de tren. Anselmo, con un hambre perpetua grabada en las entrañas, se comió su plato y el de otros compañeros que lo rechazaron por tristeza o por asco.

A media tarde los metieron en el tren francés. Tras las horas de viaje, ya empezaban a moverse como masa, en una promiscuidad fatigada de roces, pisotones, golpes de maletas y bultos. ¿Y si en uno de esos contactos descubriera la presencia de otro como él? Pero no. Ni en los comedores ni al volver a subir al tren ni en los pasillos estrechos ni en los compartimentos que fingían arroparlos. No, no había otro. Viajaba solo.

Como alumnos el segundo día de clase, casi todos los pasajeros formaron en el nuevo tren los mismos grupos que habían viajado juntos hasta allí. El tren francés apenas se había movido unos metros cuando una voz masculina exclamó:

—¿Habéis visto? ¡Hay un espejo en el retrete!

Varias personas se levantaron para contemplarlo y contemplarse. Las pocas mujeres que viajaban en el tren iban en grupo y regresaban peinadas de los servicios. Algunos hombres, desafiando los vaivenes, se habían atrevido a afeitarse. Joaquín también lo hizo, movido por una broma de Anselmo:

—¡Vaya barba en un día! Menos mal que eres rubio, si a mí me creciera el pelo en la cara como a ti, pensaría la gente que soy un hombre lobo.

Los ojos se le llenaron de asombro al ver ríos de anchuras inimaginables en el pueblo, pero donde uno no perdía de vista las orillas. Por un río así sí que se hubiese atrevido a viajar a América. Ríos y lagos. Tanta agua. Él solo conocía esas vastas extensiones de agua cuando Vistabella, los montes, el *pla* quedaban cubiertos por la nieve. «¿Los tres estados de los cuerpos, don Amadeo? Sólido, líquido y gaseoso». A nosotros nos ha tocado el más duro.

Los dolores de estómago no le permitían dormir y pasaba las horas contemplando los paisajes apenas desvelados por la tenue luz nocturna del tren y leyendo los rótulos de las estaciones desiertas que cruzaban. Intentaba pronunciar los nombres. Para eso habían servido los absurdos esfuerzos de don Amadeo por enseñarles francés a los hijos de labradores y pastores, hasta que el cura se lo prohibió por ser lengua de liberales.

Por la noche, todavía en Francia, el tren paró en una estación. El andén estaba desierto. Un hombre, el jefe de estación, salió de su caseta y recorrió los vagones del tren detenido, escrutando con curiosidad de naturalista decimonónico los rostros de los pasajeros que dormían con la cabeza apoyada en los cristales. Se sobresaltó al encontrarse con los ojos abiertos de Joaquín.

Le dieron ganas de decirle la única frase que recordaba de las clases de francés de don Amadeo, de decirle que se llamaba Pierre, era de París y tenía un hermano y una bicicleta roja. Deseó ser Pierre, ser de París y tener un hermano y tener una bicicleta roja. Más que nada en el mundo, ser por unos segundos ese Pierre de París, que tenía un hermano y era dueño de una bicicleta roja. Tuvo que cerrar los ojos porque en ese momento vio temor en los del jefe de estación y un reflejo amarillo en el cristal. Cuando los volvió a abrir, el hombre se había marchado, dejándolo con el reflejo de su cara en la ventana y la duda que había logrado sofocar durante tantos días: ¿tenía realmente algún sentido lo que estaba haciendo? No lo sabía. Pero estaba en el tren y el tren acababa de ponerse en marcha de nuevo. Por lo menos iba a alguna parte.

Casas, carreteras, bloques de pisos, coches y camiones, grandes rótulos. ¿Habrá otros como él en ese país? ¿Cómo los llamarían allí? ¿Por qué no se lo había enseñado don Amadeo? «No esperéis a que yo os pregunte si tenéis una pregunta». «Don Amadeo, don Amadeo, ¿cómo se dice hombre lobo en francés?». Imaginó la cara del viejo profesor. Sonrió. Y la bestia no se lo perdonó, lo castigó con dos mordiscos, rabiosos en el estómago que le tiraron de las comisuras de la boca hacia abajo. Apretó los labios para no gritar, pero no pudo evitar un gemido. La mujer que dormía en el banco de enfrente con la cabeza apoyada en el hombro de su marido abrió los ojos y lo miró interrogante. Joaquín reunió todas sus fuerzas para poder sonreír.

—Me he pegado un cabezazo —musitó.

Ella volvió a cerrar los ojos.

En su interior la bestia le clavaba las garras en las paredes del estómago. Sentía una presión extraña, como si se estuviese preparando para saltar y treparle cuerpo arriba. Se levantó y se metió en el lavabo. La lamparilla parpadeaba con el traqueteo. Se miró en el espejo y clavó la vista en sus propios ojos.

—¡Quieta! —Se dio un golpe en el esternón.

Recibió un zarpazo de respuesta.

—¡Quieta!

Otro golpe. Otro zarpazo.

El tren tomó una curva pronunciada. La lamparilla se apagó durante varios segundos. Cuando se encendió de nuevo, los vio. Allí estaban. Los ojos amarillos, dos anillos feroces mirándolo desde el interior de sus ojos.

—¡Abajo! ¡Abajo! —ordenó, con la voz de látigo de un domador de fieras.

Se propinó un golpe en el estómago que lo dobló hacia delante. Al incorporarse y contemplar su rostro, volvía a tener sus ojos.

Salió del lavabo y se quedó todavía un par de horas en el pasillo del tren. El tiempo se le echaba encima.

—Te ponen a trabajar en cuanto llegas —le había contado Anselmo. Por si no era así, le tranquilizaba ver la vegetación frondosa a su paso. La espesura que los otros evitaban mirar por amenazadora era para él un seno acogedor, un escondrijo. O, tal vez, una jaula con grandes barrotes de madera.

Llegaron a la estación subterránea de Colonia-Deutz el domingo al mediodía. Bajaron del tren molidos de cansancio y desorientados. Los recibían los chillidos de la megafonía dándoles instrucciones en español y amenazando con sanciones a cualquiera de ellos que tirara basura al suelo o la vía.

—Como si fuésemos cerdos. —La mujer que había viajado en su compartimento apenas podía contener las lágrimas de rabia.

Él se obligó a bajar la vista. «Si les haces los ojos, te echarán del trabajo». No te preocupes, abuela, no los verán. «Agacha la cabeza, lobito».

La megafonía seguía su berreo. Ahora vociferaba números.

—Ese es el mío —dijo Anselmo a su espalda.

Se despidieron. Anselmo lo abrazó. Por primera vez desde que había empezado el viaje vio lágrimas en sus ojos.

—Cuídate mucho, Joaquín. Nos veremos algún día, seguro. Iré a visitarte en mi coche alemán —dijo, con la vehemencia con que se miente en las despedidas para siempre.

Se dio media vuelta y desapareció engullido por los cuerpos de otros hombres.

En el andén mal iluminado por un neón agonizante, los trabajadores se arracimaban alrededor de un hombre que gritaba megáfono en mano:

—Audi. Trabajadores para Audi en Baunatal. Audi. Número de contrato...

Él tenía que encontrar al representante de la empresa minera con la que el traficante le había arreglado el contrato.

Del lado izquierdo, hacia la salida de la estación, llegaba otra voz. ¿Essen? ¿Estaba diciendo Essen? Giró la oreja izquierda en esa dirección. Sí. Ahí estaba el hombre de su empresa. Se dirigió hacia él, confirmó el número de contrato y su identidad. El hombre quiso colgarle del cuello un cartel de cartón con su número.

—No —respondió, y lo miró a la cara—. Tengo un nombre.

El hombre bajó las manos y dejó el cartelito colgando lacio de su muñeca. Ya no se atrevió a ponérselo a ninguno de los otros trabajadores. Los que los llevaban colgando dudaron un poco, pero acabaron quitándoselos.

El hombre masculló algo en alemán. Después, cuando tuvo el grupo completo, les dio unos bocadillos y algo para beber, y los metieron en los autocares.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Essen? —preguntó al compañero sentado a su lado, que usaba el número de cartón como plato para el bocadillo.

—No mucho.

Cada minuto le sobraba. Faltaba solo un día para el plenilunio.

La fatiga y la hipnótica sucesión de coches en la autopista sumieron el autobús en un silencio adormilado. Llegaron a Essen unas dos horas después. Habían hecho el trayecto emparedados entre el asfalto y el cielo encapotado. Al entrar en la ciudad, el gris plomizo de las nubes se fundió con el hormigón y el cemento de los edificios. Los coches blancos parecían sucios; los rojos, oxidados; los negros, insectos dormidos.

No se detuvieron en la ciudad; la cruzaron. «No es para vosotros». Atravesaron después un barrio de casitas bajas idénticas, que después supieron que eran las viviendas de los mineros que trabajaban desde hacía tiempo en la empresa. «Tampoco es para vosotros». Llegaron a la sede de la compañía minera, un dado achaparrado de ventanas apaisadas, como si el constructor hubiese sostenido el mapa de lado mientras lo levantaban. Algunos de los que no habían pisado nunca una mina tuvieron un anuncio en miniatura de lo que les esperaba al subir por primera vez en su vida en un ascensor. Cuatros pisos abrazados a las maletas.

Los llevaron a una oficina donde controlaron de nuevo sus papeles y después les dieron otra vez de comer. La arbitrariedad de esas comidas tenía una difusa similitud con la de los animales de corral, siempre pendientes de que el amo no se olvidase de alimentarlos. Con o sin apetito, los trabajadores terminaron lo que les ofrecieron. Joaquín no probó bocado. Los dolores de estómago eran más intensos que los que había sufrido en el pueblo, como si la bestia supiese del ardid y reaccionase furiosa a los meses de encierro que le esperaban, soltando espumarajos rabiosos que lo corroían por dentro. Trataba de disimular su padecimiento dando caladas a los cigarrillos que compartía con ellos Eugenio, un barrenero asturiano de Mieres, que había tenido que huir de España tras la gran huelga minera de 1962. Como ya hablaba bastante bien el alemán, hacía de traductor. Aún no habría cumplido los cuarenta, pero, como todos los mineros, aparentaba diez años más; el pelo entrecano y el bigote negro, parecía teñido por el hollín.

En cuanto los presentaron, le hizo un gesto de beneplácito.

—Me han dicho que en Colonia le plantaste cara al enviado de la empresa.

Bien hecho. —Le estrechó la mano con fuerza y pareció sorprendido al recibir la misma firmeza en respuesta—. En nuestro barracón ha quedado una cama libre. Si quieres, te puedes venir allí.

Joaquín no pudo responderle, ya que un dolor agudo le punzaba las entrañas y le impedía hablar. Eugenio lo interpretó como aprensión.

—No, no le pasó nada en la mina. Nada mortal, un accidente, quiero decir. Es que no soportaba la profundidad. Muchos no se imaginan lo que es cuando se inscriben para trabajar en la mina. Eso es lo que le pasó al compañero. Aguantó, eso sí, un mes, pero un día le dio algo allí abajo. Lo tuvimos que sacar antes de que se nos trastornara. Estuvo dos días en un hospital y después volvió a España.

El espasmo había remitido. Joaquín podía hablar otra vez.

—No te preocupes. A mí no creo que me vaya a dar miedo.

—Entonces, ¿no has estado nunca en una mina?

—No. Pero no me asusta.

Eugenio lo miró con escepticismo y Joaquín se imaginó que en ese momento se preguntaba cuántos días duraría y si había valido la pena ofrecerle una cama.

—No me voy a rajar. Ya te he dicho que la mina no me da miedo.

En la oficina se mezclaban las voces fuertes de los que hablaban en alemán con las más quedas y cansadas de los recién llegados. Un hombre se acercó a ellos y se dirigió a Eugenio. Él se caló una gorra de lana y dio dos palmadas en el aire.

—Compañeros, venid con nosotros, que os vamos a enseñar un par de cosillas.

Los llevaron a la entrada de la mina. Allí Eugenio les explicó a los recién llegados todos los rituales que a partir del día siguiente marcarían su nueva vida de mineros.

Les mostró una enorme nave. Del techo colgaban, como en una lavandería caótica, pantalones, camisas, chaquetas.

—Es la ropa de calle de los compañeros que están ahora en el tajo. Aquí entráis limpios antes del turno, os desnudáis y colgáis vuestra ropa de alguna de estas perchas, y las perchas de estos ganchos.

Cada gancho estaba unido a una cadena que pasaba por una arandela colgada del techo. Tirando de la cadena, izaban la ropa de calle a varios metros de altura. Un candado aseguraba la cadena a otra arandela clavada en la pared.

—Después os ponéis la ropa de trabajo.

Cruzaron la zona de duchas. Y entraron en una habitación similar a la anterior. También del techo colgaban trajes de trabajo, lacios, cansados. Olía intensamente a sudor.

—Al salir, os desnudáis por completo aquí y colgáis la ropa de trabajo para que se seque el sudor. Después os metéis en las duchas. Allí tenéis jabón y toallas. El jabón parece de papel de lija, pero es la única manera de arrancar el hollín del cuerpo. Y que nadie se haga el delicado. El que se queda pegado a la espalda no se quita solo con el chorro del agua; te lo tiene que quitar un compañero. Con el tiempo uno se acostumbra a ver culos peludos.

—¿Y la ropa de trabajo? ¿Cuándo la lavamos?

—La empresa la lava regularmente. Pero no cada día.

Después les mostró dónde estaba la jaula con la que bajarían al pozo, las diferentes herramientas y dónde estaban guardadas.

—A los que no tenéis experiencia os han puesto con un grupo de compañeros que os irá enseñando.

Por la expresión angustiada que apareció en su rostro, Joaquín entendió que el hombre que estaba a su lado era también novato y que acababa de tomar conciencia por primera vez de lo que significaba ese trabajo.

—Ahora iremos a los barracones para que dejéis las maletas y después en las oficinas os darán los turnos. Hay tres turnos, mañana, tarde y noche...

Turno de noche. El traficante no le había mentido. Eugenio acababa de pronunciar las palabras que más había deseado escuchar y por las que no se había atrevido a preguntar. Mientras el hombre a su lado luchaba por mantener la entereza, él tenía que contener la alegría. Todavía no estaba a salvo.

—La mina no se detiene nunca, compañeros —seguía explicando Eugenio.

—¿Cuándo empezamos? —se oyó preguntando.

—Mañana.

Un último escollo.

—¿Qué hay que hacer para pedir el turno de noche en la mina?

—Los turnos no se piden, los da el capataz.

—¿Dónde está? —Tiritaba de fiebre.

—Todo a su tiempo. Primero vamos a ir al barracón. Compañeros, poneos las chaquetas, los que las tengáis, que hace frío y os vais a quedar pajaritos —dijo Eugenio, examinándolo.

Incluso en verano hacía frío entre los gruesos muros del cuarto en el que se recluía la noche de plenilunio.

Horas antes de que sucediera, temblando de fiebre y atenazado por espasmos en el abdomen, subía al cuarto acompañado por su abuela. Los dolores de estómago eran el anuncio. Primero pinchazos leves, como una mala digestión, después venían las contracciones, olas cortantes que lo golpeaban por dentro y lo obligaban a caminar doblado.

La bestia.

La bestia empezaba a crecer en sus entrañas. Golpe a golpe se adueñaba de él hasta hacerlo suyo. Aunque en algún lugar, se decía, tenía que quedar algo de su persona. En algún sitio permanecía él guardado hasta que la bestia le devolvía su cuerpo y su conciencia. Le gustaba pensar que en el corazón. Ese era el reparto. La bestia se escondía en el estómago; él esperaba en el corazón. Después podía regresar.

Mientras tanto, encerraban a la bestia en el cuarto. Él se dejaba llevar con mansedumbre y se desnudaba por completo. Antes de que cruzase el umbral, la anciana se despedía de él tomando su cara entre las manos y le besaba la frente.

Joaquín le sonreía para darle ánimos e infundírselos a sí mismo. Entraba. No había nada. Ni un mueble ni una manta con que abrigarse las noches de invierno durante las horas en las que seguía siendo humano. Solo las paredes desnudas, descoloridas por la lejía, la línea del respiradero en la ventana tapiada y la puerta.

Una vez dentro, cerraba con llave. Quería sentir que todavía lo regía su albedrío, que era su voluntad estar allí y sufrir el tormento de las primeras horas, cuando aún era él. Los padecimientos de la bestia no los podía recordar; de ellos sabía tan solo lo que le relataba su abuela.

«No hagas daño», decía con la primera vuelta de llave. «No hagas daño», repetía con la segunda, y echaba después la llave por la trampilla que había dejado a pocos centímetros del suelo. No hacer nunca daño a nadie por crueldad. Tampoco a los animales. Así se lo había inculcado la abuela ya de



niño, mucho antes de que se cumpliera la maldición. Cuando la implacable lógica infantil replicaba que ella sacrificaba gallinas y conejos, ella le respondía:

—Las personas somos también animales y por eso tenemos que comer carne de otros animales, pero cuando alguien mata por el puro gusto de hacerlo deja incluso de ser persona.

Las explicaciones de la abuela solían ir acompañadas de un coscorrón, una zurra, un varazo... Golpes que lo dejaban doblemente dolido por injustos y, creía él, innecesarios. Solo cuando se presentó la bestia comprendió que las palabras eran para él y los golpes para eso que habitaba en su interior y que a veces le asomaba por los ojos.

Guardó para sí la pregunta de si la bestia mataba por necesidad o por maldad. Cuando llegaba el momento, todas sus elucubraciones dejaban de tener sentido; lo único que importaba era evitar que la bestia llegara a hacerlo.

Una vez dentro, tenía que resistir el impulso de no devolver la llave. La bestia no hablaba, pero daba órdenes a sus músculos, a sus tendones. Le cerraba el puño con tanta fuerza que la llave se le clavaba en los dedos, duros como el metal que aprisionaban. Él, su voluntad, se obligaba a abrir la mano, a arrodillarse, a dejar la llave en la trampa y a empujarla para que llegase a los dedos de la abuela.

A veces se quedaba tendido en el suelo helado espiando por ese pequeño rectángulo el movimiento de sus zapatillas al correr los travesaños. El roce contra la superficie rugosa de la puerta le indicaba que ya estaba segura, sentada en una silla al lado de la puerta pero protegida de aquello en lo que se iba a convertir su nieto en pocas horas.

Desde esa silla seguía la transformación. Primero, los gritos, los gemidos de dolor y la última resistencia antes de ser atrapado, absorbido por aquello que le robaba incluso la forma humana. Después venían los golpes de la bestia, el movimiento incesante al otro lado de la puerta. El hedor. Pasos sobre dos piernas, después a cuatro patas. La escuchaba hociquear, oía cómo gruñía y entrechocaba los dientes, golpeaba contra la puerta, contra las paredes, contra la ventana y aullaba en el respiradero desde el que le entraban algunos rayos de luz de luna. Como cuando era niño y ella se quedaba a su lado después de un mal sueño, ahora lo velaba mientras desaparecía dentro de la pesadilla.

La distancia impedía que en el pueblo, a varios kilómetros, algún insomne

llegara a escuchar los aullidos de su nieto. Mientras no hubiera animales muertos, nadie recordaría el terror ancestral al lobo en esas tierras de pastores. Los muros y la oscuridad mermaban las fuerzas de la bestia. A pesar de ello, durante horas se rebelaba incansable contra su encierro, en las cortas noches de verano y en las interminables de invierno. En diciembre y en enero, ella sentía que la ansiedad de la bestia que poseía a su nieto era demasiado atroz; temía que el dolor por la necesidad insatisfecha de matar la trastornara tanto que no pudiera encontrar el camino de vuelta. Entonces abandonaba su puesto de guardia, bajaba al corral y cogía una gallina o un conejo. Otra vez arriba, corría la trampilla con mucho cuidado y de un golpe empujaba al animal adentro.

De nuevo en su silla, oía los sonidos de la breve caza y los crujidos de los huesos del animal devorado con la horrorizada beatitud de la madre que logra satisfacer el hambre de su cría. Con una mano pasaba las cuentas de un rosario; con la otra acariciaba la navaja de plata que llevaba siempre atada con una cinta negra a la cintura.

La primera vez que Joaquín la vio le preguntó el porqué.

—Por si algo sale mal.

—Aunque así fuera —respondió él—, nunca le haría daño.

Ella sonrió y le acarició el corto pelo rubio.

—Por supuesto que sé que tú no, Ximo. Pero las bestias siempre matan a quienes más quiere la persona dentro de la que se esconden.

—Entonces —concluyó él—, tiene que llevar usted la navaja consigo.

Pasada la noche de plenilunio, no bien asomaban los primeros rayos de sol, la abuela abría la puerta. Su nieto yacía acurrucado en una esquina, sucio y desnudo sobre el pelo que ya se le había desprendido del cuerpo al recobrar la forma humana y sobre los restos del animal que había devorado. El hedor a excrementos, a sudor, a animal furioso se esparcía por toda la casa. Ella se encargaría de ahuyentarlo, pero antes siempre se ocupaba de su nieto.

Lo despertaba y lo ayudaba a bajar al lavadero.

Lento, entumecido, como si su cuerpo hubiese estado inmóvil mientras era de otro, se dejaba frotar con una pastilla de jabón que le arrancaba el hedor de animal pegado a la piel. Para secarlo, la abuela usaba las toallas que había bordado de jovencita para su ajuar, las que había enseñado a la familia del marido, a la madre, a las tías, a las primas que venían a examinar a la novia que sería la señora del *mas*. Las toallas que después quedaron guardadas en el enorme armario matrimonial, demasiado finas para manos y caras de

campesinos. Con ellas le secaba el cuerpo y el cabello.

Después él se vestía y se acostaba en el corral, con la cabeza cerca de la puerta. Tras el encierro no soportaba meterse en su dormitorio. Preparaba un lecho de paja, echaba encima una frazada y se cubría con otra. Se dormía de inmediato. Su perro, el Rubio, se acercaba con la cabeza gacha, se tumbaba a su lado y, mientras velaba su sueño, le lamía de las manos el resto más sutil del olor de la bestia. La respiración de los conejos era agitada, se quedaban inmóviles en el fondo de las jaulas con los ojos clavados en él. Las gallinas se quedaban afuera silenciosas. No se atrevían a entrar en el corral hasta que él lo abandonaba. Tigret, el gato, vigilaba en lo más alto del tejado del *mas*.

Tras purificar el cuarto, la abuela se acostaba también unas horas; la vela y el esfuerzo de la noche la dejaban agotada.

—Debería usted dormir también estas noches —decía Joaquín al verla exhausta y ojerosa—. La bestia no escapará. La hemos encerrado bien.

—No, no debo. Tengo que estar siempre ahí.

Así fue desde que salió la bestia. Durante tres años.

Ya había oscurecido cuando los llevaron al complejo de barracones de madera en el que vivían los trabajadores extranjeros. Era una cuadrícula de calles sin asfaltar, rodeado por verjas de alambre. En algunas partes de la verja, plantas sin pedigrí jardinero trepaban y se retorcían, fingiéndose hiedras entre las mallas oxidadas y algo panzudas. Los barracones, idénticos en su construcción, se diferenciaban únicamente en el grado de decrepitud. El suyo quedaba casi en el centro del complejo. El camino y las puertas hacia una vida mejor, la razón del desplazamiento de la mayoría de sus compañeros, resultaban hasta ahora bastante miserables.

Entraron. El espacio estaba ocupado por tres literas pegadas a los tabiques, unos armarios metálicos y una mesa rodeada de sillas viejas. Una cortina hecha de una sábana separaba un cuartito en el que había una cocina económica.

—Estos dos son Rafael y Ángel. Faltan los dos italianos, Beppe y Sandro. Ya los conocerás. Hoy tienen turno tarde —le dijo Eugenio.

El llamado Ángel estaba sentado en el camastro inferior de una de las literas, las piernas debajo de las mantas para protegerse del frío. Lo miró mientras pasaba un palillo de un lado a otro de la boca con cara de desagrado. Era también asturiano, como Eugenio, y tendría más o menos su edad, pero no había sido minero, sino vaquero.

Rafael era más joven, tal vez un par de años mayor que Joaquín. Llevaba unas largas patillas, Joaquín pensó que de bandolero, hasta que vio las fotos que cubrían la puerta de su armario. Elvis y Johnny Hallyday. Fue él quien le dijo:

—No dejes que te eche para atrás su cara de cabreo. En realidad, hace honor a su nombre.

El aludido se limitó a cambiar una vez más el palillo de lado en la ranura prieta entre los labios finos y a golpear la manta como aplastando un ratón de frío que hubiera tratado de colarse.

Rafael le señaló qué cama y qué armario le correspondían. Joaquín dejó sus cosas encima de una colcha de hilo descolorida, que imaginó que debió

de pertenecer al ocupante anterior; uno no se lleva una colcha vieja de vuelta a casa, menos aún si regresa fracasado. Los otros tres parecían esperar a que abriera la maleta y desempaquetara, pero él tenía que resolver su problema.

—¿Cómo es el trabajo? —les preguntó.

—Ya lo verás cuando estés abajo —le respondió Rafael con socarronería.

—Como hemos hecho todos —añadió Ángel en tono resentido—, menos estos dos —señaló a Rafael y a Eugenio—, que ya venían enseñados.

Rafael también había sido minero en Andorra de Teruel.

—Empieza mañana —les explicó Eugenio—. Bajaré con nosotros. Esta semana que viene tenemos el segundo turno, de dos a diez —le dijo a Joaquín—. Procuran que los que viven en un mismo barracón tengan los mismos turnos, porque si no es un problemas con las horas de dormir y...

—La verdad es que querría tener el turno de noche. —Había respirado hondo antes de hablar. Las densas nubes no lograban esconder por completo la presencia de la luna. Aun así, su voz sonó ahogada.

Los otros tres se miraron.

—¿Y eso? —preguntó Ángel.

—Cosas mías.

—Todo lo tuyas que quieras, pero raras, raritas —replicó desde la cama.

—Oye, cada uno tiene sus cosas —salió al paso Rafael.

Ángel se sacó el palillo de la boca y lo apuntó con él al hablar:

—Claro, lo dice el que no trabaja sin su medallita de santa Bárbara y se pasa la bajada rezando.

—Ángel, deja al chico en paz. —Eugenio se puso de nuevo la chaqueta y la gorra—. Ven, Joaquín, vamos a ver si se puede hacer algo.

—¿Vas a hablar con Borowski? ¡Pues vas listo! —dijo Ángel, y se tapó con la manta hasta la nariz. Solo asomaba la mirada colérica de sus ojos oscuros.

—No le hagas caso —dijo Rafael mientras apartaba la sábana y se metía en la cocinilla—. El frío lo pone de muy mala gaita.

Joaquín y Eugenio salieron y se dirigieron hacia la mina, que estaba a pocos minutos de camino de los barracones.

—Nos alojan cerquita para que no perdamos el tiempo. Aunque pronto te darás cuenta de que tiempo es lo que le sobra a la mayoría aquí. Lo del turno de noche, ¿tiene que ser?

—Sí.

—¿No me vas a explicar por qué?

—Preferiría no hacerlo.

—Está bien. Vamos a ver si logro convencer al capataz.

Tenía que pasar la próxima noche, la de plenilunio, bajo tierra. De lo contrario, debería huir. Meterse en algún bosque. Había muchos en ese país, más densos y oscuros que los de su tierra. Pero no había llegado hasta allí para cambiar pinos y robles por abetos y hayas.

Fueron hasta el edificio donde estaba Borowski, el capataz, un veterano minero, hijo y nieto de mineros polacos. Borowski era un hombre grande, claro y redondo, como un muñeco de nieve de ojos azules. Unos ojos metálicos que se clavaron en él mientras Eugenio le transmitía su petición. Cuando trató de adoptar una actitud suplicante, los músculos de la nuca se negaron a obedecer, se endurecieron como si la bestia anduviera por ahí. Bajó entonces los ojos y escuchó los sonidos que se sucedían indescifrables, sin que llegara a distinguir unidades, como si la lengua que hablaban no tuviera palabras sino una serpentina de vocales y consonantes que se pasaban de un interlocutor a otro.

Percibía la intransigencia del capataz a pesar del tono amable, primero, insistente, después, algo crispado al final de la voz de Eugenio. Ese día aprendió su primera palabra en alemán: *nein*. Los noes le movían la cabeza al capataz siempre de derecha a izquierda hasta que Eugenio desistió.

—Lo siento, no hay manera. Turno de tarde.

Salieron a la calle.

—No pongas esa cara, Joaquín; lo intentaremos de nuevo en unos días.

—Sí, sí. Claro.

Todo había sido en vano. La gruesa capa de nubes que había tapado el cielo todo el día se había desgajado en jirones. A través de ellos vislumbró el contorno de la luna. Oronda, parecía tener prisa por burlarse de su derrota y ya se mostraba a pesar de que todavía no había anochecido. «¿Qué harás ahora, lobito?». «¿Para esto te has marchado de casa? ¿Para esconderte en el bosque? ¿Para cambiar pinos y robles por abetos y hayas?».

Se acostó en la litera. En algún momento se durmió, agotado por el largo viaje, el cansancio y la frustración. De madrugada lo sobresaltó una mano que golpeaba a tientas desde la litera superior. Su primer impulso fue morder. Afortunadamente, Beppe, el minero siciliano que dormía en la litera de arriba, ya la había retirado y escapó de su dentellada.

—*Che succede?*

Joaquín miró primero a su alrededor por si alguno de los compañeros lo hubiera visto, pero el barracón estaba a oscuras. El mal humor de Ángel había impuesto que se cerrasen los postigos para evitar que entrase más frío. Los otros cuatro dormían. Joaquín oía sus respiraciones profundas.

—*Che succede?* —repitió Beppe.

—Nada, nada. ¿Por qué?

—*Stai piangendo.* —A pesar de la oscuridad, vislumbró la cabeza de Beppe asomando desde arriba. Hablaban en susurros.

—¿Qué?

—*Piangendo.* Llorando. Auuu, auuu.

Joaquín se tocó la cara. A pesar de los postigos, la luz de la luna se había colado en el cuarto. La barba le cubría la cara.

Se incorporó.

—No es nad... —Como si esperase a que estuviera despierto, la bestia le lanzó el primer zarpazo. Lo dobló sobre sí mismo.

En cuanto pudo recobrar el aliento se levantó y se vistió.

—¿Vas a salir? —Era la voz de Eugenio desde la litera contigua.

—Sí. Necesito estirar un poco las piernas. —La voz le salía a golpes, los arañazos de la bestia le cortaban la respiración.

—Vale. Pero no te fatigues. Mañana es tu primer día. A las dos empezamos.

Pero a las dos de la tarde del día siguiente se encontraba en medio de un bosque con la espalda pegada a una haya frondosa para guarecerse de la

intensa lluvia. El sonido de las gotas ocultaba el silencio que imponía su presencia.

El bosque era muy diferente a los del Maestrazgo. No solo eran otros árboles y arbustos; el suelo crujía con un sonido más blando, más húmedo. Los olores eran nuevos; incluso en medio de la vegetación, se percibía el de las minas de carbón alrededor de las cuales parecían haber nacido algunas de las ciudades que había pasado en el trayecto en autobús. También le llegaban rastros de otros animales. Apenas los había vislumbrado. Huían y se escondían al notar su cercanía. Solo las aves lo vigilaban desde la seguridad de las alturas. Entre todos los olores nuevos reconocía uno común, demasiado familiar, el del miedo.

En cuanto amainó, siguió andando para alejarse de la ciudad. No conocía la zona y olisqueaba el aire buscando señales de la proximidad de personas para evitarlas.

Al caer la tarde, temblando de frío y de fiebre, se desnudó, colgó la ropa en las ramas altas de un roble, entre cuyas raíces salientes se había formado un hueco en forma de nido. Allí se tumbó con las piernas dobladas y las rodillas pegadas al pecho para esperar la transformación.

Su huida no había servido para nada. En realidad, no podía huir. Debería haberse quedado en Vistabella y esperar a que alguno de los cazadores le pegara un tiro por fin. Tal vez tuviera suerte y lo hiciera un cazador alemán.



Otra vez.

Otra vez sabor de sangre en la boca. Otra vez el frío al despertar desnudo. Otra vez los ojos horrorizados de su víctima, una cierva. La bestia, que desgarraba piel y músculos, que arrancaba huesos y tendones, que devoraba carne y vísceras, dejaba las cabezas intactas para que él se encontrara cara a cara con los animales muertos. Una vez más.

Se levantó, se sacudió las hojas y los restos de tierra del cabello con movimientos cansinos. Otra vez.

Encontró un arroyo en el que lavarse y encontró también su ropa húmeda donde la había dejado; lo que no encontraría era el trabajo que había abandonado sin dar explicaciones. Los compañeros de barracón creerían que se había acobardado y que había huido. ¿Qué más daba lo que pudieran pensar si apenas los conocía? Aun así, se avergonzaba. Pero tenía que volver a los barracones. Por lo menos trataría de recuperar sus cosas antes de decidir qué hacer luego.

La mina estaba en un barrio del norte de la ciudad. Abandonó el bosque, cruzó un par de arroyos pestilentes, dejó atrás una zona industrial y otro complejo minero. Le costaba orientarse en esa ciudad desconocida, en la que las vallas que cerraban las fábricas le obligaban a dar grandes rodeos. Se perdió en un par de ocasiones.

Cerca de su mina se sintió desfallecer. Se sentó en un banco para recuperar fuerzas. Las nubes habían acabado de esparcirse durante la noche y el sol de invierno templaba el aire. Al tímido calor, el cansancio le hacía dar cabezadas.

Una sombra y una voz que le decía algo en alemán lo sacaron del sopor. Entreabrió los ojos. Un policía estaba frente a él con los brazos cruzados. Por la entonación, entendió que le estaba preguntando algo. Tal vez qué estaba haciendo allí.

—Descansando —le respondió, y apoyó los brazos en las rodillas y la cabeza en las manos.

El policía abrió ligeramente las piernas antes de volver a hablar. Esta vez

fue una orden.

—Déjeme tranquilo —le respondió.

Otra vez la orden.

—Déjeme tranquilo, por favor. En un momento me habré marchado.

El policía se aproximó.

—Déjeme tranquilo. Estoy muy cansado. —Los músculos se le tensaban —. No se acerque, por favor.

Pero el policía lo tocó en el hombro.

Con gran esfuerzo, obligó a las manos a agarrarse al asiento. Solo así logró frenar el impulso de abalanzarse sobre el policía.

—He dicho que me deje tranquilo. —Lo miró.

En los ojos del policía alemán, un muchacho no mucho mayor que él, vio el mismo temor que se reflejaba en los ojos de los animales que mataba la bestia. Los dedos de Joaquín apenas podían resistir la fuerza de sus piernas y se aferraban como garras a la madera. «Venga. Hazlo, salta. ¿Qué más da ya?».

Quiso decir algo, pero el rugido se intercalaba entre las sílabas.

—Ve-te-dé-ja-me-en-paz.

El policía dio un paso atrás, pero no pudo controlar sus propias manos, que repitieron mecánicamente el gesto imperativo con que le ordenaba que se levantase. Las miró como si las hubiera movido una voluntad ajena. La expresión de asombro que apareció en la cara del policía lo salvó. Los salvó a los dos, porque esa comicidad de marioneta disconforme y estupefacta hizo reír a Joaquín.

—¡Vaya susto que llevas, chaval!

Como ante toda lengua ajena, el agente no distinguía entre sonidos articulados y ruidos, de modo que tampoco podía percibir la risa que, a correazos, estaba haciendo recular a la bestia.

—Ximo, ¿qué haces ahí?

—Nada, abuela —respondió sin mirarla.

No hacía nada; por no hacer, ni podía moverse. Acababa de regresar del colegio, al que asistía por segundo año. De pie, en el umbral de la cocina, su cuerpo era una parálisis alrededor de los ojos clavados en el barreño de cinc que recogía la sangre de la gallina recién decapitada. La abuela la sostenía por las patas. Una de ellas se contrajo una vez, después quedó inerte. La

sangre caía a borbotones rítmicos en el recipiente, el aire olía a hierro. Entonces, sin darse cuenta, Joaquín se pasó la lengua por los labios.

La abuela dejó caer el cuerpo del animal. Los últimos latidos dibujaron jirones de sangre en el suelo. De pronto, todo se volvió negro y del color del delantal. A bofetadas y empujones la abuela lo sacó de la cocina. Él trató de protegerse con las manos de los golpes incesantes; la abuela era un molino furioso. Lo empujó hasta el corral. Allí, desconcertadas, las otras gallinas, con el cuello estirado mirando a un lado y a otro, parecían estar pasando lista. ¿Quién falta? ¿Quién falta? La abuela cogió la correa que colgaba de un gancho al mismo tiempo que lo empujaba sobre una bala de paja. Joaquín lloraba en silencio.

—No mires así la sangre —le gritó ella. La voz parecía romperse.

La correa cortó el aire.

El primer golpe le arrancó un aullido. El Rubio, desde la caseta, lo secundó. El segundo golpe fue aún más duro.

—Atrás, bestia, atrás.

Fueron diez. Los dos últimos los sintió de lejos, desde la semiinconsciencia de varias capas de dolor.

La abuela resollaba; despeinada y con la cara roja, parecía más joven.

Lo dejó tirado sobre la paja y volvió a la cocina. Joaquín se levantó y se acercó cojeando hasta la caseta del perro. El Rubio lo recibió golpeando el suelo con la cola. Se tumbó a su lado.

Media hora más tarde la abuela salió a recogerlo. Lo hizo subir a su cuarto, lo desnudó y le untó con suavidad las marcas de los correazos con un unguento.

—Tengo que hacerlo, Ximo.

Lo que fuera que hubiese visto la abuela ya se había escondido, en ese momento solo quedaba un niño herido. Ella le miró los moratones en la cara y el corte en el labio inferior.

—Mañana y pasado será mejor que no vayas al colegio.

Faltó una semana entera, él que iba a clase aunque la lluvia hiciese los caminos impracticables o la nieve impidiese llegar al propio al maestro, incluso si la primavera lo invitaba a escaparse al monte.

Cuando los brazos de la abuela perdieron vigor y él ganó en tamaño, dejó de pegarle. No lo dio por domado. Seguía observándolo recelosa, acechando los rastros del animal para hostigarlo y devolverlo a la madriguera interior. También después de que la bestia saliera. El ojo derecho de la abuela se le

había velado; sin embargo, esa bola de cristal arenoso había adquirido una fuerza amenazadora que lo paralizaba con más fuerza que el ojo que podía verlo.

Los brazos perdieron vigor, él ganó en tamaño y ella dejó de pegarle, sí. Pero encontró otras maneras de amedrentar a la bestia.

—Atrás, bestia, atrás, maldita.

El policía retrocedió despacio sin dejar de mirarlo. Llegó a una esquina y echó a correr.

Joaquín se levantó. No iba a esperar a que el agente regresara con refuerzos.

Entró en el complejo de barracones por uno de los accesos que interrumpían la valla y se quedó de pie, fumando con la espalda apoyada contra el tabique de madera de una construcción lo suficientemente alejada de la suya para no ser visto. A pesar de que no se había marchado por miedo a la mina, no lograba arrancarse el tufo de la cobardía. Lo tendrían por un pusilánime y con ese estigma tendría que afrontar sus miradas. Dos cigarrillos más tarde había reunido el suficiente valor.

Se acercó al barracón y abrió la puerta.

—¿Vienes a buscar tus cosas? —Eugenio estaba sentado a la mesa—. Pasa, te estaba esperando. Los otros se han ido al bar.

Entró. Vio su maleta puesta sobre la cama. Al lado, el pañuelo fardero. No intentaría una salida rápida. Aguantaría primero lo que tuviera que reprocharle Eugenio, después cogería sus bultos y se marcharía.

—Te lo he dejado empaquetado por si te quieres ir. Pero...

—¿Pero?

—Pero que si quieres intentarlo otra vez, tienes una segunda oportunidad. No puede ser que hayas hecho todo este viaje para nada, ¿verdad?

—Pero el capataz...

—Borowski ni se habrá dado cuenta. Esperaba a treinta hombres en el ascensor y bajaron treinta hombres.

Joaquín se sentó en la litera al lado de su equipaje. Eugenio esperaba que preguntase, pero él estaba demasiado cansado y aturdido.

—Ángel, aunque tenía libre, fichó por ti y te hizo el turno.

—¿Ángel?

—Ahí donde lo ves, Ángel es capaz de las acciones más nobles y altruistas

con la peor cara posible, como si el nombre lo obligase a hacer cosas que no quiere.

Hosco y rudo, ese ángel contrariado y cargado de mala baba cogía dos turnos seguidos para que un compañero pudiera descansar o visitar a su mujer, que vivía en un pabellón de trabajadoras en la otra punta de la ciudad y con la que solo se podía reunir los fines de semana. Ahora le había cubierto las espaldas a Joaquín, a pesar de que no lo conocía de nada.

—Eso sí, en cuanto te vea te va a fulminar con la mirada. Después de mandarte a la mierda, claro.

No fue de otro modo cuando Ángel volvió con los otros compañeros un poco más tarde.

—Si no te hubieses empeñado en ese capricho de bajar de noche, habrías bajado con los otros y seguramente no te habría entrado el canguelo. Pero bueno, cada loco con su tema. Me voy a meter en la cama, que afuera hace un frío de cojones.

Le hizo un gesto de fastidio cuando trató de darle las gracias.

—Como hoy te vuelvas a escapar, te pelo.

Toneladas de tierra entre él y el mundo, un velo de polvo entre él y los compañeros, un manto de sudor entre él y la ropa de minero.

El sudor empezó a brotar en los primeros metros de descenso en la jaula. Era diferente al que lo empapaba y le ardía en los ojos trabajando a pleno sol en el campo. Allí abajo era una membrana húmeda que lo envolvía desde la coronilla cubierta con el casco hasta las puntas de los dedos de los pies metidos en botas reforzadas con placas de metal para que los fragmentos que se desprendían de las vetas no los lastimasen. A los novatos se los reconocía por la torpeza de buzo sin agua al caminar.

Insectos diminutos, las partículas de hollín se adherían al sudor. Las ondas del golpeteo de perforadoras y picos de metal contra roca hacían bailar el polvo por el aire; las vagonetas cargadas lo dejaban caer en un rastro chirriante; las vacías se sacudían los restos con un roce destemplado; las botas lo levantaban del suelo. Ruido y polvo fundidos en un conglomerado inseparable. Inmerso en una burbuja estruendosa y asfixiante, Joaquín sentía una extraña sensación de paz.

Llevaba diez días trabajando en la mina; los rituales todavía no se habían convertido en rutinas, pero ya no tenían que recordarle o advertirle nada.

—Aprendes rápido —le dijo Eugenio.

—Para el canguelo que te agarró el primer día, te veo muy tranquilo abajo —añadió Ángel—. Llevas bien el calor. Y eso que aquí abajo se está más cerca del infierno.

—No digas esas cosas —se molestó Rafael, y se persignó.

Diez días. Faltaban algo más de dos semanas para el plenilunio.

Había otros que también contaban el tiempo. Palitos que tachaban en el calendario interior; pasó otro día, uno menos para cumplir el tiempo contratado y volver a casa. Días lentos, las horas se alargaban como los anillos de las orugas a cada paso.

Diez días ya.

Al principio, había bajado a la mina por agradecimiento a los compañeros, mientras pensaba qué hacer, adónde ir. Pero tras haber compartido con ellos

trabajo y descanso, tras haber experimentado algo parecido a la tranquilidad en el interior del pozo, no estaba dispuesto a perderlo todo en cuanto llegara la próxima transformación.

Tenía que intentarlo de nuevo. Hablaría con Borowski para pedir el turno de noche.

Si fallaba, le tocaría volver al bosque. Esta vez para siempre.

Le pidió a Eugenio que le apuntara lo que quería decir en un papel.

—¿No quieres que te acompañe yo? —le preguntó.

Prefería ir solo. Anotó la frase y fue en busca del capataz.

—¿Borowski? —preguntó a un minero recién duchado, el pelo todavía húmedo, con el que se cruzó en la puerta de acceso al complejo.

Palabras ininteligibles, por más que ya empezara a distinguir las unidades. La mirada y la mano lo dirigieron hacia la derecha.

—¿Borowski?

Los brazos de los dos hombres cuya conversación había interrumpido lo mandaron a la zona de oficinas.

—¿Borowski?

El hombre en traje y corbata no detuvo el paso para indicarle la puerta de uno de los edificios de oficinas.

Sacó del bolsillo de los pantalones el papelito con la frase para tenerlo a punto. Lo leyó una vez más en voz alta. Entró con él como ariete.

—¿Borowski?

Los movimientos y el tono de la voz hacían innecesarias las palabras. Borowski no estaba; ya se había marchado. Salió del edificio con su única frase apretada en la mano. Su ímpetu quemado como un fuego de paja.

Un día menos, la urgencia era mayor.

Al subir, había visto la silueta de Borowski al lado del operario encargado de la jaula, pero él estaba pegado al fondo y tuvo que esperar a que la abandonasen los compañeros, alguno de ellos tachando mentalmente un día más. El grupo se dirigió hacia las duchas; él siguió por donde había desaparecido el capataz. Lo vio a lo lejos hablando con otros dos encargados al lado de unos barracones de madera para herramientas.

Se acercó al grupo.

—¿Borowski? —Se corrigió al instante—: ¿Herr Borowski?

El gruñido con que le respondió le hizo apretar de inmediato los puños. El

papel se quejó con un crujido en el que él oyó la voz que le advertía: «Cuidado. Baja la cabeza, lobito». Lo hizo. También porque tenía que leer las letras arrugadas de su petición.

La carcajada de Borowski parecía el chirrido de su corpachón al girarse para darle la espalda y ponerse a hablar los otros dos. No entendía las palabras, pero algo le decía que, para que la humillación fuera completa, ni siquiera hablaba de él. Tuvo que marcharse deprisa para poder contener las ganas de saltarle sobre la nuca bueyuna.

—Los advenedizos, esos son los peores —le dijo Eugenio mientras tomaban unas cervezas—. Viene de abajo, era uno de nosotros, pero ahora es uno de los perros más fieles a la patronal.

—Es un hijo de puta, sin más —añadió Ángel—. También lo era cuando era minero. ¿Por qué te crees que lo hicieron capataz?

—Le gusta que todo el mundo sepa que él es quien manda —siguió Eugenio—. Por eso, si sabe que tú quieres el turno de noche...

—Por las razones que sean, aunque no nos las quieras contar —interrumpió Ángel.

—Si sabe que tú quieres el turno de noche, te lo va a negar. Es una muestra de su poder. Así que mejor confórmate.

Como no les podía explicar sus motivos ni su urgencia, tampoco les dijo que lo volvería intentar al día siguiente.

Esta vez se aprendió la frase de memoria, no quería leerla como un colegial, y fue una vez más al encuentro del capataz.

Lo encontró en una construcción de ladrillo contigua a las duchas de los mineros. Estaba sentado en una silla de tijera que temblaba como un levantador de pesas bajo el cuerpo del capataz. Conversaba con el encargado de las duchas, un tal Möller, que se sacaba un dinero extra —en realidad, más que su salario en la mina— vendiéndoles cervezas a los mineros. En los barracones el agua salía de los grifos muchas veces de color marrón y sabía a tierra y a cloro. Möller tenía varias neveras en el cuartito, todavía más reducido por las cajas de cervezas que almacenaba en su interior. Como le había cedido la única silla a Borowski, estaba sentado sobre dos cajas apiladas.

—¿Cuántas te pongo, chico? —le gritó Möller al verlo entrar—. Mejor llévate la caja. Tenéis que beber, para recuperar todo el sudor. —Como



sospechaba que Joaquín no lo entendía, se llevó la botella a la boca—. Beber. Beber. Glu, glu, glu. Beber, muy importante. ¿Cuántas quieres?

Joaquín negó con la cabeza y señaló a Borowski.

—¿El jefe? Mira. También glu, glu, glu.

No le hizo caso. Se acercó a Borowski y, sin hacer caso de su expresión de fastidio, dijo su frase:

—Quisiera el turno de noche en dos semanas.

Borowski fingió una carcajada.

—Sigue con lo de que quiere el turno de noche —repitió mirando a Möller, quien reflejó en su sonrisa burlona el tono de voz del capataz.

—Quisiera el turno de noche en dos semanas.

—¿Otra vez? Ya te he dicho que no. —Borowski se levantó de la silla para hacer valer no solo su voz, sino también toda su estatura.

—Quisiera el turno de noche en dos semanas.

Al capataz se le escapó media sonrisa al darse cuenta de que esa frase era todo lo que el otro sabía decir. Pero ese asomo de arrogancia se agostó ante la mirada firme del hombre que tenía enfrente. No había temor ni sumisión en sus ojos. Levantó la botella y dio un largo trago. Joaquín esperó a que volviera a mirarlo.

—Quisiera el turno de noche en dos semanas.

—Está bien —se sorprendió diciendo Borowski.

—Gracias.

Joaquín se dio media vuelta y se marchó.

Los dos hombres tardaron unos segundos en volver a moverse. Borowski se sentó y Möller abrió otra botella antes de preguntarle:

—¿Y eso?

—¿Qué? —atronó Borowski.

—¿Que cómo te ha convencido? Si lo repite una vez más, igual hasta lo invitas a una cerveza.

—¡Vete a la mierda, Möller!

Borowski nunca le confesaría que había percibido una especie de gruñido en la voz del minero, un tono áspero y profundo, que parecía haberle subido de las entrañas mientras le hablaba clavándole los ojos ¿verdes? Y, en el caso de que Möller lo mencionara, él lo negaría con rotundidad.

Joaquín respiró aliviado. Turno de noche. Esta vez lograría encerrar a la bestia. Al llegar a la calle se frotó las manos con fuerza para calentarlas antes de ponerse los guantes. «Mira, abuela, lo he conseguido».



Las últimas sílabas de las conversaciones cayeron al suelo cercenadas por el golpe seco del cierre de la jaula. Detrás de los barrotes metálicos, los rostros graves de cuatro hileras de hombres apretujados en la caja; caras limpias debajo de cascos con restos de tierra y de hollín. Los veteranos empezaban a contar las horas hasta el final de la jornada; los novatos, los minutos. Todos aspiraban las últimas bocanadas de aire fresco antes de hundirse en la profundidad de la mina.

El encargado les concedió una respiración más antes de oprimir el botón. Una sacudida, un chirrido y el ascensor se puso en movimiento. Todos los ojos se levantaron para captar un postrero rayo de luz; solo uno de los cascos se inclinaba hacia abajo anhelante de la hondura, ansioso por encontrarse a varios cientos de metros por debajo del suelo, lejos de la luna llena que esa noche iba a cernirse sobre la ciudad.

El estruendo de los engranajes se tragó su gemido. La bestia, como si supiera que iba a ser sometida, le lanzó un último zarpazo. Joaquín lo aguantó. Igual que soportaba los dolores que le atenazaban el estómago a medida que crecía la luna, los mordiscos, los arañazos, los golpes. Disimulaba las contracciones, la necesidad de doblarse sobre sí mismo, de llevarse la mano al vientre y devolverle los puñetazos. Fingía toser. A nadie le extraña que un minero tosa; aún menos que un minero tosa en noviembre, cuando el invierno aún no ha llegado y ya parece eterno, cuando el suelo helado está surcado de arrugas, negras como las ramas peladas de los árboles, como las fachadas de las casas bajo un cielo de nubes tiznadas de hollín.

Un último zarpazo. La bestia se resignó y se escondió en el lugar desde donde acechaba hacía años. Disminuía y perdía fuerzas con cada metro que descendían. A la luz de las lámparas de los cascos de los mineros las vetas dibujaban figuras indescifrables, como las líneas de un libro al pasar las hojas rápidamente. Joaquín movía los pies con impaciencia mientras su respiración se hacía más pausada a cada nivel de galerías que pasaban. Las primeras gotas de sudor se le deslizaban nuca abajo. Las recibió con placer.

Llegaron. Borowski descorrió la reja y los hombres salieron despacio. Él

también, fingiendo que, como los demás, necesitaba que lo impulsara el látigo de la voz del capataz para coger el pico.

Estaba a salvo.

Allí abajo la maldición no iba a dar con él. Lo protegían metros de tierra. La misma tierra que amenazaba con crujidos a sus compañeros y los empequeñecía aún más a él lo hacía crecer. Caminaba erguido por las galerías que lo permitían; se adueñaba del espacio sin temer el roce áspero de las paredes. El aire enrarecido de los túneles y las galerías era el aire de la liberación. Allí era solo uno más de los hombres cuyas caras se tiznaban de carbón.

Nadie notaba que era diferente.

Excepto tal vez Borowski.

Por Eugenio sabía que le sorprendían tanto su fortaleza física como la ligereza de ánimo con que se movía por los túneles y rampas más estrechos.

—Pregúntale si es verdad que en su tierra era campesino —le había pedido Borowski a Eugenio que le tradujera un día.

—Cultivaba patatas y cereal, y tenía algunas cabras y ovejas. También gallinas y conejos en un corral —había respondido él, mirando al capataz con fijeza.

Borowski se había quedado observándolo como si, a pesar de la gravedad del tono con que le había enumerado sus quehaceres en el pueblo, creyera que se estaba burlando de él. Después negó con la cabeza y masculló algo. Se dio media vuelta y se alejó mientras se santiguaba tres veces.

—Los polacos son muy raros —le había explicado Eugenio.

Desde entonces tenía la sensación de que el capataz no lo perdía de vista, pero se dijo que, en realidad, Borowski los miraba a todos con desconfianza. Más aún desde que habían empezado las quejas de los trabajadores extranjeros por las malas condiciones de trabajo, por las diferencias entre los salarios que les pagaban a ellos y a los alemanes, por tener que vivir hacinados en barracones, por la falta de seguridad en las minas. Sus compañeros no hablaban de otra cosa; él escuchaba esas conversaciones distraídamente; sus preocupaciones eran muy diferentes.

Empezó a picar mientras arriba la noche caía sobre la ciudad. Los rayos de luna lo buscaron en vano.

# I

*Clic, clac, clic, clac.*

—*Míralo, por ahí pasa.*

—*¿Quién?*

*Clic, clac, clic, clac.*

—*Calla, que tiene oído de perro.*

—*De lobo.*

—*Calla.*

*Clic, clac, clic, clac.*

—*¡Qué guapa era la madre hasta que nació la criatura!*

—*Se decía que era la más bella de la comarca.*

—*Lo era, lo era.*

—*Cuando llegó la guerra.*

—*¡No la mientes! Que allí perdí a dos de los hijos.*

—*Cuando pasó eso, los padres la dejaron en casa de unos parientes en Morella.*

—*Estuve una vez allí.*

—*En Morella se enamoró de ella el mayor de una de las familias más ricas de la región.*

—*Eran muy ricos.*

—*Más que ricos, poderosos.*

—*Y los padres de ella habrían estado encantados.*

—*Era buen partido, el mozo.*

—*Sí, pero...*

—*A ella no le gustaba.*

—*Mejor dicho, le daba hasta asco.*

—*Es normal, es que...*

*Clic, clac, clic, clac.*

—*¡Qué muestra más bonita!*

—*El hilo se lo compro al padre de esa pobre criatura.*

—*Por decir algo.*

—*Le tengo que encargar que traiga más cuando vuelva a comprar género*

*en Castellón.*

*—Nunca le gustó lo de ser labriego.*

*—Pues sí, porque cogió el oficio del suegro.*

*—Que en gloria esté.*

*—Se murió a tiempo de no ver lo que pasó.*

*—Así que al final la que resultó ser buen partido fue ella. Que lo sacó del campo.*

*Clic, clac, clic, clac.*

*—Pero eso fue después de que le dijera que no al de Morella.*

*—Que podría ser buen partido, pero...*

*Clic, clac, clic, clac.*

*—Ese le daba hasta asco. Se paseaba uniformado por las calles de Morella.*

*—¡Mira que es bonita Morella!*

*—Se paseaba con una gorra ladeada como la del general Cabrera.*

*—¿Cabrera?*

*—El Tigre del Maestrazgo.*

*—¡Ay! ¡Ese sí que tenía buena planta!*

*—¿Y tú cómo lo sabes? Si cuando esas guerras no habías nacido.*

*Clic, clac, clic, clac.*

*—Y del pretendiente se decía que durante la guerra, la otra, la nuestra, le había cogido demasiado gusto a la sangre.*

*—Una querencia de sangre.*

*—Un apetito de sangre.*

*—Como un lobo.*

*—Como un perro cuando muerde a una persona.*

*—Y hay que matarlo porque después ya no quiere otra cosa. Se vuelve ávido de carne humana.*

*—Rabioso.*

*—Hay que matarlo.*

*—Como a los lobos.*

*—Calla, que vuelve a pasar. Igual nos oye.*

*Clic, clac, clic, clac.*

El suelo estaba petrificado de frío. El otoño de lluvias y hojas pardas era parte de un pasado remoto, sepultado bajo la nieve helada, que no estaba dispuesta a marcharse y asfaltaba, gris y sucia, el camino de la mina.

La primera nevada había caído ya a finales de noviembre y arrastró a muchos a la añoranza.

No a Joaquín. A él lo dejaba en paz. ¿Qué iba a añorar? A diferencia de sus compañeros, él no dejaba nada atrás, se había marchado por completo, entero. Por eso la añoranza lo ignoró y se dedicó a roerles los huesos a los otros.

A Rafael, que la enviaba a casa por correo. No sabía escribir bien y cada domingo le dictaba cartas a Ángel, para su mujer, para sus padres, para su hermana, en las que les contaba casi siempre lo mismo: que trabajaba mucho, que ahorraba mucho, que hacía mucho frío.

A Beppe, que la acallaba golpeando con cucharas, cucharones, cuchillos y tenedores al preparar las comidas.

A Sandro, el otro italiano del barracón, un calabrés grande, con cuerpo y bigotes de forzado de circo y unos pies pequeños y delicados, que la ahogaba en cerveza.

A Ángel, que la tapaba con capas de mantas y de mal humor.

A Eugenio, que, para no escucharla, llenaba el aire con sus soflamas políticas.

A él, en cambio, lo dejó en paz incluso cuando llegó la primera nieve.

Lo despertó el sonido de los copos contra el cristal de la ventana. Se levantó sin hacer ruido. Los compañeros dormían, cansados de la jornada de trabajo. Solo Beppe, que tenía el sueño ligero de los animales pequeños, lo oyó. Al ver que se vestía con rapidez, se incorporó un poco en la litera:

—*Dove vai? Hace freddo* afuera —le dijo entre susurros en la mezcla de idiomas que hablaban en el barracón—. ¿No te marcharás *un'altra vez*?

—No. Voy a ver la nieve.

Salió del barracón sin hacer ruido.

Los tejados de las construcciones alineadas a izquierda y derecha, amalgamas de materiales y colores, eran uniformes superficies blancas. La

luz de las pocas farolas que alumbraban el complejo de barracones se multiplicaba reflejada en la blancura de los caminos. Dibujó círculos y espirales chirriantes con sus pasos en la nieve.

Regresó media hora después al barracón. Aterido y feliz.

A la mañana siguiente sus huellas habían desaparecido bajo las pisadas de los compañeros que regresaron del turno de noche. En las montañas que rodeaban Vistabella, en cambio, la nieve seguía limpia durante semanas, cruzada a veces por el estampado sutil de huellas de animales del bosque.

En la mina conoció otra nieve, la nieve negra, sucia de tierra, carbón y desperdicios, amontonada a paladas a los lados de la carretera. Montañas grisáceas y frías que jalonaron su camino todo el invierno.

Le había sacado de nuevo el turno de noche a Borowski. No tuvo que repetir la frase, el capataz había accedido a la primera y después, Joaquín lo había visto de reojo, se había santiguado y murmurado algo en polaco.

Sus compañeros habían recibido la noticia con una mezcla de asombro y admiración. Ángel le lanzó una broma desabrida:

—¿Qué? ¿Nos apuntamos este mes todos al turno de noche?

—Pues venga —respondió Rafael riendo.

Nadie sabía explicar cómo, pero se fueron animando y al cabo de un rato Eugenio estaba en el cuartito en el que Borowski solía sentarse a tomar cerveza y le pedía el turno de noche para el grupo.

—Dice que estamos todos locos pero que, bueno, que como ese turno no le gusta a casi nadie, que vale. —Miró a Joaquín—. No sé qué le dijiste.

—¡Qué le va a decir! Si chapurrea tres palabras en alemán —replicó Ángel desde la litera. Hizo un aro de humo que se desplazó hacia su cabeza como un nimbo.

—Si sigues fumando en la cama, un día nos vas a quemar la chabola esta —dijo Rafael mientras cortaba unas hogazas de pan.

Ángel borró el conato de aureola de un manotazo. Eugenio siguió:

—Pues eso, que no sé qué le dijiste, pero lo impresionaste.

—Le prometí a mi primogénito. —Joaquín entró con unos platos de loza que había cogido de la repisa de la cocina.

—¡Oye! Con esas cosas no se juega —respondió Rafael muy serio, con el cuchillo de sierra en alto.

Joaquín sonrió divertido. Del mismo modo que Ángel había borrado el humo, él apartó también la voz que le repetía «Cuidado. No te hagas notar». No quería oírla. Los compañeros no solo lo miraban con asombro, también



iban a bajar con él a la mina. Todos juntos. Con él. «Ten cuidado. No te confíes». Ya lo sé. Pero déjame este momento.

Tras la semana de turno de noche, le costaba dormir. Tumbado en la litera, escuchaba las respiraciones y los ronquidos de sus compañeros, abrigados bajo las mantas en esa especie de madriguera de finos tabiques. Cuando los sabía a todos dormidos, se levantaba para dar un paseo. El complejo de barracones no quedaba muy lejos de un bosque. Para llegar, cruzaba primero las calles mal iluminadas y sin asfaltar en las que se alineaban las construcciones bajas y atravesaba después un barrio de casas baratas, separadas de los árboles por un descampado en el que los sañudos partidos de fútbol de los chicos de la barriada mantenían a raya el avance de las plantas.

A veces, mientras caminaba sin prisa con un cigarrillo en los labios, veía a otros insomnes sentados delante de la puerta o protegidos detrás de las ventanas contemplando la oscuridad sin atreverse a renunciar al amparo de los tabiques precarios. Desde lejos distinguía la luz rojiza de la punta de algún cigarrillo que se avivaba con las caladas, como el parpadeo de un faro al que él se aproximaba costeando las construcciones. Su sombra se alargaba y se acortaba al paso por las farolas. Después, un leve movimiento de la cabeza hacia el otro insomne, un gesto cansino con la mano y él pasaba de largo.

Ninguno de los que vivían en los barracones paseaba por los bosques fuera de la ciudad. Eran demasiado densos, demasiado oscuros, estaban demasiado poblados de miedos. En los ratos libres los trabajadores extranjeros se movían en la otra dirección, hacia los barrios, las calles, las luces, las tiendas. Tal vez los parques, pero no el bosque.

Él, en cambio, notaba que se le apesuraban los pies en cuanto se acercaba al lindero. Se le ensanchaban los pulmones oprimidos en las jornadas en la mina, metido a veces en túneles en los que no se podía poner de pie. Dilataba las pupilas para captar toda la luz, movía las orejas a un lado y otro y escuchaba los pasos cautelosos de las liebres, los crujidos de los movimientos torpes de los erizos. Oía la cercanía de una madriguera de tejones y arrugaba la nariz ante el desagradable hedor de las marcas de los zorros. Y caminaba, corría y saltaba entre los árboles y los matorrales.

El bosque de noche no era más silencioso que el bosque diurno. Había una crepitación constante de seres que corrían, reptaban, se arrastraban o agitaban

las alas. Zarandeos de ramas, zumbidos, siseos, chasquidos. Crujidos de hojas y crujidos de huesos quebrados bajo las garras de un depredador. Un grito último del que va a ser devorado, el grito triunfador del que va a comer. Voces de amenaza, de advertencia, de miedo.

Volvía al barracón y se dormía, arropado por algo que, si no era felicidad, por lo menos era tranquilidad. Tenía rutinas, tenía compañeros. Tal vez fuera posible para los malditos llegar a alguna parte.

Porque con los malditos era como con los castigados: tenían que abandonar sus lugares. Eso le habían hecho también a don Amadeo, expulsarlo de su casa.

Lo habían mandado desde Madrid. Había sido profesor universitario, pero después de la guerra lo habían depurado. El maestro anterior había luchado en el bando republicano; al acabar la guerra se había exiliado a Francia y había acabado en un campo de concentración alemán. Después se perdía su historia.

La de don Amadeo terminaba en Vistabella, donde, por lo visto, lo habían olvidado o se había olvidado él mismo, pues en algún momento dejó de mandar instancias a Madrid pidiendo que lo dejaran volver.

Vivía en una casa en la calle Mayor, pero Joaquín no lo había visto nunca en otro lugar que no fuese la escuela. Llevaba siempre una bata blanca impecable. Debía de tener muchas, porque durante las horas de clase se ensuciaba tanto como sus pupilos. De polvo, de café que le mandaba cada mes una hermana desde Madrid, de tinta de las plumillas con las que enseñaba caligrafía, de ceniza de los cigarrillos que sostenía milagrosamente entre los labios finos cuando necesitaba la mano para señalar un punto en el cuaderno.

—Aquí está el error. Esto es lo que tienes que corregir.

El lado izquierdo de la boca le colgaba inerte como el brazo, que parecía muerto, como si dentro de la manga de la bata llevase un saco de millo. La ceniza subía y bajaba al ritmo de los labios y acababa dejándose caer sobre la pechera. Pero al día siguiente volvía a aparecer impoluto.

Los pasos de don Amadeo, la claridad de la bata blanca que iluminaba el aula y el ruido de las sillas cuando todos se levantaban a su entrada marcaban el inicio de un nuevo día en la escuela. Pasaba entre los pupitres y contaba cuántos niños le faltaban ese día porque las familias necesitaban sus piernas,

brazos y espaldas.

—Pero no sus cabezas.

A continuación, cuando ya se había situado detrás del escritorio, escuchaban su voz diciéndoles que tenían que levantar la mano derecha y el maestro empezaba a recitar en un tono monótono:

—Por la señal de la Santa Cruz...

Y los alumnos se esforzaban por dibujar las tres cruces tal como las trazaba el maestro. Primero la de la frente; después la de la cara; la última iba de la frente al estómago, del hombro derecho al izquierdo.

La segunda semana de clases Vicente se animó a compartir con él una duda que lo inquietaba cada vez que llevaban a cabo ese ritual.

—¿Qué crees que pasaría si don Amadeo tuviera paralizado el brazo derecho y tuviera que persignarse con la mano izquierda?

Estaba convencido de que se le aparecería el demonio por hacer la señal con la mano mala, o le caería un rayo y lo quemaría vivo.

Joaquín lo rumió un día entero hasta llegar a la conclusión que le comunicó al día siguiente en la puerta de la escuela:

—No puede ser que lo castiguen por ello si no tiene otra manera de hacerlo.

Impresionado por el tiempo de meditación que se había tomado su amigo, Vicente no replicó hasta el día siguiente.

—He oído que don Amadeo está en el pueblo porque está castigado, que había sido profesor en la universidad, pero que es un rojo. Igual se le paralizó la mano porque era un enemigo del Caudillo.

—¿Qué significaba todo eso? —quiso saber Joaquín.

—Que no es bueno.

—¿Cómo puede ser que, si es malo, sea nuestro maestro?

—Tienes razón, pero no se trata de eso —aceptó Vicente—, sino de qué pasaría si tuviera que hacer la señal de la cruz con la mano mala porque ha perdido la otra siendo malo.

—Pero ¿piensas que ser maestro en el pueblo también es un castigo para don Amadeo? —insistió Joaquín.

Estuvieron un par de días entre especulaciones, sin apenas entender lo que les explicaba el maestro a fuerza de buscar en él señales de una maldad que justificara la parálisis de un brazo y media boca. No las encontraron por más que, dada su falta de atención, los tuvo que reñir en varias ocasiones. Al salir de clase Joaquín aventuró la única explicación posible para una desgracia

inmerecida: ¿y si había sido víctima de una maldición? Vicente asintió en silencio y lo miró. Aunque lo asustaban, su amigo no apartaba los ojos al toparse con los suyos. A pesar de que sin duda sabía lo de la maldición, porque era imposible no saberlo, era su amigo.

Turno de noche en el plenilunio de noviembre. Sus compañeros de barracón bajaron con él. Cada noche Ángel hacía el camino hasta la mina renegando. Como un perenne dolor de muelas, su malhumor estaba alojado en la boca.

—La madre que te trajo, Joaquín —decía mientras le ofrecía un cigarrillo.

Una semana después los habían asignado al turno de mañana, no el habitual de la tarde. Borowski, tal vez azuzado por algún comentario malicioso de Möller, quería dejar claro que era él quien decidía los turnos.

—La madre que te trajo, Joaquín. —Ángel le dio lumbre.

Al salir los recibió una luz lechosa que anunciaba otra nevada. Los ojos parpadearon como si saludaran en morse. La máscara negra que los rodeaba los dejó después en una redonda expresión de asombro.

Caminaron derrengados hacia las duchas y los vestuarios. Se desprendieron de las ropas y se dejaron abrazar por el agua. Los pies parecían brillar en el charco de agua negra y espuma del áspero jabón con el que se arrancaban el hollín y el polvo del cuerpo.

—Joaquín, ¿te vienes a tomar una cerveza al Heinz? —le preguntó Rafael al salir.

—No sé. Estoy muy cansado.

Apenas había dormido. La noche anterior había dado un largo paseo por el bosque.

—Venga, hombre, y echamos una partidita.

El bar de Heinz no era el local más próximo al complejo de barracones, se encontraba en Nordviertel, cerca de la ciudad vieja, pero en él los trabajadores extranjeros podían reunirse sin estar expuestos a miradas hostiles. En algunos bares se negaban a servirles; en otros eran más sutiles en la forma de mostrarles que no eran bienvenidos, aunque igualmente eficaces en mantenerlos fuera.

Solo la palabra «Bar» anunciaba su existencia tras la puerta. Ni afiches de Coca-Cola o cervezas ni carteles que pregonaran alguna especialidad. Ni siquiera un nombre.

Los restaurantes que empezaban a abrir algunos emigrantes italianos en las

ciudades del Ruhr llevaban nombres que en ellos despertaban nostalgias y en los alemanes, anhelos: Lido, Venezia, Portofino. Otros ostentaban viejos nombres: El ciervo dorado, La fuente helada, El cuenco de cobre, para indicar o fingir que los habían pisado varias generaciones, incluso antes de que el carbón les tiznara los tejados y las ventanas.

El local de Heinz no necesitaba ni quería otra denominación que no fuera «el local de Heinz». Su dueño, forastero, había renunciado hacía años a las nostalgias propias y no estaba dispuesto a adoptar las ajenas.

Estaba ubicado en una calle angosta que lo condenaba a la perpetua luz eléctrica, buena parte de la cual era absorbida por las sillas y mesas de madera oscura y el ocre del papel pintado, al que una gruesa capa de humo había robado el último brillo. Unas plantas contenidas en maceteros de desigual fealdad se aplastaban contra los cristales en una lucha hoja a hoja por la poca luz natural que lograba entrar.

Acogedor. Sin letrero, sin luz y sin cortinas de canutillo.

—Raposo, raposo —le gritó uno de los viejos, y golpeó la mesa de mármol con una ficha de dominó mientras mostraba unas encías salteadas de dientes amarillentos.

Todos se volvieron a mirarlo.

Joaquín había asomado la cabeza por la cortinilla que cubría la puerta del bar de la calle Mayor, y el viejo se había quedado prendido de sus ojos.

—Raposo.

Antes de que tuviera tiempo de responderle, la abuela tiró de él con fuerza y lo arrastró otra vez afuera, a su lado, debajo de las arcadas en las que estaba conversando con una vecina.

—Raposo, raposo. —La voz del viejo y su risa quebrada de grillo maligno salieron tras él.

La vecina fingió no oírlo, pero se despidió con una súbita prisa.

—No soy un raposo —protestó Joaquín.

Tenía diez años. La abuela sabía que su nieto ya se intuía más grande y más fiero que un zorro, lo que la enfureció fue que la palabra saliera de boca de ese viejo como un insulto.

—Espera aquí, Ximo.

Con un golpe de mano apartó las tiras de canutillos y entró en el bar. La risita del viejo se cortó de golpe. El bar entero se calló. La abuela, enjuta y

menuda, era una roca negra.

—¿Qué le has llamado a mi nieto?

La respuesta del viejo era la del animal acorralado que trata de defenderse dando un zarpazo.

—Pero si ni siquiera es tu...

—¡Calla! Tú deberías ser el primero en tener la boca cerrada. Todos aquí tenemos algo que callar. Sobre todo tú. Que hay cosas que apestan tanto que las puedo oler desde el *mas*. ¿O quieres que empiece? Después ya no habrá quien lo pare.

—No te pongas así, mujer.

—Me pongo como quiero. Si oigo una vez más esta palabra, no respondo.

Joaquín no se atrevía a asomarse por miedo a que sus ojos volvieran a provocar la palabra.

No volvió a sonar nunca más. No en las voces de la gente del bar. Se la quedaron las cortinillas que en verano impedían que entraran las moscas.

Ra-po-so-ra-po-so.

Decían los golpes de los canutillos del bar. A veces lo repetían los de la cortina del horno donde compraban el pan y la coca dulce.

Ra-po-so-ra-po-so.

O los de la tienda de ultramarinos.

Ra-po-so-ra-po-so.

Pero eran solo cortinas, trozos de metal, caña o plástico.

No soy un raposo.

A pesar de la oposición de su mujer, a quien inquietaban esos hombres de aspecto oscuro y voces extrañas, Heinz les había abierto las puertas de su local de par en par. Originario de Prusia Oriental, de donde había huido con toda su familia ante la llegada de las tropas soviéticas al final de la guerra, él también se sentía extranjero. Un tobillo deformado por un accidente en la infancia lo había salvado de luchar en el frente. Como muchos desplazados prusianos, su familia se había establecido primero en Westfalia. Heinz tenía entonces veinticinco años. Allí sus padres, carniceros desde hacía tres generaciones, abrieron una tienda de embutidos. Del tiempo que vivió con su familia en la ciudad de Herford extrajo una conclusión que lo acompañaría para siempre:

—Cuando uno llega a un lugar a partir de determinada edad, es extranjero

de por vida.

Por eso no le importó cambiar de nuevo y asentarse en Essen al casarse. La minería en la cuenca del Ruhr no dejaba de atraer mano de obra, hombres que necesitaban beber y esparcirse después de salir del tajo. Gente entrando y saliendo de su local y él mirándolos detrás de una barra, como quien se acerca al puerto a contemplar los barcos. Eso era lo que él deseaba, le había explicado a su mujer.

—¿No te gustaría seguir la tradición familiar? —le había preguntado ella.

No. Por nada del mundo quería ser carnicero. La guerra lo había obligado a tomar una brutal conciencia de la factura carnal de las personas al mostrárselas heridas, reventadas, despedazadas, evisceradas; la visión de la carne le provocaba una profunda repugnancia. Tardó muchos años en volver a probarla y lo hacía solo cuando se le servía tan elaborada que no recordaba el animal del que procedía: salchichas, croquetas, albóndigas. De vez en cuando recaía en lo que su padre denominaba con desprecio y asco «fases vegetarianas, como si fueras uno de esos anarquistas».

Huyó, primero de Prusia, y después de su padre y de la carnicería familiar. En su local de Essen pudo hacer lo que le vino en gana y siguió sintiéndose forastero.

—Cuando uno llega a un lugar a partir de determinada edad, es extranjero de por vida.

Heinz era forastero, pero sabía que se iba a quedar en Essen para siempre.

Allí estaban su local y su nueva familia: su mujer y sus dos hijas, Anne y Elke, con quienes sacaba adelante el negocio.

Joaquín sintió una simpatía inmediata por ese hombre. Exiliado de por vida, nunca podría volver a Königsberg. Ya no existía.

—Ahora lo llaman Kaliningrado.

Un topónimo prohibido en el local.

—Si no lo mencionaras, a nadie se le ocurriría decirlo —le reprochaba su mujer cada vez que contaba la historia y le imponía la regla a un nuevo cliente—. ¿O te crees que la gente va por ahí diciendo «Kaliningrado, Kaliningrado»? —concluía ella con malicia, y se reía mientras pulía los vasos con un paño al que sabía sacar un sonido chirriante que cubría la respuesta de su marido. Su mujer había nacido en Essen y a veces al hablar con su marido dejaba traslucir la condescendencia ante los foráneos de los que se saben en su tierra.

Königsberg no existía.



Joaquín nunca más volvería a Vistabella.

La cuestión era si algún día iba a llegar a alguna parte.

De momento, llegaba al bar, donde era uno más, donde nadie, creía, se fijaba en él al entrar, donde las voces de los parroquianos se unían al borboteo de la cafetera, donde los sonidos de la cocina llegaban cargados de olores. Joaquín vio de reojo la mano levantada en el aire con cuatro dedos abiertos. Anne, la hija mayor de Heinz, empezó a llenar las jarras después de haber contado cuántos habían entrado. El mandil blanco brillaba sobre la blusa azul turquesa. La miró. Ella le sonrió sin dejar de tirar cerveza.

## II

*¡Qué guapa era la madre del raposo! Por eso ese muchacho de Morella se enamoró perdidamente. Pero ella lo único que sentía por él era asco. Asco. Disgusto. Repulsión. Porque se paseaba de uniforme por la calle. Con los brazos estirados. Un, dos. Un, dos. Un, dos. Y sobre todo porque durante la guerra había desarrollado una gran avidez de sangre. Tanta, tanta que tenía que saciarla asistiendo a las matanzas en las casas. O ayudando en el matadero, donde se decía que trabajaba de incógnito. Pero lo reconocían porque llevaba sus propios cuchillos con el escudo de la familia. De la guerra había vuelto también con una bala incrustada cerca de la columna que de vez en cuando le provocaba dolores muy fuertes. Tan fuertes, tan fuertes que le doblaban el cuerpo hacia delante. Así. A veces había llegado a caer de bruces y se había quedado a cuatro patas en el suelo aullando de dolor, con los ojos en blanco. Así. Y nadie que tuviese la mala fortuna de presenciar uno de esos ataques había salido bien parado. Golpeaba y pateaba a los testigos sin distinguir si eran hombres o mujeres. Pam, pam, pam. Ancianos o niños, como vosotros. Pam, pam, pam. Sí, de la guerra había vuelto convertido en una bestia. Una bestia feroz. Que se volvía un animalito dócil y manso cuando rondaba a la muchacha. La seguía adonde quiera que ella fuese. Se convertía en espía cuando ella caminaba por la muralla. Se convertía en devoto en la basílica cuando la muchacha iba a misa. Se convertía en sombra debajo de su balcón. Con pasos zigzagueantes trataba de tejer una telaraña de cumplidos y promesas entre las columnas de piedra de la calle porticada de Morella, que ella rompía una y otra vez con su silencio. Y, a pesar de todos los desaires, él estaba convencido de que acabaría conquistándola. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era un buen partido. El mejor partido, creía. Cansada, harta, acorralada, la muchacha decidió volver a Vistabella, creyendo que la distancia lograría que el hombre la olvidase. Pero no fue así. ¡No! Cuando el pretendiente supo de su marcha, se enfureció tanto, pero tanto, que esa semana él mismo sacrificó cuchillo en mano todas las reses que llegaron al matadero. Ris, ras, ris, ras. Así movía el cuchillo. Ris, ras, ris, ras. Mataba descalzo para que la sangre le empapase*

*los pies, mataba de cerca para que los chorros que manaban de las heridas le salpicasen la ropa. Ris, ras, ris, ras. Quien lo vio dice que las manos parecían calzadas en unos guantes rojos. Ris, ras, ris, ras. Pero ni eso calmó su furor. Como veían que su hijo no podía pensar en otra mujer, sus padres se presentaron en el pueblo para pedirla. Tendríais que haberlo visto. Llegaron en un coche negro, grande y lujoso, como nunca se ha visto en Vistabella. Lo conducía un chófer con uniforme y con gorra de plato, que les abrió la puerta para que bajaran. Todos nos juntamos en la plaza para verlo. Después, como el séquito de unos reyes altivos y desdeñosos, seguimos a los padres hasta la casa de la muchacha. La madre del pretendiente, que ya se creía suegra y dueña de su voluntad, le dijo que venían a buscarla para que se casara con su hijo. Ella respondió que no. El padre le ofreció casa, dinero, lujo. Ella dijo otra vez que no. «¿Por qué no?», preguntaron los dos a la vez. «Porque no es una persona; es una bestia», respondió la muchacha. Entonces, la madre del pretendiente se levantó de la silla y le gritó: «¡Maldita seas!». Salió de la casa y le gritó para que todos los que esperábamos en la calle lo pudiésemos oír: «¡Maldita seas!». Ella, que no se dejaba intimidar fácilmente, salió al balcón y se rio en su cara. «¡Maldita seas!», dijo por tercera vez. «Serás castigada por tu soberbia». Entró en el coche y se marcharon. Pero una noche...*

*—Abuelo, deje de contarles esas barbaridades a los niños.*

Para muchos, en la mina los días festivos eran los peores. Sobre todo en invierno. Sin obligaciones, sin saber muy bien adónde ir, sin saber siquiera si tenían ganas de ir a ningún sitio, el tiempo libre era una extensión hostil, un erial de horas entre la comida y la cena, transitado entre partidas de cartas y charlas cansinas por repetidas. Los minutos se mataban a cigarrillos.

Al poco de vivir en la nueva ciudad, casi todos ellos tenían la impresión de llevar demasiado tiempo viendo las mismas calles, los mismos comercios, el mismo cielo. La monotonía del paisaje solo se tolera cuando es el propio.

Por eso se sintieron atraídos como niños cuando en un descampado no muy lejos de la mina se instaló una feria con atracciones. El domingo Eugenio, Rafael y Joaquín se sumergieron en el bullicio de musiquitas chillonas de los carruseles, gritos animando al público a disparar a unos patos, a pinchar globos con dardos, a jugar en una tómbola, a comer salchichas o manzanas caramelizadas, a probar la cerveza. Doblemente aturdido por las luces y las voces, se movía como embriagado; nunca había visto una feria de tales dimensiones. Tropezaba con la gente o la gente tropezaba con él porque se detenía inopinadamente al captar algún olor nuevo o ensordecido por la sirena que anunciaba que los columpios iban a empezar a girar.

—Joaquín, muévete, coño, que pareces de pueblo —le decía burlón Eugenio.

Lo arrastró hasta un puesto de tiro donde Rafael estaba dejando atónito al dueño.

—Le ha desviado un poco el cañón para que la gente yerre —les explicó entre disparo y disparo—. Solo hay que saber compensarlo.

Con una sonrisa suicida pintada en los picos, los patos metálicos se deslizaban con obediencia ciega para que él los abatiera.

Un corrillo de curiosos lo observaba y vitoreaba cada disparo.

El encargado del puesto no compartía el jolgorio general, miraba a Rafael con el ceño fruncido. Cada disparo parecía herirlo en persona. Cuando se acabaron los balines, Rafael sacó otro billete del bolsillo de los pantalones, pero el hombre se negó a cogerlo. Rafael agitó varias veces el billete en el

aire; el otro se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa, hombre? —le preguntó Rafael en español.

—*Raus hier!*

—¿Por qué? —Rafael seguía agitando el billete—. Es dinero alemán. *Deutsche Mark. Mark.*

El encargado del puesto de tiro le volvió la espalda y se alejó al otro extremo de la caseta.

Pero una mujer que había presenciado la escena se le acercó y comenzó a increparlo en alemán. El hombre del puesto de tiro se enzarzó con ella en una breve y agria discusión que terminó cuando él cogió un gran oso marrón de peluche y, más que entregárselo, casi se lo arrojó a Rafael.

—Pero... pero... —logró balbucir mientras lo cogía para que no se le cayera al suelo de tal modo que parecía abrazarlo.

Después se volvió a la mujer para darle las gracias. Ella seguía ceñuda, mirando de reajo al hombre del puesto, quien ahora parecía haber encontrado un interlocutor que le daba la razón, por más que costara entender en qué podía tenerla. Rafael trató de regalarle el oso, pero ella se negó con vehemencia y se despidió de él con un fuerte apretón de manos.

Se acercaron después a un puesto de salchichas. Rafael parecía haberse encariñado con el peluche, lo sentó sobre su regazo mientras comían y aguantó todas las bromas que le hicieron Joaquín y Eugenio. Sonrió también cuando un grupo de cuatro jóvenes sentados en una mesa próxima empezó a señalarlo y a reírse. Joaquín no entendía qué decían pero, al contrario que Rafael, percibía algo amenazador en sus risas. Sin que los otros dos lo notaran, se mantuvo en alerta mientras comían. Observó que varias veces se volvieron hacia ellos y captó sus miradas torvas.

Anochece y Eugenio propuso que emprendieran el camino de vuelta. Al día siguiente tocaba madrugar. Salieron de la feria algo tambaleantes y cruzaron un descampado aledaño para acortar camino. Mientras se alejaban de los ruidos de la feria amalgamados en un único sonido, Joaquín notó que los seguían. No tuvo tiempo de decírselo a sus compañeros.

—Oink, oink, oink —les gritó una voz, seguida de varias carcajadas.

El primero en volverse fue Eugenio.

—¿Qué has dicho? —Y preguntó en alemán—: *Glaubst du, dass wir Schweine sind?*

Eran los cuatro del puesto de salchichas. Muchachos de veintipocos, endomingados con trajes tan desgastados como los suyos, calzados con

zapatos tan viejos como los suyos y que seguramente trabajaban en un taller, en una fábrica o en una mina, como ellos.

—¿Qué le has preguntado? —quiso saber Rafael. Dejó el oso en el suelo.

—Que si piensan que somos cerdos.

El más alto de los cuatro fue el que respondió a Eugenio:

—*Schweine*. Oink, oink, oink.

—Vámonos —dijo Rafael.

—Será mejor —respondió Eugenio.

—Oink, oink, oink —empezaron a gritarles los cuatro muchachos a coro.

—No —dijo Joaquín.

—Venga, hombre, no nos busquemos líos.

—Nosotros no hemos buscado nada. Han sido ellos. —Joaquín dio un paso al frente.

—Eso trata de explicárselo a sus policías. —Rafael le tiró del brazo—. Mejor nos vamos.

—Oink, oink, oink. —Dos de los muchachos se levantaban la nariz hacia arriba imitando el hocico de un cerdo.

Joaquín se desprendió de la mano de Rafael con un movimiento brusco.

—No.

Esta vez no. No iba a correr, no iba a huir.

—No.

Cuando lo veían en el pueblo o se lo encontraban por algún camino, los niños lo perseguían insultándole y tirándole piedras. Comenzaron sus hermanos. El segundo día de colegio se habían llenado los bolsillos de piedras. Ahí empezaron sus carreras.

Durante las horas de clase eran los cuchicheos, las risitas. Vicente también las percibía; entonces le daba un codazo suave a Joaquín y se encogía de hombros. Él lo imitaba. Después se sentía mejor.

Los cuchicheos coreaban sus movimientos en el aula, como si su cuerpo al moverse provocase un rumor de voces, igual que los movimientos de los viejos venían acompañados de crujidos y quejas.

Arreciaban cuando don Amadeo llamaba a su curso a acercarse a su mesa para las lecciones. El maestro esperaba a que fuese la hora exacta que marcaba el reloj de péndulo en una esquina del aula. Un enorme mamotreto de madera rojiza, un vestigio de los tiempos en que fue un reconocido

profesor en Madrid. Siempre a la misma hora convocaba a los alumnos en un tono fatigado que, más aún que el brazo muerto, recordaba que estaba allí castigado:

- Que vengan los de primero.
- Que vengan los de segundo.
- Que vengan los de tercero...

Los alumnos del curso correspondiente cogían sus cuadernos y se sentaban alrededor de la mesa del maestro para que les tomara la lección. Siempre también en el mismo orden, empezaban los más pequeños del colegio y terminaba con los mayores, pocos, apenas había niños que asistieran más de cinco años a la escuela. Cada día que los conservaba allí era un triunfo.

En el primer año de escuela Joaquín coincidió con sus dos hermanos en el aula. Al mayor los padres lo pusieron a trabajar al año siguiente. Quedó el otro, el pequeño. Aunque, bien pensado, era el mediano. El pequeño era él. ¿Sería consciente de ello el otro? ¿Notaba que se transformaba? ¿Que salía de casa siendo el menor y se convertía en el mediano al entrar en clase? Tenía que ser como crecer y encogerse cada día. Igual le dolían los músculos y las articulaciones con los estirones.

Nunca lo sabría, porque jamás le dirigió una palabra y salía huyendo en cuanto él trataba de aproximársele. Una cabeza oscura y crespa que se alejaba sobre la nuca alargada, porque más que cortarle el pelo parecía que en casa lo trasquilaran. Él lo perseguía con el pensamiento. Corre ovejita, corre, corre. ¿De qué huyes? ¿A qué tienes tanto miedo? ¿Por qué me tienes miedo a mí? ¿Es por algo que madre te ha contado de mí? ¿Qué te puede haber contado si no me conoce? Si no sabe qué cara tengo. Ni qué voz tengo. Solo sabe de qué color tengo los ojos.

En los años en que estuvieron juntos en el aula, tampoco cambiaron de lugar. Joaquín, en la primera fila, pegado a la ventana, con Vicente a su derecha. Su hermano en el pupitre más alejado.

A veces a Joaquín le parecía percibir su mirada en la nuca. Dejaba entonces que el cosquilleo le subiera de la base del cuello al nacimiento del pelo y entonces se volvía de golpe y le clavaba los ojos mientras sonreía mostrando los dientes. La expresión horrorizada de su rostro le decía que lo había visto, que había vislumbrado el resplandor amarillo.

La abuela se lo tenía prohibido y, por más que Joaquín tratase de ocultarlo, siempre acababa descubriendo que le había hecho los ojos amarillos al hermano.

—Es que no he podido evitarlo.

Se arrepentía, lo decía con sinceridad. Ella lo sabía, pero eso no le ahorra los golpes, ya que ella sabía también que lo volvería a hacer. Era solo un niño al que los otros insultaban y amenazaban con piedras por algo que durante muchos años nadie, ni siquiera ella, quiso ni supo explicarle. La tarea, la misión que se había impuesto la abuela era mantenerlo controlado, evitar que saliese, que alguien se diera cuenta de que estaba ahí, de que era verdad lo que se rumoreaba de él, la maldición.

La maldición.

Ante sus insistentes preguntas, la abuela había acabado achacando la culpa a esa palabra. Cuando Joaquín quería saber por qué sus padres lo habían rechazado, ella respondía que por la maldición. Cuando le preguntaba por qué no venían tampoco a verlo, ella respondía que por la maldición. Cuando regresaba dolido del colegio porque, excepto Vicente, los niños no le hablaban ni querían jugar con él, ella le explicaba que era porque tenían miedo de la maldición. Cuando quería saber por qué su hermano siempre llevaba los bolsillos llenos de piedras, era también por la maldición.

La maldición. Siempre era la maldición. La abuela hablaba de ella como otros lo hacen de la muerte, como si fuera una persona, y él se la imaginaba como una mujer seca, un pellejo con cara de rata, de rata mala, que caminaba sin hacer ruido metida en una saya sucia y cubría su rostro con una capucha astrosa. Solo la muerte era más fea que ella.

La maldición, con sus manos huesudas, le había robado a su madre, había obligado a su padre a abandonarlo, había condenado a sus hermanos al miedo y a la hostilidad. No podía ser de otra manera. No podía ser que su madre casi lo hubiera dejado morir de hambre por voluntad propia. Las madres tienen que querer a sus hijos, aunque tengan los ojos raros; tal vez a esos, a los que les suceden cosas malas sin que sea su culpa, deberían quererlos aún más. No podía ser que su padre hubiera aceptado ese miedo y lo hubiera sacado de casa; no podía ser que no lo hubiera echado de menos y que por cobardía no lo hubiera venido a buscar. No podía ser que sus hermanos fueran tan pusilánimes que nunca hubieran hablado con él.

No podía ser.

Por culpa de esa espantosa vieja con cara de rata se había pasado la infancia huyendo.

Porque, si bien el segundo hermano lo temía, Joaquín sabía que si se juntaba con otros se podían convertir en una manada y entonces tal vez



tuvieran el valor de atacarlo, y a él no le quedaría más remedio que revolverse. Por eso llegaba siempre corriendo a la escuela y casi siempre se marchaba corriendo al terminar.

—Nunca te enfrentes a nadie, Ximo —le repetía la abuela—. Nunca. Podrías hacerle mucho daño.

—Vámonos, Joaquín.

—No.

Los cuatro hombres se habían puesto en línea, un muro hostil de brazos cruzados sobre el pecho. Al ver que Joaquín se les encaraba, uno de ellos soltó una risita. Solo dos la imitaron. El cuarto, más bruto, más cerca de la animalidad, intuyó el peligro y concentró sus esfuerzos en no dar el paso atrás que el instinto le pedía.

Eugenio y Rafael se colocaron detrás de Joaquín. No pensaban, seguían una pulsión que les tensaba los músculos, les levantaba los hombros, les hacía poner los brazos en jarra.

—¿Qué has dicho que somos? —preguntó Joaquín al más alto de los muchachos.

No entendían las palabras. Tampoco era necesario. La cabeza ladeada, el tono decidido y la voz gutural no dejaban lugar a dudas.

—¿Qué has dicho que somos? —repitió, dando otro paso hacia ellos.

Un oink se escapó del extremo derecho de la fila prieta y fue castigado con las miradas de reproche de los otros tres. Apenas les podían ver las caras, ya que los cuatro muchachos daban la espalda a las luces de la feria; aun así, podían distinguir que las sonrisas burlonas habían desaparecido de los rostros. El miedo tomó su lugar cuando Joaquín dio un paso más al frente dejando escapar un gruñido amenazador a la vez que clavaba la mirada en el líder del grupo. Este bajó los brazos y dio dos pasos atrás; los otros se alinearon con él, tensos como soldados esperando el toque de retirada. Por orgullo o por parálisis, este se hacía esperar.

Joaquín notaba la presencia de Eugenio y Rafael a su espalda, eran más que compañeros de trabajo; eran miembros de su manada. Alzó aún más los hombros y levantó los brazos con las manos abiertas como garras.

—Oink —rugió, y dio un paso hacia delante.

Los ojos de los cuatro muchachos mostraron el terror de haber visto los de Joaquín.

—Oink —repitió mientras volvía a avanzar.

La fila entera retrocedió.

—Oink.

El líder del grupo echó a correr e inició la desbandada. Joaquín los persiguió algunos metros.

—Oink, oink, oink, oink. ¡Corred, corred, cerditos! Oink, oink, oink, oink.

Hasta que no pudo contener la risa no se detuvo. Los muchachos habían buscado de nuevo refugio en la feria. Joaquín se volvió y trotó sonriente hacia sus compañeros. Seguían clavados en el punto en el que los había abandonado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rafael.

Eugenio lo miraba también con asombro pero había en su expresión un brillo de comprensión que lo inquietó. Era imposible, se dijo, que pudiera saber, ni tan siquiera imaginarse, nada.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó entonces.

—No lo sé; así lo hacíamos en mi pueblo.

—¡Pues menudos fieras que sois en Castellón! —Rafael se encendió un cigarrillo.

Eugenio echó un vistazo a la feria. Joaquín prendió también un cigarrillo con manos temblorosas. Empezaba a ser consciente de que dejándose provocar de ese modo se había expuesto innecesariamente. Todas las precauciones son inútiles si uno mismo se delata.

—Venga, mejor vámonos, no vaya a ser que vuelvan con refuerzos.

Por otro lado, recordaba las palabras del único ser como él que había llegado a conocer: «¿Para qué tenemos los dientes si no es para morder? ¿Por qué nos salen garras si no es para arrancar carne?». Pero no era eso lo que había aprendido.

Empezaron a caminar. De pronto Rafael se detuvo en seco.

—¡Eh! ¡El osito!

Lo había tirado al suelo cuando empezó el enfrentamiento. Retrocedió para buscarlo y volvió con él debajo del brazo.

—Tiene pinta de feroz. Igual ha sido él quien los ha ahuyentando. —Se rio Eugenio, y le pasó a Joaquín el brazo por los hombros.

El oso sonreía bobalicón. Los ojos, dos botones negros. «¿Te acuerdas de mí?». «¡Rubio!». La oscuridad le permitió ocultar la congoja. «¿Qué haces aquí, Rubio?». «Ya lo has visto. Protegerte».

Algunos días, al abrir la puerta del *mas* por la mañana entrecerraba los ojos y olisqueaba el aire. Oía, como siempre, a pino, a leña quemada en la chimenea, a oveja, pero era un aire duro, crispado, que le erizaba el vello de la nuca. La abuela lo notaba también. Oteaba el camino que llevaba hasta el *mas*, los árboles; al fondo, el macizo de Peñagolosa todavía azulado.

—Llévate al Rubio, Ximo.

Desataba al perro, un mastín de pecho duro y patas recias, para que lo acompañase a la escuela. El Rubio tenía dos años cuando Joaquín empezó a ir a la escuela; era ya un animal fornido y compacto, pero con la agilidad de un muchacho. Con los años el hocico se le ensanchó, se le puso cuadrado y serio, como el ladrido con que avisaba de su presencia a los niños que se ocultaban en el tramo boscoso que Joaquín tenía que cruzar camino al colegio. Él notaba su presencia hostil, pero no lograba descubrir dónde se ocultaban. Con todo el cuerpo en tensión, seguía caminando. En varias ocasiones le habían tirado piedras; algunas lo habían alcanzado. No era difícil encontrar piedras. Las había en las calles de Vistabella, en los patios, en los caminos, en los campos, como si brotaran con las patatas, en los cauces de los ríos secos casi todo el año, llenos de piedras en vez de peces. Las que le lanzaban eran piedras con aristas, elegidas una a una con malicia.

El Rubio se ponía a su lado, como un escudo y, cuando menos lo esperaban los emboscados, echaba a correr hacia ellos. Gritos, pasos atropellados, piedras dejadas caer. Poco después el Rubio volvía trotando y lo acompañaba hasta la escuela.

No necesitaba buscar las marcas de arañazos recientes en brazos y caras: la mirada rencorosa y avergonzada le señalaba quiénes habían sido. Esos días, si Vicente no había asistido a clase, salía muy raudo de la escuela.

A su paso las mujeres que venían de la fuente del Alforí se detenían como si temieran que el torbellino les pudiera hacer caer el cántaro que cargaban en la cabeza sobre un rodete de tela.

—Parece un perrillo —decían entre dientes, creyendo que él no las oía.

Seguía corriendo.

Los viejos sentados en el porche de la ermita al lado del cementerio, como si esperasen turno, escupían a la vez en el suelo al verlo pasar.

—Parece una alimaña —le decía uno al otro al oído, creyendo que él no los oía.

Seguía corriendo.

El carretero se tocaba la boina al santiguarse, cuando lo veía adelantar el

carro.

—Parece un lobezno —pensaba en voz alta. Y lo azuzaba—. Corre, corre.

Él lo hacía. Hasta llegar al *mas*.

En cuanto le llegaba el ladrido del Rubio se sentía en casa. No paraba de correr hasta llegar a la caseta y abrazar al perro.

—No dejes que te lama, Ximo —gritaba la abuela.

Él se apartaba del perro y se quedaba mirándolo a los ojos. Dos botones negros, melancólicos.

—Es mi amigo, abuela. Y no sabe hablar.

—Solo me faltaría eso, Ximo, que el perro hablase.

Palmaditas en la espalda, apretones de manos, invitaciones a cerveza.

—No veáis cómo corrían.

—¡Menuda fiera el muchacho este!

Halagado y tímido, se sentó a la mesa para jugar una partida de cartas con los compañeros. Eugenio, que les había contado a Heinz y a sus hijas lo sucedido en la feria; Rafael, tan bueno con la baraja como disparando a patos de metal, y Alfonso, un muchacho extremeño que era analfabeto pero sabía sumar y restar y se empeñaba siempre en ser el que anotara los puntos.

Joaquín se les había sumado al mes de su llegada, pasado el plenilunio de noviembre.

—Ya se acaba el peor mes en Alemania —dijo Rafael, que llevaba un tiempo en el país.

—No, es diciembre. Por la Navidad —respondió Alfonso sin apartar la vista de las cartas.

Las próximas serían sus segundas Navidades. Ese año no iba a volver a su pueblo porque le quedaban pocos meses de contrato y no quería gastar dinero en viajes si de todos modos regresaría pronto.

—Enero es más duro: poca luz y frío. —Eugenio dio las cartas.

—Febrero es el más triste. Frío, cielo gris —comentó Rafael, que tenía la mano.

Joaquín, que jugaba de pareja con Eugenio, puso su carta en silencio.

—Pero en marzo llega la primavera. —Alfonso se llevó las cartas.

—Será en tu pueblo, chico. Aquí no.

—Bueno, pues en abril.

—Yo en abril ya estoy otra vez en casa —proclamó Alfonso en un tono que les hizo creer que por lo menos cantaba los veinte, pero solo montó.

—Me juego lo que quieras a que en mayo sigues aquí. —Eugenio falló con triunfos y se llevó la mano.

—Y que en junio haces los papeles para traerte a la mujer —dijo Rafael.

Joaquín vio las miradas socarronas de los otros dos jugadores. Eugenio se volvió a llevar la mano, y la cara de Alfonso fue doblemente hosca.

—La tienes aquí en julio o en agosto —siguió Rafael.

—En septiembre os buscáis piso —añadió Eugenio.

Alfonso se llevó la mano con cierta ferocidad.

—Se queda preñada en octubre. Arrastro —dijo Rafael.

—Y tú seguirás aquí quejándote del tiempo en noviembre —cerró Eugenio—. Ten cuidado, Alfonso, que me parece que acabas de hacer un renuncio. No hables tanto y pon atención, hombre. Mira a Joaquín, calladito y atento.

Sonrió. Se sentía bien. Observó a sus compañeros, el local, a Anne, que llenaba las jarras de cerveza concentrada en la altura de las coronas de espuma y se apartó de un soplido un mechón de pelo de la cara al saberse observada. Afuera el día era gris y húmedo. El local, bañado en una luz amarillenta, parecía ya la foto vieja de un recuerdo que algún día tendría.

¿Y si ese era el lugar al que podía llegar?

Anne se acercó con las jarras de cerveza.

Una voz remota empezó a resonar en su cabeza. «Estamos solos, Ximo».

Anne le rozó el brazo al ponerle la cerveza delante. Notó su olor. Aroma de jabón de lavanda, comida.

La voz insistió. «Siempre estaremos solos».

No quería oírla. Esa tarde no quería estar solo. No lo estaba. «Cállate, Manuel».

Manuel era gallego, de un pueblo de Pontevedra. Se conocieron un domingo en un bureo que se celebró en una masada más allá del *pla*, ya en la provincia limítrofe de Teruel. Era de unos parientes de la abuela y los habían invitado, junto a otros masoveros de las casas desperdigadas por el Maestrazgo como canicas arrojadas por un niño torpe. Las fiestas repasaban los hilos de la tenue red en la que cada año quedaban más nudos deshabitados.

Manuel había trabajado de jornalero en la cosecha, cuya finalización celebraba el bureo.

Aunque Joaquín nunca había visto otro hombre lobo, lo distinguió al instante entre un grupo de mozos. Los perros también habían notado la presencia de los hombres lobo, pero nadie se fijó en su nerviosismo. Era normal que en esas fiestas, con el jolgorio, los gritos y las risas estridentes, los animales anduvieran algo inquietos. Manuel también percibió a Joaquín en cuanto él entró en la cocina de la casa. Se apartó del grupo y se dirigió a él con la mano abierta.

Con el contacto, ambos vieron cómo era el otro transformado: Manuel era un lobo grande y oscuro; Joaquín, una bestia fibrosa de pelaje claro y ojos amarillos. Fue la primera vez en que Joaquín pudo imaginarse su propio aspecto.

Como si se conociesen y en realidad se tratase de un reencuentro, llenaron unos vasos de vino y salieron al patio. Nadie les prestó atención, excepto la abuela, pero los saludos de los parientes la arrastraron hacia el interior. Llevaban varias horas de fiesta y los músicos se disponían a tocar otra vez después de haber hecho una pausa para comer y beber.

Se sentaron sobre unos troncos de cara a las ventanas iluminadas de la cocina, en la que se apiñaban los festejantes.

—¿Cómo fue? —le preguntó Joaquín a los pocos minutos.

—Me mordió una. Pero fue mi culpa.

—¿Por qué? Esto no viene de culpa, sino de maldición.

—No siempre. En mi caso fue por mi culpa. Me enamoré de una como nosotros. —Manuel tomó un trago.



Joaquín lo imitó. El vino era áspero como la lengua de un gato.

—¿Qué te hizo?

Manuel apuró el vaso de vino. En el silencio que siguió seguramente revivió la historia que no le quiso contar. Desde el interior de la casa una voz ebria de mujer desafinaba una jota. Algo debió de recordarle a Manuel, quien dijo rabioso:

—Cuando mi padre se dio cuenta, quiso matarme, pero mi madre se lo impidió. Decidieron alejarme del pueblo. Empaquetaron mis cuatro cosas y me subieron al carro. Cruzamos el pueblo para que mi padre pudiera contar a la gente que me marchaba porque había encontrado trabajo en Vigo y me dejó en la linde del bosque. Como despedida me dijo que la próxima vez que me viera me metería una bala entre los ojos.

—¿No los has vuelto a ver?

—No. Quizá me acerque por allí dentro de unos años. A ver si ya se han muerto. De momento estoy viendo mundo.

Joaquín pensó que tenía suerte de tener a su abuela, aunque no supiera por cuánto tiempo.

—¿Adónde vas ahora?

—Todavía no lo sé.

Él le contó que en Vistabella todavía no habían terminado con la siega y que alguno de los campesinos agradecería poder contar con un trabajador más. Ese año habían tenido que emigrar varios jóvenes y se echaban en falta en los trabajos del campo.

Al día siguiente Manuel empezó a trabajar para un campesino del pueblo.

Joaquín tenía dieciocho años cuando conoció a Manuel, cuatro años mayor que él y un hombre lobo curtido, pues lo era desde hacía cinco años. Era alto, robusto. Tal vez porque no había nacido maldito, como él. Una maldición era como los parásitos de los pinos, les dejaban la savia justa para vivir, pero los troncos de los pinos jóvenes quedaban enclenques.

Durante dos semanas, que Joaquín recordaría como felices, Manuel fue su amigo.

Un amigo que tenía mundo.

—¿Y qué has visto por ahí? —le preguntaba.

Manuel le contaba entonces alguna de sus correrías por el país. Al final todas acababan pareciéndose, pero no por ello dejaba Joaquín de disfrutar de los relatos. Él, que tenía la timidez del solitario, nunca le contó a Manuel de sus carreras para huir de las piedras, le avergonzaba su imagen de animal

apaleado, y tampoco le podía contar que, si nunca se había revuelto, era por obediencia a quien tanto debía. Tampoco le mintió con hazañas inventadas; se limitó a escuchar sus relatos con la complacencia de quien cree ver su historia futura en una bola de cristal.

Tenía sobre todo muchas preguntas.

—¿Somos muchos? —quiso saber una tarde mientras descansaban en una de las eras.

—Creo que no. Por nuestra naturaleza, ¿sabes? Solemos matar, no como los vampiros, que son más como... como misioneros, ¿sabes? Les gusta convertir a la gente en sus iguales. Son otra especie. Cuídate mucho de ellos, son nuestros enemigos.

—¿Has visto a alguno?

—No, pero existir, existen.

—¿Y has conocido a otros lobos como nosotros?

—Alguno.

Uno de los perros del amo de la era pasó por delante de ellos y les hizo una reverencia. Manuel chasqueó la lengua; despreciaba a los perros por su servilismo.

—¿Dónde?

—Conocí uno en la serranía de Madrid, un viejo desgraciado que vivía de conejos y que estaba de fiesta mayor si pillaba una oveja. No te hagas viejo, Joaquín. No hay nada más triste que un hombre lobo viejo cazando animalillos por el monte.

Viendo a la mayoría de los viejos del pueblo, o lo que pasaba con los mulos o los bueyes o los perros cuando envejecían, ese estado no parecía deseable para ningún ser.

Manuel seguía su relato:

—A otro me lo encontré en el sur de Francia, pero era catalán, de los Pirineos. Allí creo que hay bastantes que se ganan la vida como contrabandistas y los días de luna llena, si no pillan algún venado, pues se zampan a un contrabandista. —Fingió que se mordía un brazo y se relamió.

—¿Has matado a personas?

—¿Para qué te crees que tenemos garras y colmillos? —No esperó respuesta ni apreció el sobresalto de su interlocutor. Ahora le mostraba una aviesa sonrisa—. Y una vez me encontré en Huesca a un ome choto. ¿Sabes lo que es?

—No, pero suena de risa.

—Lo es. Una aberración. Es el hijo de la cópula de un hombre y una oveja. ¡Qué asco! ¿Te imaginas?

Disimuló cuánto le perturbaba imaginar lo que le describía Manuel.

—Pues en el pueblo se dice de uno que lo hace. Y por aquí no he visto ningún ome choto.

—Es que ocurre como con las plantas y los animales, que se crían mejor en determinados climas. ¿Cómo puede vivir un lobisome sin bosque? ¿O sirenas en un río? Y parece que esos solo se crían en Aragón.

—Estamos tocando Aragón.

—En el norte, quiero decir, en los Pirineos. Aunque quién sabe, igual por aquí también los hay.

—No, lo sabría. Mi amigo Vicente es pastor y me lo habría dicho.

Debajo de dos cejas gruesas, como pintadas con carbón, Manuel lo miraba entre expectante y socarrón. Joaquín se sintió impelido a añadir:

—Lo que sí que hay, porque él los ha oído, son fantasmas.

—¿Fantasmas? Pero si eso no existe. —Se echó a reír—. ¡Fantasmas! ¡Vaya iluso!

Joaquín se levantó ofendido.

—No te enfades, hombre. —Manuel trató de sujetarlo por el brazo, pero él se desprendió de su mano de un tirón y le lanzó un rugido.

—No me gusta que se burlen de mis amigos.

—Tienes razón, perdona. Soy un bocazas. —Manuel lo miró. Los ojos del lobo no asomaron—. La falta de trato lo vuelve a uno torpe, pero es que casi siempre estamos muy solos, Ximo.

Llegó diciembre. Menos Eugenio, sobre quien pesaba la amenaza de cárcel si volvía a España, el resto de sus compañeros de barracón tenían previsto marcharse de Alemania durante las fiestas de Navidad. Al asturiano le pesaba mucho más que en otras fechas su condición de exiliado. Los paquetes con turrónes y polvorones que le mandaban la familia o antiguos compañeros, las postales, las cartas, las fotos, los dibujos de sobrinos que casi no conocía, eran golpes, no por bienintencionados menos dolorosos, sobre una herida abierta.

Joaquín también se quedaría en Essen. Echaría de menos a sus compañeros, a los que cada día apreciaba más, pero sabía que volverían y que, cuando lo hicieran, él seguiría en el mismo lugar, compartiendo con ellos trabajo, comidas, tiempo libre.

En diciembre ni siquiera tuvo que hacer nada para obtener el turno de noche; en cuanto lo vio aparecer, Borowski se lo asignó.

El capataz le hacía pagar lo que por lo visto sentía como una derrota: lo abroncaba cada vez que salía, según él, demasiado despacio de la jaula, le robaba tiempo de la pausa para comer, lo acusaba de estropear herramientas. La serenidad, rayana en la indiferencia, con que Joaquín arrostraba sus maltratos todavía encolerizaba más al capataz, a la vez que le confería a Joaquín un halo de firmeza entre los mineros.

En diciembre sus compañeros volvieron a acompañarlo. Y no solo porque estuviera mejor pagado, le pareció.

—Todos juntitos, como los enanitos de Blancanieves —comentó esta vez Ángel—. Solo nos faltaría llegar cantando a la mina.

Rafael agregó entonces un nuevo ritual al bajar al pozo: se persignaba, besaba la medallita de santa Bárbara que siempre llevaba colgando del cuello, bisbiseaba una oración y finalmente canturreaba:

—Aijó, aijó, la hora ya llegó.

Como no sabía ni una línea más, la repetía sin cesar.

—Mejor que cuando nos pasabas el rosario —le dijo Eugenio, burlón.

—Pero en enero olvídate de mí en el turno de noche —rezongó Ángel.

Después le preguntó si quería que le trajera mantecados o turrónes de España.

Los días se acortaban. El cielo solía estar cubierto y las pocas horas de luz se repartían entre amaneceres indecisos y atardeceres concluyentes. Sus compañeros lo soportaban a duras penas, contando los días para marcharse a casa.

Durante las fiestas de Navidad se quedó solo en el barracón. Eugenio le dijo que se marchaba a pasar unos días con unos amigos.

El día de Navidad paseó por la ciudad. Como un niño en las atracciones de feria, se dedicó a recorrer Essen pasando de un tranvía a otro. Cuando se cansó, se bajó en el centro para volver andando al barracón. Apenas se cruzó con gente en las calles iluminadas con bombillas de colores. Los pies lo llevaron al local de Heinz, que ese día estaba cerrado. Ya había anochecido; en el primer piso del edificio, donde vivía la familia, las luces estaban encendidas. Se quedó un rato en la acera de enfrente con la esperanza de que tal vez Anne se asomase y deseando a la vez que no fuera así, porque se imaginaba que visto desde arriba, con la gorra calada, la bufanda y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, quizá podría inspirar pena y eso no lo soportaría.

Se marchó al barracón.

«Estamos muy solos, Joaquín». Tenías razón, Manuel.

Faltaba poco para el plenilunio, y empezaron los dolores que precedían a la transformación. La siega estaba a punto de terminar y el terrateniente ofrecía una fiesta para celebrar que la cosecha había sido muy buena y que su hijo mayor se casaba en unas semanas.

—Vente tú también —le dijo Manuel—. Habrá música, vino...

—Es que no sé.

—¿Por qué? ¿No te deja tu abuelita?

—No tengo que pedirle permiso a mi abuela para ir a una fiesta. —Le pareció que su voz sonaba infantil al replicar.

—Pues entonces...

—Es que tengo dolores. ¿Tú no?

—También, pero ya me he acostumbrado. Entonces, ¿qué? ¿Vienes? —Como Joaquín vacilaba, añadió—: somos hombres, trabajamos como hombres y festejamos como hombres. Y no olvides que somos lobos, Joaquín; no pedimos permiso a nadie.

Enardecido, embriagado, alobado por las palabras de Manuel, se fue corriendo al *mas* para ponerse su ropa de fiesta. Al salir se dio de bruces con la abuela, que entraba cargando un capazo. Tigret, el gato, la seguía con la vista fija en el cesto.

—¿Adónde vas, Ximo? Mañana...

—Mañana es mañana, abuela. Hoy me voy de fiesta.

—¿Y si no vuelves a tiempo?

—No soy un niño, soy un hombre, que trabaja como un hombre y puede festejar como un hombre.

Ella lo miraba atónita, dejó el capazo en el suelo y apartó al gato con el pie.

—Y Manuel dice que...

—¡Ah! Él. Este Manuel es uno como tú, ¿verdad? Ya me pareció notar algo cuando lo vi la primera vez. No es bueno...

—Abuela, yo sé lo que es bueno para mí. Déjeme vivir. Por una sola vez, déjeme vivir.

Se marchó.

A partir de la noche sus recuerdos eran tan intensos que se mezclaban unos con otros emborronándole la mente. Rumor de voces, música, risas. La imagen del jabalí empalado dando vueltas sobre el fuego, las carreras por la era jugando con otros muchachos para impresionar a las chicas, niños correteando entre los adultos, persiguiéndose como cachorros, la voz de Manuel, siempre la voz de Manuel. «Aguanta, Joaquín, se te pasará», si notaba que un zarpazo en su interior le demudaba el rostro. «Bebe, Joaquín», mientras le pasaba una bota henchida de vinazo. «Dale, Joaquín», al verlo torear un carretón con astas. «¡A bailar, Joaquín!». La voz de Manuel. Apenas podría recordar después imágenes de él. Solo esa voz omnipresente. A veces jocosa, otras cáustica. «¿No me digas que es la primera vez que catas una moza?», al verlo salir de un establo donde una muchacha se había levantado la falda para él. El tacto de la piel, la sensación al entrar dentro de ella casi le hicieron perder la cabeza. Pero logró refrenar, a pesar de que por un momento llegó a olvidar incluso quién era, el impulso de morderla. «Vamos a celebrarlo, Joaquín». Gritos de alborozo cuando empezaron a repartir la carne del jabalí. Gritos de júbilo para celebrar la cosecha, para agasajar al futuro novio. Gritos en el establo, los suyos, los de la muchacha. La voz de Manuel en todas partes. ¿Solo había notado él que la voz de su amigo era cada vez más áspera a medida que avanzaba la noche, a medida que su piel se saciaba de luna llena? De madrugada, se echó sobre una bala de paja y se quedó dormido.

Lo despertó el olisqueo de uno de los perros de la casa. Sobresaltado, lo ahuyentó con un manotazo.

—¡Lárgate, chucho!

Miró a su alrededor y, como no vio a nadie, le rugió al perro, que salió huyendo perseguido por su risa ronca. Buscó a Manuel, pero no lo encontró. Ya no quedaba nadie, todo el mundo se había retirado a su casa. El día ya despuntaba.

El camino al *mas* se le hizo largo, el cuerpo le pesaba, como si las piernas y los brazos estuvieran rellenos de arena mojada. Pasó de largo del cementerio, pasó por el lugar en el bosque en el que por primera vez había dejado salir a la bestia. Se irguió. Divisó la casa a lo lejos. Entonces volvió Manuel, la voz de Manuel. «Somos hombres y festejamos como hombres. Somos lobos, Joaquín; no pedimos permiso a nadie».

Llegó al *mas*.

Ufano y libre, entró a la cocina. La abuela estaba cortando verduras en la

mesa. A sus pies, Tigret mordisqueaba un trozo de embutido que ella le había dado. Se detuvo al verlo y levantó el cuchillo en el aire como un signo de admiración.

—Así, pues, ya eres un hombre.

Habría respondido que sí, pero las palabras de la abuela lo habían despojado de esa certeza.

—Un hombre que toma sus decisiones. —El cuchillo seguía en el aire.

—Sí —más un silbido que una palabra.

—Y se va de fiesta al pueblo la noche antes de la luna llena. —Con el cuchillo en la mano, la abuela rodeó la mesa y se dejó caer en una silla de enea, como si esas tres frases le hubiesen costado toda la energía que le quedaba.

—No soy un niño; soy un hombre, que trabaja como un hombre y puede festejar como un hombre. —Le repitió exactamente las mismas palabras que le había espetado el día anterior. Solo que esta vez, su voz, grave, sonó extrañamente aguda. Cruzó los brazos para añadir—: Soy un lobo, y los lobos no pedimos permi...

—¡Joaquín!

Sintió un súbito peso en el estómago, como si se acabara de tragar una piedra.

Sin apartar la vista de su nieto, ella se dio unos golpecitos en los muslos.

—Tigret, ven, ven, ven.

El gato terminó de comer el embutido y de un salto se sentó en su regazo. Se relamía y frotaba el hocico satisfecho. La mano derecha de la abuela acariciaba el mango del cuchillo que había dejado sobre la mesa.

—Sabes qué hace la bestia con los que queréis, ¿verdad?

—Sí, abuela.

El peso en el estómago aumentó; ahora eran las piedras que el cazador metía en el estómago del lobo antes de coserlo.

—Al Tigret lo quieres, ¿no?

Empezó a acariciar la cabeza del gato con la mano izquierda. Tigret cerró los ojos y ronroneó.

—Sí, abuela. Ya lo he entendido. —No mentía, y temía lo que podía suceder—. Lo he entendido, abuela; de verdad que lo he entendido.

La abuela sujetó al gato por el pescuezo.

Joaquín cayó de rodillas.

—Lo he entendido, abuela.



Ella cogió el cuchillo.

—No basta con que lo entiendas, Ximo. La bestia no tiene conocimiento. Tienes que sentirlo. ¿Quieres a Tigret?

—Sí, abuela —gritó.

Levantó el cuchillo en alto. Con la otra mano levantó al gato. Miraba a su nieto fijamente, con un rictus impasible de talla románica, pero la traicionaba el ojo izquierdo, el que todavía veía, que empezó a llorar.

—Yo también, Ximo, pero aún te quiero más a ti.

Antes de que Joaquín pudiera decir nada, ella cortó el cuello de Tigret de un tajo. El animal no llegó a maullar, solo un borboteo, una sacudida de las patas, una última mirada de asombro incrédulo a Joaquín. Después, ella se lo arrojó encima para que recogiera sus últimos temblores. La sangre le salpicó la cara.

—Esto es lo que hacéis con los que queréis. ¿Lo sientes ahora?

Se levantó y abandonó la cocina. Él se quedó en el suelo acariciando entre lágrimas el pelo del gato, con la camisa blanca de fiesta teñida de sangre. La usó para amortajarlo y lo enterró al pie de un árbol.

Después habría querido meterse en el cuarto de la bestia y encerrarse ya allí, pero la abuela lo esperaba en la puerta del *mas*. Tenía los ojos enrojecidos y se había quitado el delantal manchado de la sangre del gato.

—¿Qué crees que hará tu amigo esta noche, con la luna llena?

Él bajó la cabeza.

—¿Qué hará? —La abuela dio un paso al frente.

Levantó la vista. Por primera vez en la vida la miró con los ojos amarillos. Ella se detuvo. Con la mano derecha apretó con fuerza el cordón en el que llevaba atada la navaja de plata.

—¿Qué hará? Dime.

—Matar.

Se tapó los oídos. «Matar, matar, matar».

Fue a buscarlo.

Su parquedad de palabras había evitado que le contase a Manuel que pasaba los plenilunios encerrado bajo llave, así que tenía que amedrentarlo como humano para que temiera encontrárselo siendo lobo.

Lo encontró fuera del pueblo, en la fuente del Alforí, con la espalda apoyada contra el muro lateral. A lo lejos, un campesino y su hijo arreglaban las piedras de unos bancales. Se sentó a su lado. Todavía eran amigos.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto al lobo? —le preguntó al ver su cara desencajada.

—Tienes que marcharte —dijo sin mirarlo.

—¿Por qué?

—Porque no te quiero más por aquí. —Sentía los ojos de Manuel fijos en su perfil, pero no se volvía; temía que el otro descubriese en los suyos el temor que lograba ocultar en la voz.

—Pero ¿qué he hecho?

—Nada de momento. Es por lo que podrías hacer.

—¿Cómo puedes precisamente tú decirme algo así? ¿No somos acaso iguales?

Le golpeaba el brazo izquierdo para que se volviera y le recordó dolorosamente la insistencia de Tigret cuando quería jugar con él.

—Sí, lo somos. Pero este es mi lugar.

—Hay para los dos.

Ambos miraron al padre y el hijo que trabajaban ajenos a la conversación entre los dos muchachos.

—No, Manuel, me temo que no. Aquí solo hay sitio para uno.

—Entonces, vayámonos juntos. —Se levantó—. El mundo es grande, está lleno de caminos.

—Yo no quiero vagabundear el resto de mi vida. —Joaquín se levantó también.

—¿Qué quieres hacer entonces? Eres un hombre lobo. Algún día te descubrirán y te echarán.

—Me iré cuando lo decida, pero no para vivir como una bestia salvaje.

—No puedes renegar de lo que eres.

Sin dejar de acecharse, se dirigieron hacia los árboles que estaban detrás de la fuente para quedar fuera de la vista. Sus voces se habían vuelto más roncadas; los ojos de Manuel tenían un brillo amarillo, el mismo que seguramente ya mostraban los suyos.

—¿Qué piensas hacer? —Manuel se irguió desafiante. Era más alto y más voluminoso.

—Echarte —respondió Joaquín, y se abalanzó sobre él.

Lo hizo caer de espaldas, se sentó a horcajadas sobre su pecho y empezó a darle puñetazos en la cara. Manuel le devolvía los golpes, sus brazos eran más largos y más fuertes, pero, enloquecido por la sensación de asfixia, pegaba muchas veces en el aire. Tensó todo su cuerpo y rodó hacia un lado para sacárselo de encima. Joaquín salió despedido y chocó con la espalda contra el tronco de un pino. El dolor lo enrabió todavía más, volvió a saltar sobre Manuel y se enredaron en un ovillo de golpes, puñetazos y mordiscos que rodó cambiando de forma por el suelo.

—Vete. Vete. Vete —rugía Joaquín.

Manuel emitía un gruñido sin articulación. Las espaldas quebraban ramitas, los pies arrancaban plantas enteras, los brazos desplazaban piedras, los gruñidos acallaron a los pájaros que los habían visto llegar. Joaquín notó el sabor de la sangre en la boca, la consistencia de la carne humana en los dientes, los ojos le lagrimeaban por el polvo que levantaban. Vete. Vete. Vete.

Manuel era más fuerte, pero Joaquín peleaba por su vida y lo golpeaba sin pausa. De pronto, Manuel se quedó inmóvil boca arriba, con la cara ensangrentada y tumefacta y la ropa desgarrada.

—Tú ganas.

Ese mismo día se marchó del pueblo.

Joaquín se había encaramado a un árbol desde el que dominaba el camino. Lo vio acercarse con el hatillo a la espalda; cojeaba un poco a pesar del patente esfuerzo por ocultarlo. Sintió que la rabia le subía como una espuma ardiente hasta la boca, no por las heridas, sino porque lo había obligado a expulsarlo y ahora no podría más que añorarlo. La mirada de Manuel estaba clavada al frente, aunque él sabía que tenía que notar su presencia. La furia lo asfixiaba y tuvo que agarrarse a unas ramas para no saltarle a la espalda. Manuel tampoco se volvió al rebasar el árbol.

Al perderlo de vista detrás de un recodo, no pudo contener la tristeza, olvidó toda cautela y aulló.

Volvía a ser único, volvía a estar solo.

Al día siguiente la abuela tuvo que meter dos conejos por la trampa para calmar un poco a la bestia.

Enero. Los compañeros ya estaban de regreso.

Habían vuelto con las maletas cargadas de víveres, pero mohínos. Todos parecían dominados por una melancolía que, lejos de suavizarlas, había afilado sus aristas. Los primeros días la convivencia en el barracón fue difícil, continuamente se producían choques: porque Eugenio no callaba, porque Ángel fumaba incluso cuando ya habían apagado la luz y trataban de dormir, porque Sandro volvía a deshoras borracho y tropezando con todo, porque Rafael no paraba de hablar de su familia, porque Beppe se había comido un salchichón entero sin invitar, porque Joaquín salía de noche y entraba frío en el barracón... Hasta que el roce volvió a pulirlos y a redondear los cantos.

Joaquín volvía a disfrutar de la serenidad de la rutina como solo son capaces de hacerlo los seres extraordinarios.

Bajaba a gusto a la mina, donde el polvo y el ruido lo envolvían en paz. Como ya chapurreaba algo de alemán, en las pausas podía charlar con otros compañeros. Eran conversaciones lentas, masticando comida y las palabras difíciles. Era un buen minero, era un buen compañero y encima el capataz le tenía una especie de inquina temerosa. Más no sabían los otros y estaba bien así.

Después regresaba al barracón. Allí olía a comida, a sudor, a tabaco; el aire era húmedo y cálido, acogedor, como debían de ser las madrigueras.

Algunas veces se preguntaba si era posible tener memoria de algo que no se había vivido, pues las literas le recordaban a las habitaciones del internado al que nunca fue, a pesar de que lo habían admitido.

Después de ver la playa del Grao, él y su abuela cogieron de nuevo el trenecito que los llevó de vuelta a Castellón.

—¿Qué te ha parecido el mar?

—Bien. —Tenía la vista perdida en los campos que rodeaban la ciudad. El traqueteo del vagón le movió la cabeza en un falso gesto afirmativo.

La abuela pareció extrañada ante su falta de entusiasmo, pero no preguntó.

Mientras se acercaban a la ciudad, empezó a darle consejos para su estancia en el internado:

—Cuídate mucho de la gente.

Esa frase se la repetía con frecuencia y le dejaba siempre un dolor en el pecho, porque él se imaginaba que eso era lo que decían las madres jabalías a sus jabatos. «Cuidaos de la gente». O las cabras monteses a sus crías. O las raposas a sus hijos. «Cuidaos de la gente; no son como vosotros».

—No cuentes muchas cosas de ti.

—No le hagas a nadie los ojos.

—No le hables a nadie de la maldición.

El tren tomó una curva cerrada en una calle. Joaquín dejó de mirar por la ventana y se volvió:

—Abuela, dígame también algo que no sea con «no».

Ella le sonrió.

—Tienes razón. Estudia mucho. Respeta a los maestros. Sé discreto.

Bajaron.

Aún tenían que matar un par de horas hasta que saliera el autobús de vuelta. Fueron a pasear al parque Ribalta. A la abuela le atraía y repelía a la vez toda esa vegetación ordenada y cuidada, sin otra utilidad que decorar. Nadie se iba a comer ninguna de esas hojas o frutos. Para ella las plantas tenían que servir para algo. Las principales, para comer. En orden de importancia, seguían las que curaban; los árboles que no daban frutos valían porque proporcionaban leña. Que también dieran sombra era una ocupación inferior, ya que eso sucedía por el simple hecho de que estuvieran ahí. Un parque era, pues, un dispendio. Eso era el lujo, le explicó, tener o hacer cosas que no sirvieran.

Se sentaron un momento en el banco semicircular de azulejos que formaba parte de una gran pérgola. Mientras la abuela contemplaba el estanque, por el paseo central pasó un grupo de cuatro muchachas, seguramente modistillas, cogidas del brazo. Joaquín se quedó embobado al verlas pasar, la boca abierta, bovina, los ojos prendidos de los movimientos de las faldas estampadas. En esa mirada no asomaron los ojos amarillos con los que asustaba a su hermano, sino un muchacho incipiente.

Después dieron un largo paseo por Castellón, fueron incluso a una confitería y probó los jaimitos, unos dulces que la abuela recordaba del tiempo en que había estado sirviendo a una familia de la ciudad.

En el viaje de vuelta la abuela se mostró extrañamente taciturna, respondió

a todos sus comentarios con monosílabos.

—Si quiere, cuando suba al pueblo por las vacaciones, le traeré un paquete de jaimitos, abuela.

—¿Cree que podré subir al pueblo también algún fin de semana? No digo todos, pero alguno de vez en cuando.

—El billete del trencito de vapor lo guardamos, ¿no?

—Don Amadeo se pondrá muy contento cuando sepa que me han cogido.

—Cuando tenga el bachillerato, me ha dicho que debería estudiar para perito. ¡Qué palabra más graciosa! Perito industrial.

—¿Usted cree que en América necesitan peritos industriales?

Bajaron en la plaza de la iglesia. Normalmente ella se entretenía haciendo algunos recados, compraba en los ultramarinos, pasaba por la panadería. Ese día parecía tener prisa. Él trotaba a su lado, ajeno a los rumores que solía despertar su presencia; solo buscaba la silueta de su maestro detrás de alguna de las columnas de las arcadas de la calle Mayor, o en alguna bocacalle. No lo vio. Don Amadeo parecía una figura fantasmal que se encarnaba solo entre los muros de la escuela.

Llegaron al *mas*.

La abuela esperó a haber cerrado la puerta para decírselo.

—No puedes ir al internado, Ximo.

Quedó mudo. Abría y cerraba la boca sin que un sonido lograra expresar su incredulidad, su desilusión.

—He estado a punto de cometer un error. No puedo dejarte ir al internado. Estás ya en una edad en la que los muchachos empezáis a tener impulsos...

Joaquín no entendía nada.

—... las muchachas os llaman y eso podría...

En su interior se formaba una bola de rabia y confusión que salió despedida de su boca en una única palabra, una explosión.

—¿Qué?

Ella levantó el índice a modo de admonición y no siguió hablando hasta que él bajó los hombros y la cabeza.

Siguió una para él incomprensible retahíla de explicaciones, aún más abstrusa por las patentes dificultades de la abuela para evitar determinadas palabras. Entendió lo suficiente para saber que la decisión era irrevocable. El internado y la ciudad, quimeras.

Por eso reunió sus recuerdos para guardarlos: el olor del vapor del tren, las risas de las muchachas, la marquesina en el parque donde por lo visto había

música los fines de semana, el sabor de los dulces, las manos enguantadas de un guardia urbano que se movían como palomas autoritarias dirigiendo el tráfico en la plaza del Sol. ¿Y el mar? El mar tampoco podría olvidarlo.



Aunque ni él mismo pareciera saberlo, desde el primer día en que pisó el bar de Heinz se había fijado en Anne. Primero fue una silueta delgada detrás de la barra; después, la chica de pelo castaño recogido en una cola que llenaba las jarras de cerveza con precisión de barrenero. La línea que separaba el líquido ambarino de la espuma coincidía siempre con la que marcaba los 0,3 o los 0,5 litros. Unos días después era Anne, la mayor de Heinz, cuyos ojos sentía mientras jugaba la partida. Pero todavía no habían intercambiado una palabra.

Una tarde a mediados de enero llegó más tarde al local y sus compañeros ya estaban enfrascados en la partida de cartas. Se sentó al lado de la mesa y los observó ensimismado. No seguía el juego, sino el mero movimiento de las cartas, las parábolas ralentizadas con que las depositaban sobre la superficie de un tapete de fieltro desgastado, la displicencia con que las dejaba caer el que se sabía en desventaja, la trayectoria recta y veloz que precedía a una jugada ganadora, los dedos que hacían presa de las cartas y raspaban la tela como el hocico de una alimaña hurgando en la hierba. Ese roce áspero le llenaba los oídos justo en el mismo momento en el que ella se quedó parada al lado de la mesa; por eso no la oyó cuando preguntó:

—¿Para quién era la cerveza?

Los cuatro jugadores negaron con la cabeza. Ella lo tocó entonces con suavidad en el hombro y le acercó un poco la jarra.

—¿Es para ti?

Levantó la vista y se encontró con los ojos de Anne. Unos ojos de color castaño claro que no se apartaron al encontrarse con los suyos. Acostumbrado a que casi todo el mundo desviara la vista al toparse con su mirada, Joaquín estuvo a punto de hacerlo, pero la firmeza de los ojos de la muchacha se lo impidió.

—¿Es para ti?

Movió la cabeza afirmando. Ella le puso la cerveza sobre la mesa.

—Me llamo Anne —le dijo en alemán, vocalizando mucho para que la entendiera—. ¿Y tú?

—Joaquín, me llamo Joaquín. —No le dijo que ya sabía su nombre por Eugenio.

Él y Anne se miraron varias veces más esa noche y en cada ocasión se sorprendía de que ella le sostuviera la mirada y le sonriera.

Una noche casi tibia de abril. La bestia, encerrada, golpeaba la puerta una y otra vez, rugiendo y aullando para poder salir. La puerta ni vibraba ante sus embestidas, como si fuera parte del muro.

La abuela bajó al corral y metió un conejo en el cuarto. La bestia lo devoró en pocos minutos, pero no le bastaba. Como siempre, necesitaba más. Empezó de nuevo a moverse en círculos obstinados que solo interrumpía para acercar la punta del hocico por el respiradero o para lanzarse una vez más contra la puerta.

De pronto, en uno de sus embates la puerta se movió. Solo un poco, las bisagras habían cedido tal vez un milímetro. Sin embargo, la inteligencia taimada de la bestia apreció que algo había cambiado. Empujó de nuevo. La puerta ya no era una parte de la pared, era más débil y empezaba a someterse a sus golpes. A cada nuevo empujón la madera reaccionaba con quejidos secos y las bisagras se separaban un poco más del muro. Hasta que cedieron y la puerta se desplomó contra el suelo.

La bestia salió corriendo de la habitación. No podía entender qué significaba la silla vacía al lado de la entrada del cuarto. Tampoco se podía dar cuenta de que la puerta había caído porque los listones que la aseguraban habían sido descorridos, ni de que el cuarto de su abuela estaba cerrado. Era un animal que escapaba del encierro y se internaba en el bosque, entre los árboles, que lo acogían sin aprisionarlo.

Se despertó por la mañana, desnudo al lado del cadáver frío y medio devorado de una cabra montés. Enterró horrorizado el cuerpo en un hoyo que tuvo que cavar con las manos. Esperó escondido hasta la noche antes de regresar a casa. Evitó los caminos para que nadie pudiera verlo.

No sabía cómo había logrado salir del cuarto. ¿Lo habría soltado la abuela?

Al llegar a la casona oscura solo oyó el gemido lastimero del Rubio, hecho sombra en la caseta. La puerta de la entrada estaba abierta, tropezó con algunos muebles derribados. Llamó a la abuela, por más que empezara a presentir que no obtendría respuesta. Pasó por delante del cuarto del encierro. Estaba abierto y dejaba escapar el hedor que desprendía la bestia.

La puerta del dormitorio de la abuela estaba cerrada. Pisó la llave en el suelo. Ella la había deslizado por debajo, era para él. La bestia no lo habría comprendido; de haberlo querido, habría derribado la puerta.

Entró. El cuerpo de la anciana estaba en la cama. Había llegado hasta allí con sus últimas fuerzas cuando se sintió morir. Tenía la navaja de plata en la mano.

No parecía haber sufrido mucho en el trance, tenía incluso los ojos cerrados. Al ver la expresión de descanso en su rostro, Joaquín entendió que de ella, de su amor, de su deseo de protegerlo provenía parte de la fuerza que mantenía el cuarto cerrado mientras estaba transformado en bestia.

Vicente lo acompañó esos días. Silencioso pero presente, caminó a su lado en el entierro, interponiéndose como un muro a cualquier mirada o murmuración, porque la abuela había prohibido que su hijo y su familia acompañasen el féretro hasta el cementerio.

Después todos se marcharon y Joaquín se quedó solo en la casa que la abuela le había dejado en herencia. Solos él y el Rubio.

Anocheció. Encendió el fuego a pesar de que no hacía demasiado frío. Se sentó frente a las llamas dándole la espalda a la oscuridad que ya rodeaba la casa.

Sí, la abuela lo había dejado todo dispuesto, estaba preparándose para la muerte. Pero esta se le había adelantado, no les había concedido el tiempo de pensar qué podría hacer él en las próximas transformaciones. Regresaron a su mente las palabras que siempre devolvía a la abuela cuando ella se preocupaba por lo que pudiera suceder después de su muerte.

—Ya sabré qué hacer.

No, no lo sabía. Solo sabía que, si seguía en el pueblo, acabaría matando a alguien. Que tenía, por tanto, que marcharse. Pero que no quería ser uno de esos lobos nómadas que van de bosque en bosque y viven en un lugar hasta que los aldeanos los ahuyentan o los matan. Bestias itinerantes perseguidas por la luna, daba igual en qué lugar del mundo se encontraran. Había conocido a uno y sabía cómo era esa vida. No, así no.

—Ya sabré qué hacer —se dijo a sí mismo, dándole unas palmaditas al perro.

El Rubio se había hecho viejo también. Hacía años que no necesitaba que lo acompañase por los caminos. También hacía un tiempo que lo dejaban dormir en la casa delante del hogar. Volvió a acordarse de Manuel. Él se habría mofado de ese perro que roncaba a veces tan fuerte que Joaquín y su

abuela no podían contener la risa.

—Míralos, esclavos sumisos —decía Manuel de los perros.

Apartó a Manuel de sus recuerdos y acarició al Rubio detrás de las orejas.

—Vamos a dormir, amigo. Mañana pensaré qué puedo hacer.

Al día siguiente rebuscó en toda la casa. No encontraba la navaja de plata de su abuela. Alguien la habría robado. No era valiosa, aunque quizá a alguno de los asistentes al velatorio se lo había parecido. No se podía imaginar entonces que había sido Vicente, quien sabía lo que era y también que su amigo, por el hecho de serlo, podría atacarlo cuando saliera la bestia.

«Siempre matan a quienes más quiere la persona dentro de la que viven».

También en febrero bajó en el turno de noche durante el plenilunio. Borowski no olvidó hacérselo pagar, pero sus quejas, gruñidos e invectivas tenían algo rutinario, distraído. Más que ese inquietante minero español, al capataz le preocupaban las voces descontentas que sonaban cada vez con más fuerza en la mina.

—¿Vamos al Heinz? —preguntó Eugenio al salir del turno de mañana.

Por supuesto.

Esperaba la pregunta ritual desde que la jaula los había subido a la superficie, la esperaba mientras se lavaban y mientras se vestían. Le costó no ser él quien la pronunciara antes que su compañero.

Caminaron rápido por las calles de la ciudad con los hombros levantados por el frío. Al entrar en el local, vio los cinco dedos de Anne levantados, cinco cervezas.

Mientras sus compañeros buscaban una mesa, él se acercó a la barra. Saludó a la muchacha.

—Si quieres, te ayudo a llevar las jarras —dijo en español.

—Enseguida te las paso. Coge tú tres. Las otras dos ya las llevo yo —respondió ella en alemán.

Tenía la voz grave, le agradaban las voces graves.

Mientras Anne iba cambiando las jarras de cerveza para que la espuma bajase antes de seguir tirando, le preguntó:

—¿Hace mucho frío afuera?

—Muchísimo, pero estoy acostumbrado: en mi pueblo, en Castellón, también hace mucho frío en los inviernos, tanto o más que aquí.

—¿Hay mar? —Ella le pasó las dos primeras jarras llenas.

—No, está en el interior, en la montaña.

Solo cuando ella le pasó la tercera y le indicó que ya podía ir a la mesa, se dio cuenta de que había entendido lo que le había dicho en alemán y ella parecía haber comprendido también sus palabras en español. ¿O se lo imaginaba y simplemente cada uno había hablado de una cosa distinta?

Por eso, ignoró los comentarios burlones de los otros y se levantó al cabo

de un rato para pedirle la segunda ronda.

—No hacía falta que vinieras, ya me acerco yo.

—Bueno, pero así podemos hablar un poco.

—Eso sí. —Le sonrió y lo miró a la cara. No apartó los ojos—. ¿Cuántas os pongo?

—Cinco.

—¿Tienes mucha familia en España?

—No.

Ella se detuvo un momento e inclinó la cara con expresión interrogante. Joaquín no acababa de entender qué significaba esa expresión. Añadió:

—Mis padres y mis hermanos.

Anne seguía esperando.

—Ya está —dijo él, y lo acompañó con un gesto de las manos. Quizá no estaban realmente hablando de lo mismo, conjeturó.

—Bien —respondió ella risueña. Siguió llenando las jarras.

Heinz se acercó y le dijo algo en alemán. Seguramente le estaba metiendo prisa porque otros clientes habrían pedido también cervezas.

En esta ocasión, Joaquín llevó en dos viajes las cervezas a la mesa.

Un par de horas más tarde, entraba en el barracón riendo y bromeando con los compañeros. Al encender la luz, vio un reflejo en los ojos negros del osito que Rafael tenía siempre sentado en su litera. «Cuidado, Joaquín». Le volvió la espalda.

—Heinz debería prestarte uno de sus mandiles. —Se rio Ángel cuando Joaquín dejó las cervezas sobre la mesa.

—Deja al chico en paz —le riñó Eugenio, para añadir—: Oye, ya que estás, ponnos unas tapitas.

—Es guapa —comentó Rafael—. ¿De qué habláis todo el rato?

—A ver, ¿de qué narices quieres que hablen estos dos, si no se entienden?  
—Ángel tomó un ávido sorbo de su jarra.

—Para según qué cosas no se necesitan palabras —respondió Rafael.

—¡Pero, bueno! ¡Cómo se puede ser tan grande y tan ñoño!

Joaquín no decía nada. Que sus compañeros hablasen de Anne y de él en cierto modo prolongaba el encuentro más allá de lo que ella los dilataba sirviendo las cervezas con una lentitud que le alteraba los nervios a Heinz. Pero ni los comentarios burlones de su hermana ni los exabruptos del padre lograban apartarla del tirador de cerveza y de la tarea que le permitía conversar con Joaquín, quien, a su vez, trataba de azuzar a sus compañeros para que bebieran más rápido y poder volver a la barra a pedir otra ronda.

Eugenio, cómplice socarrón, levantó la jarra vacía.

—Mozo, otra.

Joaquín se levantó de un salto, sin hacer caso de las carcajadas de los otros.

—Otra ronda.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Essen? —preguntó ella prestando una atención desmedida a la tarea.

—No lo sé. Espero que mucho —se oyó decir.

Por primera vez, Anne derramó cerveza. La jarra mojada dejó después un cerco semicircular sobre el posavasos.

Hacía tres semanas que había muerto la abuela. La luna de mayo crecía amenazadora. Joaquín nunca se había sentido tan desvalido. No había puerta que pudiera impedir salir a la bestia. Los trucos no servirían porque a su manera esta sabría lo que él hacía, dónde escondía la llave, dónde estaba el



resorte para abrir. La única solución que se le ocurrió fue alejarse, adentrarse en la zona en la que los montes eran más inhóspitos, lejos de cualquier población y de cualquier casa habitada.

Se marchó dos días antes de la luna llena. Ató al Rubio para que no lo siguiera y le dejó unas escudillas con agua y comida. Después se puso en marcha a buen paso, a pesar de que ya sentía los dolores de estómago que anunciaban la transformación y por la noche lo atenazaba una fiebre que le dejaba los músculos y las articulaciones doloridas. Aun así, anduvo todo lo que le fue posible.

El plenilunio lo alcanzó en una cueva al fondo de la garganta trazada por un río que se había secado hacía ya muchos siglos. Dejó la ropa bien doblada en una pila. «Todavía soy yo», se dijo. Su último recuerdo mientras se retorció por los espasmos fueron los parpadeos curiosos de un ave nocturna.

Un rayo de sol lo despertó por la mañana. En el corral del *mas*. Tenía los brazos, las piernas, el costado llenos de heridas. El cuerpo desnudo cubierto de sangre coagulada, pelo y plumas pegados en las manos.

Se incorporó y vio que había destrozado las jaulas de los conejos. Restos sanguinolentos se mezclaban en el suelo con la cabeza de una de las gallinas arrancada de cuajo. La bestia había logrado recorrer en una noche la distancia para la que él había necesitado dos días de marcha. ¿Para matar los conejos y las gallinas? En los montes había cabras y jabalíes.

No. La bestia no buscaba sus conejos y sus gallinas. Buscaba lo que él más quería.

Se miró las manos sucias. Un semicírculo marcaba un mordisco en el antebrazo. Salió corriendo del corral.

El cuerpo del Rubio yacía sobre un costado con la garganta cortada de un mordisco brutal, el hocico ensangrentado y las patas heridas. Los ojos, los dos botones negros, sin brillo. La cadena seguía sujetándolo. Había sido una lucha desigual. Abrazó al perro muerto y se echó a llorar.

—No es justo, no es justo.

Algo en él quiso aullar, pero no se lo permitió.

Las heridas se le curaron muy pronto, como siempre. A los pocos días no quedaba rastro de ellas en su cuerpo, excepto una mordedura del Rubio en el antebrazo derecho, que dibujaba un arco intermitente. Esto y el montículo al lado de la caseta eran sus dos recuerdos del perro.

Dos días más tarde, al salir de la mina, Eugenio le hizo su pregunta habitual:

—¿Vamos al Heinz?

—No, hoy no.

—Pero si estará allí Anne. ¿No quieres verla? —dijo Rafael.

No.

Ella era la razón.

—Estoy cansado. Mañana.

Tampoco iría al día siguiente ni al otro. No volvería.

No volvería por el modo en que ella le sonreía al verlo entrar, por cómo le brillaban los ojos al mirarlo, por cómo lo obligaba a no bajar los suyos, por cómo lograba que se volviera para captarlo de nuevo, por cómo le hablaba y porque le daba la impresión de que, cuando se dirigía a él, conseguía entender el alemán.

No volvería por cuánto esperaba el momento de empujar la puerta del local para encontrarla, porque se le ensanchaba el rostro al sonreírle, porque le hacía tanto bien mantener la vista alta frente a ella.

No volvería porque el día anterior, al abrir la puerta, cuando se miraron, una vibración le recorrió el cuerpo, un zumbido que se intensificó hasta parecer el ronroneo de un gran gato. Entendió entonces dos cosas: que estaba enamorado y que la bestia se había dado cuenta.

No podía volver a verla.

Se metió en el barracón.

Como estaba solo, buscó la navaja de plata de su abuela. Seguía envuelta en el pañuelo en que se la había dado Vicente. «Llévatela. Igual conoces a alguien a quien llegas a querer». Se le escapó una risa amarga al imaginarse a sí mismo entregándosela a Anne y explicándole para qué podría necesitarla.

Eugenio volvió un poco antes que los demás al barracón y lo encontró tumbado en la litera.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Oye, ¿cómo se dice «lobo» en alemán?

—*Wolf*.

Eugenio se quedó esperando que la conversación siguiera, pero Joaquín permaneció mudo, con la vista clavada en la estructura metálica del somier de Beppe.

*Wolf*.

¡Maldito *wolf*! ¡Atrás! ¡No te muevas!

Había heredado el látigo del «no» de la abuela. No mires. No levantes la

cabeza. No rujas. No te enfrentes. No. No. No.

No te enamores.

No quieras a nadie. Recuerda de qué eres capaz.

El cuarto creciente era todavía una línea mínima.

—Joaquín, ¿en qué andas pensando? Que Beppe lleva media hora preguntándose si...

Una línea mínima, una sonrisa blanca y cruel.

A mediados de febrero llegó la noticia: una explosión de grisú en la mina Rossenray en Kamp-Lintfort, a unos cincuenta kilómetros de Essen. Dieciséis muertos.

Fue el tema omnipresente entre los mineros por el pertinaz esfuerzo que hicieron para no hablar de él. Incluso Eugenio, sindicalista defensor de la necesidad de hablar, sobre todo de la necesidad de dejar de callar, era partícipe de ese silencio más antiguo. No se mientan los accidentes antes de bajar al pozo. Tampoco al salir, pues habrá que bajar de nuevo un día tras otro. Y la desgracia solo está esperando la invitación para presentarse con su cara de rata aviesa.

Al día siguiente, en las portadas de la prensa, una larga, interminable palabra: *Schlagwetterexplosion*.

—¿Así se dice «explosión de grisú»? ¿Grisú se dice *Schlagwetter* en alemán? —le preguntó a Eugenio.

En el fondo daba lo mismo que contuviera cinco o doce letras, lo que contaba era lo que significaba, lo que hacía, lo que había hecho con los dieciséis compañeros, cuyos nombres y edades aparecían en el periódico que alguien había dejado sobre la mesa del barracón. Trabajadores entre los veintitrés y los cincuenta años. Joaquín se quedó con la mirada perdida en la página.

—¿Estás rezando? —le preguntó Eugenio al verlo ensimismado.

No. Estaba calculando. Calculando los días de vida. Contadas en días las vidas parecen más largas.

El día de Todos los Santos la abuela lo llevaba al cementerio del pueblo para dejar flores en el nicho del marido muerto.

El cementerio estaba en las afueras de Vistabella. El muro de piedra que lo encerraba tenía la doble responsabilidad de ser pared posterior de las hileras de nichos y de ocultarlas a la vista desde el exterior. Al llegar a los tres escalones de la puerta románica, la abuela lo tomaba de la mano, pasaban por

debajo del arco de piedra coronado por una cruz torcida y entraban juntos, desafiante ella, algo amedrentado él. Por lo bajo canturreaba la melodía que ese lugar parecía inspirarle. La abuela le dijo que era una nana, que ella la conocía y la había cantado. También a él. La miró. Involuntariamente le acababa de contar algo acerca de su padre. Prefirió no preguntar por qué sonaba en su cabeza en ese lugar.

Siempre iban muy temprano al cementerio, cuando había todavía poca gente y la abuela podía practicar con él el juego morboso de calcular las edades de los difuntos.

—A las mujeres nos gustan estas cosas.

1880-1946.

—Sesenta y seis años.

—Para la vida de miseria que llevó, ya está bien. Tuvo bastante.

1930-1955.

—Veinticinco años.

—No era edad para morir, pero el niño venía torcido y la comadrona, la tienes ahí, en la tercera fila, no pudo hacer nada.

1910-1937.

A la abuela no le dio tiempo.

—No, esos no.

El juego tenía una regla: con los muertos entre 1936 y 1939 no había matemáticas.

Con los bebés y los niños, en cambio, una doble exigencia, ya que tenía que calcular en días. Los había que no habían llegado a vivir y, aun así, un óvalo al lado del nombre de la criatura mostraba un rostro eternizado por un fotógrafo de muertos, con los ojos cerrados con fuerza. Para qué mirar.

La foto del abuelo, en cambio, lo mostraba cuando estaba vivo.

1888-1939.

—Lo del abuelo sí lo puedes calcular. Se murió de enfermedad, no de un tiro.

—Cincuenta y un años.

El hombre que dedicaba una sonrisa ladeada al fotógrafo tendría como mucho unos veinticinco.

—Era tres años más joven que yo. Hasta nos hacían bromas porque se supone que los hombres tienen que ser por lo menos de la misma edad que sus mujeres. «Así me dura más», decía yo.

En ese momento el rostro de la abuela tenía la misma edad que el hombre

de la foto.

—Ya ves, más de veinte años sola. Menos mal que te tengo a ti.

Limpiaban el nicho y dejaban las flores. Después la abuela se secaba los ojos con un pañuelo y le decía:

—¡Venga! Vamos a hacer los números de un par de buenas piezas.

Y lo arrastraba al nicho de algún vecino con el que se había llevado mal.

1876-1946.

—Setenta años.

—Y ni uno bueno. Este fue el que denunció al carpintero después de la guerra. Lo vinieron a buscar y nunca más se supo de él. Los huesos estarán en el fondo de algún barranco o escondidos en una cueva.

—¿Cómo lo sabe usted, abuela?

—Lo sé yo y lo saben todos, pero mientras callemos seguirá habiendo paz.

Salieron. Dejaban dentro mujeres arrodilladas convertidas en matorrales negros.

Unos hombres fumaban en el porche de la capilla contigua al cementerio, las cabezas cubiertas con boinas oscuras. Entre ellos el viejo que lo había llamado una vez «raposo». Giró la cara y se metió las manos en los bolsillos del pantalón al verlos pasar.

Un día la abuela le dijo que se sentía demasiado próxima a ser inquilina de un nicho y que a partir de ese año tenía que ir él solo.

—Si no me ve, igual se olvida de mí y me regala unos años más para cuidarte.

Estaba convencida de que la muerte en persona estaba sentada a horcajadas en la cruz de piedra frente a la entrada del cementerio y que desde allí pasaba lista para decidir quiénes volverían a entrar metidos en cajas. Tú. Tú también. Y tú. Y tú, venga.

Joaquín siguió yendo solo. Cortaba las flores de una maceta que la abuela cuidaba únicamente para ese menester. Remoloneaba por el camino, se entretenía con piedras, hojas caídas, haciendo equilibrios en los muros de los bancales. Llegaba al camino del cementerio y se incorporaba a la corriente de personas que, solas o en pequeños grupos, tenían su mismo destino. Ensimismado como era habitual en él, no hablaba con nadie ni prestaba atención a lo que otros dijeran. Tanto al entrar como al salir miraba la cruz, por más que supiera que allí no iba a ver nada. Esas cosas solo las veían su abuela y Vicente, que creía en fantasmas.

Sin ella, sus irreverentes matemáticas no le divertían, a pesar de que ya

estaba allí el viejo desdentado que lo había insultado.

En el cementerio ponía las flores, amarillas como sus ojos prohibidos, al lado de las que había depositado su familia unas horas antes.

Cada vez regresaba a casa compungido, porque no sabía si habría querido coincidir con sus padres o no.

No había sucedido nunca. Fuera de la escuela jamás se había encontrado con ellos cara a cara. Los había avistado en algún camino, tal vez los había vislumbrado en mercados y fiestas, le había parecido sentir su presencia en alguna calle. Era todo. Él no se atrevía a buscarlos y ellos lo evitaban.

A la vuelta oteaba el paisaje buscando rastros de los muertos ausentes. En las laderas de los ásperos montes que rodeaban Vistabella, las rocas y las sombras fingían cuevas que desaparecían en cuanto cambiaba la luz. Los árboles y matorrales ocultaban el fondo de las hondonadas. «Un hoyo y un poco de tierra bastan para que desaparezca un hombre», le había dicho la abuela. Profundas hendiduras y siniestros montículos se alternaban en los llanos del *pla*.

—¿Los han sacado? —preguntó Rafael.

—Solo hay cuatro supervivientes —leyó Eugenio en el diario.

—Pero ¿y a los muertos? ¿Los han sacado a todos?

A los dos muertos que hubo tras el derrumbe de otra mina, la Jacobi, en Bottrop, en el mes de agosto del año anterior todavía no los habían podido sacar.

—¡Qué más da! Tierra es tierra.

—No. Ahí no podrán descansar.

—Mira, con la de guerras que ha habido, raro tiene que ser el trozo de tierra en que no haya muertos enterrados. Y si juntas las epidemias, las hambrunas...

—¡Ángel! —le gritó Joaquín, al ver el rostro demudado de Rafael y la mirada aprensiva que dirigió al suelo del barracón.

—Está bien. Ya me callo. —Se tumbó en la litera, se tapó con las mantas y se puso a leer una de las novelitas del Oeste que se había traído después de las vacaciones de Navidad. Después de leerlas, las revendía a otros trabajadores. El movimiento del sempiterno palillo acompañaba el paso de las hojas.

Rafael no dormía. Por las noches se removía inquieto en el camastro. El cansancio le oscurecía los ojos. Al terminar la jornada, las ojeras se habían unido al hollín en una única capa sombría.

Eugenio aprovechaba cualquier ocasión para hablarles de la huelga de la minería en Asturias en la que había participado.

—... sin consignas. Cuando echaron a los compañeros por pedir un aumento de salario en la mina Nicolasa, al día siguiente siete picadores se negaron a bajar...

Rafael se pidió otra cerveza e invitó a una ronda a todos los que estaban jugando la partida.

—... y a los pocos días se había sumado casi la mina entera y después siguieron los compañeros de otras minas...

Ángel preguntó si alguien llevaba picadura para liar un cigarrillo.



—... y, como siempre, estaban los esquiroles, pero las mujeres los pusieron en evidencia. ¿Sabéis cómo? Esparcieron granos de maíz por el camino. Los esquiroles, que caminaban con la cabeza gacha por la vergüenza, lo entendían. Gallinas, gallinas. Sois unos gallinas.

Beppe hacía chocar con fuerza la sartén contra el fogón.

—... y muchos daban media vuelta sin más, a pesar de las amenazas de los policías y de los matones de la patronal.

La cuchara del italiano golpeaba imperativa las judías, que se negaban a ponerse en orden dentro de la sartén.

—... y la policía no se andaba con chiquitas con las mujeres. Las detenían, las rapaban, las maltrataban. A mi prima la dejaron sorda de un oído de una bofetada.

Rafael picaba con más fuerza para cubrirse los oídos de golpes de metal contra piedra.

—... porque allí la huelga está prohibida, no como aquí. Allí es un delito de lesa patria, de sedición...

—Eugenio, para —le dijo Ángel—. Que puede oír quien no toca. Y Borowski anda desde hace días con la mosca detrás de la oreja.

Joaquín callaba. Eugenio sabía tanto, se expresaba tan bien. Para él, que venía de los largos silencios de la vida en el *mas*, de la instrucción dictada en el colegio, poco había más admirable que las palabras hiladas sin titubeos, las frases que fluían, las ideas que se seguían unas a las otras como si ese fuera su lugar natural en un encadenamiento. A veces sentía también inquietud, intuía en sus palabras una amenaza latente, pero, como se encontraba oculta detrás de una historia en el pasado, no le veía la cara.

Salían hambrientos del turno de mañana.

A Eugenio le rugían las tripas, a Ángel el hambre lo ponía todavía de peor humor y Sandro había trasegado dos cervezas de la caja que le había comprado a Möller y se disponía a beberse la tercera.

—Hay que beber, glu, glu, glu —le había dicho al entregarle las botellas—. Beber, bueno, bueno. Glu, glu, glu.

—No nos hables como a tarados, Möller —le dijo Eugenio.

—¡Cómo estáis de exigentes últimamente! —respondió. Cuando creyó que la distancia era suficiente, añadió entre dientes—: Sería mejor que no aprendieseis a hablar.

Joaquín sí lo oyó.

—¿Qué has dicho?

Se volvió hacia donde estaba Möller y se quedó a pocos centímetros de él, cara a cara.

La aparición de otros compañeros recién duchados que querían comprarle cervezas y la llamada de Eugenio evitaron que llegasen a las manos. Möller lo miró asustado. En ese momento entendió por qué Borowski le concedía sin resistencia los turnos que pedía a ese minero rubio de ojos verdes. ¿Verdes?

—Vamos, Joaquín.

Eugenio lo arrastró con la voz. Había algo sólido y bien templado en ella que le confería poder de convicción.

—¡Cómo las gastas, chaval! —Ángel le dio unas palmadas en el hombro.

Entraban aún más hambrientos en el barracón, pero esperarían. Beppe había dicho que iba a cocinar.

—¡Qué gusa!

—Tengo hambre, hambre de...

—De lobo —dijo Eugenio, y fingió que se comía uno de sus guantes.

Tras el sobresalto inicial, Joaquín se echó a reír, lo que animó a Eugenio a seguir con la broma, mordisqueaba los dedos de cuero, pero de una manera afectada, como una señoritinga de sainete.

Joaquín se sentía tan seguro que podía participar en esa broma. Reírse

incluso de la maldición, a la que le había hecho una buena finta. Soltó una carcajada.

—Venga, que no hay para tanto. —Ángel seguía huraño.

Hacia frío en el barracón.

—¿Os he contado mi sueño? —dijo Eugenio mientras encendía la estufa.

—Eso no es un sueño —replicó Ángel—. Es una invención.

—¿Qué sueño? —preguntó Joaquín.

—Uno que tengo cuando estoy abajo, en el tajo. —Se sentó a la mesa.

De fondo, el trajín de Beppe. Sandro se había metido con él y con su caja de cerveza en la cocina.

—Que no le hagas caso, que no es un sueño. Los sueños vienen de noche y después te acuerdas de bien poca cosa. Y este es una quimera que se ha inventado.

Eugenio parecía dolido.

—Cuéntamelo —pidió Joaquín.

Ángel puso los ojos en blanco, sacó una cajetilla de Chesterfield, encendió un cigarrillo y se acodó a la mesa con expresión de hastío.

—Oye, nadie te obliga a quedarte —le dijo Eugenio.

—Claro. Y tengo que salir afuera a pelarme el culo de frío. Venga —golpeó el tablero de la mesa—, siéntate y cuenta el dichoso sueño.

—Bueno, pues un día todos los mineros nos pondremos a picar, excavaremos túneles que recorrerán el continente por debajo, un mundo subterráneo de galerías. Las habrá altas como catedrales, anchas como plazas, con paseos al lado de los ríos de aguas freáticas. Las vías recorrerán los túneles de ciudad en ciudad con vagonetas acolchadas y estaciones alicatadas como las de los metros, habrá un zoológico de topos, murciélagos y lombrices, habrá...

Joaquín construía a la par el mundo subterráneo de Eugenio túnel a túnel, lo recorría travesañ a travesañ sintiendo el traqueteo de la vagoneta, asombrado ante las maravillas de un mundo iluminado por candelabros hechos de cascos de mineros. Hasta que el arquitecto, el hacedor, llegó al final de su relato, su séptimo día, en el que tocaba contemplar la creación y descansar.

—Y cuando lo tengamos todo terminado, invitaremos a los patronos a visitarlo. Y cuando lo vean, les gustará tanto que querrán quedárselo y nos echarán. Entonces este —señaló a Rafael, que fumaba tumbado en la litera—, que es buen barrenero, echará una carga en la entrada y ¡boom! —Eugenio

dio un golpe en la mesa.

Joaquín saltó hacia atrás asustado. Casi tira la silla al suelo.

—¡Joder, Eugenio! Todo esto para mandarlo a la mierda. La próxima vez, que te escuche tu abuela.

Ángel se reía sosteniendo el cigarrillo entre los dientes.

—Pues cuando se hunda todo, ten cuidado, que no me rompas la moto — les llegó la voz de Rafael.

—¿Qué moto?

—La que me voy a comprar. Hasta que acabes la excavación seguro que me va a dar tiempo.

—Eso. Y a mí no me abolles el BMW —añadió Ángel.

Cada uno salvaba lo que pensaba poseer en ese momento, cada uno salvaba un fragmento de ese futuro que creía iba a ser el suyo.

Los otros tres lo miraban. ¿Y tú, qué vas a salvar tú? Reaccionó rápido.

—El Mercedes.

—Sí señor, a lo grande, Joaquín.

Mientras todos lo celebraban, lanzó una mirada de reojo a la maleta debajo de la cama. En su interior, dentro de una cajita de cartón, guardaba sus tres tesoros: el pasador de pelo con perlititas, el dibujo al carboncillo de su madre que le había hecho Vicente y la navaja de plata de la abuela. Sus tres objetos le hablaban de personas perdidas. Ahora se sumaba el nombre de Anne, sin que hubiera siquiera llegado a tener la oportunidad de acercársele. A pesar de ello, el dolor era intenso. Porque era reciente, se decía. Ya se me pasará. Lo que contaba era que estaba tranquilo, que tenía compañeros, que de nuevo había logrado el turno de noche durante el plenilunio.

Desde hacía varios días a Rafael le temblaban las manos, tanto que camino de la mina había arrojado al suelo el cigarrillo que no lograba encender.

—¡Puto viento!

Pero el aire cargado de lluvia era incapaz de moverse.

Entraban a las dos, después de comer. Beppe, siempre preocupado por la comida, se había fijado en que apenas había probado bocado.

—¿Por qué lo dices? ¿Quieres mi ración?

—No. Pero tienes que *mangiare* antes del *lavoro*.

—¡Métete en tus asuntos!

—Rafael —lo amonestó Eugenio—, así no se le habla a un compañero. Y menos si vais a bajar juntos.

Ahora, mientras se cambiaban, no pudo evitar fijarse en la delgadez del cuerpo de Rafael: la camiseta le quedaba grande y la camisa que se echó por encima era para su cuerpo de hacía dos o tres semanas. Desvió la mirada para que él no se diera cuenta de que lo había estado observando. Terminó de vestirse y se dirigió a la jaula. Rafael llegó el último. No lo apresuraron los gestos de impaciencia del encargado.

Bajaron.

Dos horas más tarde, mientras él y su grupo apuntalaban un túnel, distinguió unos gritos entre el estruendo de las máquinas y los golpes de los picadores.

Movió las orejas.

—¡Están aquí! ¡Están aquí! —decía la voz.

Sus compañeros no oían nada, pero cesaron su actividad al ver que él se quedaba muy quieto.

—¿Pasa algo?

Les indicó que lo siguieran. Corrieron por el túnel hasta llegar a una zona en la que otros compañeros ya formaban un corrillo alrededor de Rafael.

—¡Están ahí! —gritaba en español. Al ver a Joaquín le hizo gestos para que se acercara al lugar en el que había estado picando. Señalaba un punto en la pared con insistencia—. Ahí, ahí. ¿No lo oyes?

—No.

—Atiende.

Solo el sonido de los golpes de los compañeros que trabajaban en las galerías.

—¿Qué quieres que oiga?

—El raspado.

Joaquín pegó el oído a la pared. Rafael lo imitó, entornó los ojos, concentrado, y empezó a abrir y cerrar las manos rítmicamente.

—¿Lo oyes? Ris, ras, ris, ras. Están escarbando con las manos. Ris, ras, ris, ras. —El movimiento de sus dedos se aceleró al mismo tiempo que la voz—. Ris, ras, ris, ras. Se acercan, se acercan.

—¿Quiénes?

—Los compañeros sepultados. Están ahí, muy cerca. Ris, ras, ris, ras. —Se apartó de la pared y buscó el pico que había dejado tirado en el suelo. Lo cogió—. ¡Aguantad! ¡Voy a buscaros!

—¿Qué haces?

Rafael empezó a golpear frenéticamente la veta de carbón.

—No están muertos. Están ahí, escarbando. Se han perdido y han llegado hasta aquí. Están muy cerca. ¿No lo oyes? ¡Aguantad! —Se detuvo y gritó a todos los mineros que observaban la escena consternados—: ¡Venid! Tenéis que ayudarme, tenemos que sacarlos, no están muertos.

El efecto fue el contrario, todos los demás dieron un paso atrás; excepto Joaquín. Rafael se dirigió a él con los ojos desbordados de súplica y miedo.

—Tú sí los oyes, ¿verdad? Ris, ras, ris, ras. Están muy cerca, pero están muy cansados.

—No podemos hacer nada. Están muertos.

—¡Claro que sí! —Se volvió y levantó el pico, dispuesto a seguir.

Joaquín agarró la punta del pico y frenó el movimiento.

—¿Qué haces?

—Déjame escuchar. —Pegó de nuevo la oreja a la veta. La superficie rugosa le creó la aprensión de una uña arañándole la mejilla. Movié la cabeza como si estuviese atendiendo a una conversación.

Rafael se le acercó. El círculo de compañeros, al que se habían sumado varios más, también se estrechó. Los mineros seguían en silencio la escena. Las máquinas más cercanas se habían detenido. Llegaban el retumbo y las sacudidas de las otras galerías.

—Te has confundido, Rafael, no están arañando.

Su compañero lo miró con la boca abierta, expectante. Se apoyaba en el pico, cuya cabeza reposaba sobre el suelo, un ave bicéfala recién abatida. Joaquín se puso un dedo sobre los labios y fingió estar atento a lo que sonaba en el interior de la veta.

—Entonces, ¿qué hacen?

—Jugar a las cartas. Ven, acércate.

Rafael se acercó a la roca.

—Ris, sacan las cartas de la mano. Ras, las tiran sobre el tapete. Ris, sacan las cartas de la mano. Ras, las tiran sobre el tapete.

Rafael cerró los ojos. Movía la cabeza afirmando al ritmo de las palabras de Joaquín.

—Ris, las recogen.

—¿Y a qué juegan? —Un último brillo de sospecha.

—No lo sé. —Joaquín se encogió de hombros—. Es un juego alemán.

Rafael soltó el pico y se tapó la cara con las manos. Empezó a llorar. Joaquín lo abrazó.

En ese momento, Eugenio se abrió paso entre el corro de mineros. Lo acompañaba un capataz alemán.

—Vámonos arriba, Rafael —le dijo Eugenio. Lo desprendió del abrazo—. Acompáñanos, Joaquín.

A su paso, los otros compañeros le dirigieron a Rafael palabras de ánimo en varios idiomas.

—Estaba incubando una gripe y tenía mucha fiebre cuando bajó —trató de minimizar Eugenio lo sucedido ante Borowski—. Debería haberse quedado en el barracón, pero ya sabes que es un compañero muy cumplidor.

—Después de algo así nadie es el mismo —respondió.

—Tal vez —dijo Eugenio—. Tal vez sea otra persona, pero seguirá siendo un buen minero. Dale otra oportunidad.

El capataz dijo que se lo pensaría.

Rafael pasó una semana en una clínica. Cuando fueron a visitarlo, estrechó con ambas manos la de Joaquín.

—¡Jugando a las cartas! ¡Estás más loco que yo! —bromeó, para disimular su emoción.

—Lo hiciste muy bien, Joaquín —le dijo Eugenio al salir de la clínica—. ¿Cómo se te ocurrió?

—No lo sé. Me vino.

Porque ya había visto unos ojos así hacía muchos años.

Cuando Vicente regresó en primavera de su primer pastoreo en los pastos, era otro Vicente. Le habían cambiado los ojos. Los tenía llenos de miedo. Del terror de pasar las noches buscando en la oscuridad la fuente de los sonidos que lo rodeaban. Crujidos, golpes, gruñidos, bufidos, hociqueos, aullidos y ululares...

—Pero lo peor son las voces.

—¿Qué voces?

—Las que se oyen en los montes.

Hablaban sentados en los mismos escalones de la ermita del Calvario en que había quemado su cuaderno escolar. A sus pies, el pueblo aplastado, paredes blanqueadas por el sol ardiente de los veranos, tejas quebradas por el frío de los inviernos, calles tortuosas, llenas de piedras, siempre piedras, las voces guardadas intramuros. Vicente no lo miraba a la cara al hablar, sino que desviaba los ojos a un punto detrás de Joaquín, como si temiera que algo fuera a aparecer a su espalda.

—Voces que gritan. A veces muy cerca, como si estuvieran a unos pasos. Otras veces muy lejos.

—¿Y qué dicen? —preguntó Joaquín en un susurro.

—No lo sé. No las entiendo. A veces grito también y les preguntó qué quieren.

—¿Y qué dicen? —Bajó aún más la voz y se abrazó las rodillas.

—Entonces se callan.

—¿Qué crees que son?

—Son muertos, Ximo. Está lleno de muertos.

El miedo era la soledad absoluta en la oscuridad perfecta de los prados altos, rodeado de las voces de los que se perdieron en las rocas y no encontraban el camino de regreso. Y su amigo tampoco lo encontraría si no lograba arrancarlo de la tenaza del miedo. Decidió recurrir a unos depredadores cuya imagen causaba en el pueblo tanto miedo como antaño los lobos.

—Te equivocas, Vicente. Son maquis.

—¿Maquis? Pero ¿no los habían cazado a todos?

Desde que en el año 1945 los maquis habían quemado el cuartelillo de la Guardia Civil a la entrada de Vistabella eran un terror clavado en la mente de mucha gente del pueblo. Había algunos que, cuando el motor del autobús



amagaba con claudicar en alguna subida y pararse en plena ruta, le gritaban al conductor:

—¡No pare! ¡No pare, que hay maquis!

Montes rocosos, inhóspitos, bosques inaccesibles, una región casi despoblada, olvidada. Cuevas, cabañas de piedra, casas de campo desperdigadas y desprotegidas habían hecho del Maestrazgo uno de los últimos reductos de los guerrilleros.

—Son maquis.

—¿Maquis?

—Claro —respondió en un tono tajante que no admitía dudas—. ¿Por qué te crees que se callan cuando tú les preguntas? Porque están haciendo planes. ¿O te crees que te van a contar a ti lo que quieren hacer?

Vicente lo miró a los ojos. Eran solo verdes, no asomaba ni un mínimo fulgor amarillo. Tal vez lo creyó. Seguramente no lo hizo. Pero halló consuelo en el esfuerzo de su amigo.

—¡La madre que parió a esos maquis! —gritó desde lo alto del montecito.

Un perro ladró en la lejanía.

Notó por primera vez que lo seguían una noche gélida a finales de febrero. Los compañeros dormían, habían pasado la tarde en el bar de Heinz.

Rafael, tras unos días de reposo, se había vuelto a incorporar al grupo. Ángel, con su generosa hosquedad, se ofreció a sustituirlo si se sentía mal de nuevo.

—Si me pasa algo otra vez, me mandan a casa directamente. Me tienen echado el ojo. No os preocupéis. Estoy bien.

Había vuelto a la mina como un preso en libertad vigilada, convertido en el trabajador perfecto, incluso cuando Borowski dejó de observarlo. No hacía falta: se controlaba a sí mismo con la misma implacabilidad. Se había vuelto algo taciturno y a veces le temblaba el párpado derecho. En un par de ocasiones se había quedado mirando a Joaquín con una sonrisa melancólica:

—Jugando a las cartas. Realmente estás peor que yo. —Después le daba un abrazo—. Gracias, compañero.

Hacían juntos el camino a la mina. Con Joaquín, Rafael parecía recobrar su antigua jovialidad. Le hablaba de su familia, de sus planes en cuanto volviese a España. Joaquín, acostumbrado a ser reservado, era un buen oyente.

A la vuelta él regresaba al barracón o se marchaba a pasear por la ciudad. Rafael era discreto, pero los otros insistían en preguntarle por qué no los acompañaba al bar. Cada uno había aventurado una teoría, todas tenían que ver de un modo u otro con Anne. Si ella había preguntado alguna vez por él no lo sabía. Tampoco sabía qué respuesta habría preferido oír.

Manténían sus rutinas. De la mina al bar, del bar al barracón, del barracón a la mina. Pero ahora había dos insomnes en el barracón.

Antes de salir a dar sus paseos nocturnos, Joaquín percibía solo cuatro respiraciones tranquilas. Rafael, que dormía en la litera debajo de Eugenio, permanecía muy quieto en la cama, como si se fingiera dormido incluso para sí mismo. Sin embargo, Joaquín sentía su mirada mientras se vestía para salir. Aunque inmóvil, lo delataba el sonido de tragar saliva en el conato de preguntarle adónde iba a esa hora; después parecía recordar que estaba dormido y se quedaba callado. No se imaginaba que Joaquín podía ver el

resplandor blanco con que sus ojos lo seguían por el barracón.

La primera noche en que oyó los pasos caminaba por un barrio de trabajadores; las calles estaban desiertas. La luz exigua de las farolas recibía de vez en cuando el refuerzo de alguna ventana todavía iluminada. Seguía asombrándole la desvergonzada franqueza de esos rectángulos desnudos, sin cortinas ni persianas.

—Es porque son protestantes —le había explicado Eugenio.

No entendió qué tenía que ver una cosa con la otra, pero viniendo de su compañero, dio la información por buena.

Esa noche paseaba sin rumbo; a veces se dejaba llevar por el olor proveniente del interior de una panadería o por la atracción de una luz al encenderse o una voz en alguna esquina.

De pronto notó que no estaba solo, percibió unos pasos detrás de él. Aguzó el oído sin detenerse: alguien lo seguía a una manzana de distancia.

El primer impulso, instintivo, había sido volverse de golpe y abalanzarse sobre su perseguidor, pero no lo hizo. Había algo en el sonido de los pasos que atenuaba la amenaza latente. Ralentizó un poco la marcha. Los pasos lo hicieron también. No querían, pues, alcanzarlo. Prestó más atención. El sonido era blando, mullido, como si se tratase de un enorme gato. No. Eran pies, no patas. Llevaba zapatos, pero tan sigilosos...

Se dejó seguir y se sintió extrañamente leve, como si los pasos ajenos hicieran más fáciles los suyos, como si lo aligeraran del peso de su propio cuerpo. Lo recorrió una oleada de calor, la sangre circulaba de nuevo por sus manos y pies ateridos, las mejillas le ardían. Resistió la tentación de volverse. No quería arriesgarse a perderlo. Así que siguió andando como había hecho tantas otras noches.

A pocas calles de los barracones los pasos se detuvieron un momento y después se alejaron. Joaquín continuó caminando atento al sonido rítmico, hasta que se dio cuenta de que ya no los oía, sino que los estaba evocando.

Los pasos reaparecieron tres noches después de que el turno de noche durante el plenilunio interrumpiera sus paseos.

Reanudó sus paseos con el temor de que la sombra, desconcertada o molesta por su ausencia, lo hubiera abandonado. Pero no, allí estaban los pasos leves y constantes tras él.

Noche a noche se volvían más osados, se acercaban un poco más y recorrían con él distancias más largas. Se internaban incluso en el bosque. Le asombraba el poco ruido que producía su perseguidor, cómo se movía con agilidad entre los matorrales, sin rozarlos apenas. No sabía quién o qué era, pero tenía dos certezas: «Si fuera un lobo, lo notaría»; «Si me quisiera mal, ya me habría atacado».

Las noches en las que los pasos lo seguían dormía bien. Si no, al despertarse, aunque no recordara qué había soñado, sabía que habían vuelto a visitarlo las antiguas pesadillas. Cuando faltaban varios días seguidos, le flaqueaban las fuerzas, la lluvia era más fría, las calles estaban más sucias, el barracón parecía más pequeño, el alemán resultaba más incompresible. ¿Qué podría hacer para conservar a la sombra? ¿Qué debía evitar para no perderla? Variaba las calles para que no se aburriera, pero procuraba que no se perdiera en alguna bifurcación; escogía los parajes más hermosos en el bosque, ni demasiado oscuros ni demasiado difíciles. Hacía pausas para que no se cansara. Ya no había hielo en las calles, se anunciaba la primavera. Solo de día, pues por las noches seguía haciendo mucho frío. A su perseguidor nunca pareció molestarle, pero le evitó las calles sucias o enfangadas.

La sombra se lo recompensó y, en las últimas semanas antes de que Joaquín averiguara de quién eran los pies que lo seguían, lo acompañó casi cada noche. Resistió la tentación de volverse. No necesitaba citas bíblicas ni mitos griegos para saber que no debía hacerlo. Simplemente lo sabía.

### III

*Y dicen que el pretendiente se marchó de viaje.  
Y ella conoció a un chico del pueblo.  
Y se casó con él. Que se hizo buhonero como el suegro y tuvieron dos hijos.  
Y pasaron los años y el pretendiente regresó.  
Y todos creyeron que habría olvidado a ese antiguo amor.  
Pero no era así.  
—¿Te quedan rosquillas?  
—Espera, que voy a mirar. Creo que no.*

*Y una noche de verano y luna llena llegó al pueblo.  
Y nadie lo vio.  
Y dejó el coche negro aparcado en la entrada del pueblo.  
Y nadie lo oyó llegar.  
Y era una noche muy calurosa.  
Y el marido no estaba.  
Y la mujer había dejado el balcón abierto.  
Y la bestia saltó al balcón y entró en la casa.  
Y se metió en el dormitorio.  
—¿No ha llegado carta para mí?  
—Esta mañana no venía la saca de Correos en el autobús.*

*Al lado dormían los otros dos hijos, pobrecitos.  
La bestia se abalanzó sobre la mujer, pobrecita.  
Gritos y llamadas de socorro, pobrecitos.  
Llantos de los niños, pobrecitos.  
Despertaron a los vecinos, cobardes.  
Cerraron las ventanas, cobardes.  
—Ave María Purísima.*

*La bestia era rubia, era grande.  
Ella, la fuerte y altiva, se quebró.*

*La bestia la quebró.  
Dejó de salir de casa.  
Dejó de cantar.  
Se vistió de negro.  
Meses más tarde tuvo un hijo varón.  
De ojos verdes.  
Como los de la bestia.  
Rubio.  
Como la bestia.  
La maldición se había cumplido.  
Por eso tuvo que abandonarlo.  
Lo sacó de casa.  
Se lo llevó a la abuela.  
—Vergüenza.  
—Oprobio.*

Beppe, cuyos movimientos de ardilla no lograban ocultar la melancolía que lo embargaba, cocinaba con frecuencia para todos. Los colchones habían absorbido con fruición los olores que emanaban de la cocinilla. Cuando se tumbaba en la cama, el finísimo olfato de Joaquín se entretenía identificando los ingredientes favoritos del italiano: ajo, cebolla, tomates, pimientos, hierbas que nunca antes había probado, como el orégano.

—Tendrías que dejar la mina y *aprire* un restaurante —le había dicho Ángel en la mezcla de italiano y español que hablaban en el barracón. Por la vehemencia con que Beppe rechazó la idea entendieron que ese era precisamente su sueño.

Tumbado boca arriba en la cama, Joaquín olisqueaba con placer el guiso que Beppe preparaba canturreando una melodía monótona al ritmo de la cuchara de palo. Ángel, Rafael y Sandro jugaban a las cartas en la mesa de formica. Eugenio se había sentado a horcajadas en una silla; el respaldo hacía de púlpito para su cuerpo de predicador fatigado. Al ritmo del movimiento de la partida, se quejaba de las pésimas condiciones de trabajo y de vivienda que soportaban desde hacía meses.

Los italianos también habían sido mineros en su país, pero no estaban en el sindicato. Sin apartar la vista de su guiso, Beppe le recriminaba:

—Eugenio, *lascia* a los chicos *giocare* tranquilos.

—Ese es el problema, que aquí estamos jugando a las cartas tranquilos mientras nos hacen trabajar como animales y los patronos nos tratan como si lo fuéramos.

—Bueno, pero...

—¿Pero qué? ¿Acaso no vivimos en barracones que parecen establos? ¿No nos llevan arriba y abajo como al ganado? Y después, cuando ya no nos necesiten, patada en el culo y a casa.

—Bueno, yo, de todos modos, en algún momento me vuelvo a casa —dijo Rafael distraído—. Mientras tanto, haya paz.

—¿Veis? Por eso pueden hacer con nosotros lo que les plazca, porque no nos defendemos, porque somos como borregos.

—Oye, no faltes —replicó Ángel.

—Es que, si no nos movemos, no va a cambiar nada. Seguiremos viviendo en estos agujeros inmundos.

La partida seguía su curso, pero los jugadores ya no estaban tan atentos al juego. Entonces Eugenio añadió:

—¿Sabéis para qué usaban antes estos barracones? ¿Queréis saberlo? Para encerrar prisioneros de guerra que hacían trabajos forzados. Y ahora nos meten a nosotros.

—Por lo menos no pasamos frío —dijo Rafael.

—Rafael, no te enfades por lo que te voy a decir ahora...

—Así es como empiezan las peores discusiones. —Ángel se encendió un cigarrillo y ofreció a los demás.

Eugenio esperó a que sus compañeros hubieran dado un par de caladas antes de seguir:

—Tú nunca te quejas, Rafael. Eso no es bueno. Eres sufrido, paciente y noble. —Hizo una pausa—. También lo son los mulos, que, con toda su fortaleza, no dejan de ser bestias de carga, esclavos.

—Hombre... yo...

—Así nos quieren aquí. Así nos quieren también en España. Obedientes y girando divisas para que no se note tanto la miseria en casa. Y míranos. ¿A ti te gustaría que te vieran tus padres viviendo de esta guisa, en un barracón con otros cinco tíos, aguantando ronquidos, olor a pies y pedos?

Beppe dejó de remover la sartén y recorrió el cuarto con la mirada. Rafael, en cambio, tenía la vista clavada en las cartas que sostenía aún en las manos, a pesar de que la partida llevaba un rato detenida.

—A mí lo que de verdad me molesta —dijo finalmente— es que nos paguen menos que a los alemanes por hacer el mismo trabajo. —Juntó las cartas y las dejó bocarriba sobre la mesa.

Sin hacer caso de la conversación, que en los últimos días se repetía con leves variaciones, Joaquín se adormiló en la cama. Tal vez llegó a oír la primera vez que sonó la palabra «huelga», pero no las repeticiones.

Lo despertó un rato más tarde Beppe, que al pie de la litera le decía que la comida estaba a punto. Vio un brillo nuevo en los ojos del siciliano. No le dio importancia y la exquisitez de la comida y los halagos que Beppe recibió por parte de los compañeros le dieron una interpretación errónea.

Faltaban menos de dos semanas para la luna llena.



—¡Huelga!

—¡Huelga!

—¡Huelga!

Con estos gritos entraron los compañeros en el barracón al día siguiente.

—Pero... —Joaquín se sentó de un salto de la litera.

—Pero ¿qué? —Ángel se quitó el abrigo con brusquedad, como si se preparase para una pelea.

—Pero nos van a echar a todos —balbuceó.

Eugenio se le acercó.

—No. La huelga es un derecho de los trabajadores.

—Si no estuvieses siempre dormitando, te habrías enterado —añadió Ángel, sarcástico.

—Déjalo en paz, que duerme mal —terció Rafael.

—Eres un buen minero, Joaquín. —Eugenio cogió una de las sillas y se sentó a horcajadas de cara a la litera—. Excelente. Y se nota que el trabajo te gusta. Pero supongo que eres también consciente de que nuestras condiciones laborales no son dignas, ni por lo que se refiere a los sueldos, ni a la seguridad en los pozos ni al alojamiento que se ofrece a los trabajadores extranjeros.

La voz de Eugenio, persuasiva, el tono vehemente, el aplomo de las palabras trataban de envolverlo. Pero despertaron la voz que llevaba días sin sonar en su cabeza. «Ten cuidado, Joaquín». Se sacudió de encima las palabras de Eugenio como un perro el agua del pelaje.

—Pero si estamos aquí solo por un tiempo. Todos nos vamos a ir tarde o temprano.

«¿Adónde, Joaquín, adónde se supone que te vas a marchar? ¿Adónde vas si te quitan esto?».

—¿Y tú crees que la temporalidad justifica la desigualdad de sueldos?

—No, pero...

—¿Tú crees que nuestro trabajo es menos valioso porque no somos alemanes?

—No, pero...

—¿Tú crees que somos menos?

—No, pero...

—¿Tú crees que no nos merecemos una vivienda digna y poder vivir con nuestras familias?

—No, pero...

—¿Tú crees que es justo que estemos hacinados en estos barracones inmundos?

No dijo nada.

—¿De verdad crees que nos merecemos esto? —Abarcó el barracón con un movimiento del brazo.

Joaquín lo siguió con la vista. Tabiques endebles manchados de humedad, literas estrechas y chirriantes, de cuyas barandillas colgaba la ropa de los compañeros, armarios descascarillados, las fotos torcidas de Elvis y Johnny Hallyday, un suelo de cemento condenado a la suciedad perpetua. No era ni una madriguera: era una triste chabola.

—Igual le gusta vivir aquí —dijo Ángel.

—Oye, no podemos saber en qué condiciones ha tenido que vivir una persona antes de llegar aquí —replicó Rafael.

—Ya me imagino que no era millonario en su pueblo...

—Deja de agobiarlo, Ángel —insistió Rafael.

—Míralo, el abogado de pleitos pobres —se burló Ángel.

Joaquín se levantó de un salto y salió del barracón sin coger siquiera el abrigo.

Afuera, en su cabeza resonó el recuerdo de su voz de niño: «No soy un raposo». Y rugió de rabia mientras se alejaba del barracón.

En las calles del asentamiento vio corrillos de hombres discutiendo, vahos acalorados mezclados con humo de cigarrillos. Sí, la mecha de la huelga había prendido.

La asamblea se celebró una semana más tarde. Los trabajadores extranjeros exigían igualdad de condiciones; los alemanes, mejoras en la seguridad de un pozo viejo y descuidado.

En la asamblea, uno de los representantes del sindicato explicó que la respuesta de la patronal era que ellos producían carbón, no seguridad. Tras el clamor de indignación que siguió, la mayoría de los compañeros alemanes votaron a favor. Empezaba la huelga.

Co-bar-de-ga-lli-na.

Crujía bajo sus pies.

Co-bar-de-ga-lli-na.

Crujía bajo sus pies y no era amarillo.

No habían encontrado maíz en Alemania.

Co-bar-de-ga-lli-na.

El sonido de los granos de avena esparcidos por el suelo al reventar bajo los zapatos en el camino que tenían que recorrer los esquirols.

Co-bar-de-ga-lli-na.

Cada paso un insulto que ascendía por los pies. Los huesos eran buenos transmisores de mensajes; a la vez sostenían un cuerpo cada vez más humillado por la vergüenza y los insultos de los mineros en huelga. En el colegio los habían aprendido con una cantinela mientras contemplaban fascinados la lámina de un esqueleto sonriente: «Las falanges, los cinco del metatarso, los siete del tarso son los huesos del pie. Después, la tibia y el peroné...».

Co-bar-de-ga-lli-na.

Arriba, ya muy arriba, diminutos e indefensos, los huesecillos con nombres obreros, martillo, yunque y estribo, oprimidos entre los insultos que entraban por los oídos y los que subían, hueso a hueso, a cada paso.

«No soy un gallina».

«No soy un raposo».

Dos pasos más y abandonó la fila cabizbaja. Un policía trató de devolverlo a la marcha, pero desistió al ver la resolución en su mirada. Tal vez incluso el brillo amarillo: la bestia empezaba a hacerse notar. Los compañeros huelguistas lo recibieron con vítores y aplausos. Más aún cuando su ejemplo arrancó a otros cinco mineros y poco después otros tantos se unían a ellos. Pasó de esquirol a héroe en segundos.

Poco después se unió a un grupo que bloqueaba uno de los accesos a la mina. Una foto en la prensa los captó sentados, con los brazos apoyados en las rodillas mirando hacia el mismo punto como si estuvieran en formación.

Había rostros cansados, de veteranos con muchas horas de mina en los huesos y en los pulmones; los había asustados, temerosos de que su acción en Alemania llegara a las autoridades de su país; o los rostros de los más jóvenes, que vivían a la vez su primera huelga y su primera gran aventura. Había también algunos que sonreían en un acto reflejo al ver la cámara. Airados, esperanzados, escépticos, resueltos. Y, entre todos ellos, uno que parecía ausente, una mirada perdida.

Así lo captó la cámara del fotógrafo de prensa.

Lo que no pudo aprehender fue el rugido sordo que vibraba por todo el cuerpo de ese minero de ojos verdes. Las voces, las consignas, los cánticos lo cubrían, y a la vez se dejaban llevar por ese sonido gutural, como las voces de un coro se apoyan en el bajo. La vibración se extendía entre los compañeros que lo rodeaban, crecía en círculos concéntricos agitando el aire. Nadie sabía por qué, pero en ese grupo de mineros se palpaba otra rabia. Los gritos, fueran en la lengua que fueran, sonaban mucho más amenazadores.

Los representantes de la patronal evitaron acercarse por allí.

Sentado entre sus compañeros, Joaquín rugía sin abrir la boca, cada día más cerca de la bestia.

La transformación era inminente, tenía que esconderse.

Se adentró en lo más profundo del bosque; nunca había llegado tan lejos en la espesura. Dejaba a su paso un silencio temeroso en el que solo se oía el ruido de las ramas que apartaba y su propio resuello fatigado. Se detuvo cuando los dolores fueron tan intensos que le cortaban la respiración. Se desvistió. «Todavía soy yo», repetía con cada prenda de ropa que se quitaba. Había cogido su pañuelo fardero. Envolvió en él la ropa, lo anudó y lo ató con una cuerda, con la que colgó el hatillo de una rama para que ningún animal se lo llevara o lo rompiera. Después, tiritando desnudo, se sentó al pie de un árbol hasta que lo alcanzó el primer rayo de luna.

El resto era un recuerdo vago, los dolores de la transformación, las sombras en el bosque, el acre olor del miedo de los animales que percibían su presencia.

Lo despertó el frío al día siguiente. Notó el sabor de sangre en la boca; llevaba meses sin probarla. Sintió náuseas y placer a la vez. En cuanto se incorporó, le quedó solo el asco. Y el desconcierto al no ver ningún animal muerto a su lado. Encontró un pequeño cauce de agua y se lavó. Le costó encontrar el lugar en el que había escondido la ropa. Se había alejado bastante. Pero lo que más le preocupaba era no encontrar rastro de la víctima de la bestia. ¿Y si...? No se atrevió a terminar la frase. Echó a correr. La sombra del Rubio, dócil y triste, lo siguió hasta que salió del bosque.

Pasó las primeras casas de la ciudad. La vista al frente, atisbaba fragmentos de los movimientos de las personas con las que se cruzaba, una mujer dando un paso para cruzar la calle, un hombre agachado para levantar la persiana de su negocio, una muchacha poniendo el pie en un pedal para subirse a la bicicleta. Los dejaba atrás como fotos de una vida cotidiana que se le escapaba, que temía perder si... «No lo digas. No lo digas». Como los niños, se refugió en el último bastión, la creencia en que lo que no se enuncia no sucede. Los pulmones le ardían, pero no paró hasta llegar al local de Heinz.

Se apoyó en la puerta. Le temblaban las piernas, no solo por el cansancio. Se acercó y pegó el oído a la hoja. Del interior llegaban conversaciones

matinales. Y allí estaba, su voz grave. Anne hablaba con su hermana. Dio una palmada de alegría. No pudo resistirlo y abrió la puerta unos centímetros. Olor a comida, a tabaco, a cerveza. ¿Olor a jabón de lavanda? Y también, seguramente procedente de los lavabos, un penetrante olor a cloro que lo transportó al cuarto de la bestia en el *mas*, a los cubos de agua con lejía que acarrea la abuela. Cerró la puerta justo cuando Anne entró en su campo de visión. Ágil, llevaba ya puesta la sempiterna bata blanca de la que asomaban las mangas de una blusa amarilla. ¿Lo habría visto? Quizás. ¿Habría intuido su presencia? No, eso no. Esas cosas solo pasaban en los cuentos de hadas y en las novelitas de amor.

Ya sin prisas, se encaminó hacia la mina.

Al lado de la valla metálica que cerraba el complejo minero distinguió las siluetas de dos hombres. Se acercó. Uno era Ángel; al otro no lo conocía. No necesitó ver la cara de Ángel. El brazo del otro compañero, la mano en la espalda, los golpecitos, Ángel estaba llorando.

—¿Qué ha pasado?

Ángel se volvió al oír su voz. Parpadeaba como si acabara de salir de la mina. Le costó un gran esfuerzo articular solo tres palabras.

—Rafael ha muerto.

Más no pudo decir. Bajó la cabeza y se alejó llorando en silencio. El otro minero no le podía decir apenas nada: era turco y compartían escasas palabras.

Buscó a otros compañeros de la mina. La mayoría estaban reunidos delante de la entrada principal. Hablaban en voz baja en grupos cerrados. Rostros cansados, caras sin afeitarse.

—¿Cómo ha sido? —preguntó a un compañero español.

—Lo atropelló un tren. En la estación de mercancías.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche, ha dicho la policía.

¿Qué hacía Rafael allí? ¿Qué hacía allí por la noche?

Nadie se lo explicaba.

Tampoco los compañeros en el barracón. A esa hora debería haber estado durmiendo; al día siguiente estaba previsto que formara parte de un piquete apostado en uno de los accesos de la mina.

—Yo lo vi marcharse hacia las seis —dijo alguien.

—Me dijo que se tomaba una cañita en el Heinz y después a dormir —comentó otro.

Pero al bar de Heinz no llegó, como averiguó la policía. Ni allí ni por los alrededores lo había visto nadie.

—Pero ¿qué hacía en la estación?

El maquinista del tren declaró que el hombre surgió de entre las sombras, que corría como si lo persiguieran y que cruzó entre unos vagones estacionados sin darse cuenta de que un tren se movía por la vía. El maquinista explicó a la policía que frenó en cuanto lo vio, pero que el hombre más bien se le echó encima. Miraba hacia atrás, hacia lo que fuera que lo perseguía, y no se percató de la máquina hasta que sintió el choque.

Se llevaron a Rafael en una ambulancia, aunque ya estaba muerto.

Había muerto en el acto. La máquina lo arrastró varios metros, pero lo mató el primer golpe.

—Por lo menos no sufrió —dijo alguien.

Sí sufrió.

Porque al examinar el cuerpo la policía descubrió heridas que no habían sido causadas por el tren. Eran marcas de mordiscos en los brazos y en las pantorrillas.

—Lo han dicho en la radio.

Vagó varias horas aturdido, hasta que los pasos lo llevaron al barracón.

Eugenio y Beppe estaban sentados a la mesa delante de dos platos de comida fría. Ángel era un bulto horizontal que les daba la espalda en la litera.

—Pasa, Joaquín. ¿Quieres comer algo?

Negó con la cabeza.

—Hay que comer. Después volvemos al piquete. Ahora, más que nunca, tenemos que plantar cara.

Él balbució algo. No se atrevía a decir que ya había comido, aunque solo él supiera lo que esa frase realmente significaba.

Al oír su voz, Ángel se dio la vuelta. Tenía los ojos hundidos, las mejillas cubiertas por una sombra oscura. Los fue observando uno por uno, como si necesitara tiempo para reconocerlos. Al llegar a Joaquín se incorporó en el colchón y lo miró con fiereza.

—¿Dónde estabas tú esta noche? ¿Eh? ¿Dónde te has metido?

No tenía respuesta.

Ángel arrojó a un lado la ropa de cama.

—¿Dónde estabas?

Se levantó de un salto con la intención de abalanzarse sobre Joaquín. Eugenio reaccionó raudo y lo frenó poniéndole la mano en el pecho.

—No te metas, Eugenio.

Pero no apartó la mano.

—¿Dónde estabas? ¿No tienes nada que decir? ¿O es que tienes algo que callar?

Quiso hablar, pero Eugenio lo impidió con la mirada. Ángel les dio la espalda y se dejó caer de nuevo en la litera. Eugenio empujó a Joaquín hacia fuera. Salieron.

—Ángel está muy afectado. No sabe lo que dice.

—Pero es que yo...

—No tienes que darme explicaciones.

Ante el intento de réplica, Eugenio le puso las manos sobre los hombros y le dijo muy lentamente, casi silabeando:



—A mí no tienes que darme explicaciones. Ahora me vuelvo adentro a ver si puedo calmarlo un poco.

Se metió de nuevo en el barracón y cerró la puerta.

Joaquín permaneció un rato parado allí. Captaba las voces del interior. Si hubiera querido, habría podido entender todas sus palabras, pero prefirió orientar sus orejas hacia otro lado, hacia una conversación entre dos hombres en otro barracón, voces claras si bien incomprensibles. ¿Turcos? Caminó hacia el centro. Las nubes bajas y pesadas amenazaban con dejarse caer sobre la ciudad. La gente caminaba encogida, como si las calles grises fuesen galerías de una enorme mina bañada en una luz blancuzca. Las nubes pronto dejarían caer su carga. Gotas grises, tiznadas de hollín.

Tras muchas semanas de ausencia regresó al único lugar que le quedaba, el bar de Heinz.

Era extraño entrar allí sin los compañeros. El local estaba vacío; ni siquiera había alguien detrás del mostrador, aunque se oían sonidos en la cocina. Se sentó en uno de los bancos al lado de la ventana, desde donde veía pasar a los escasos transeúntes.

Miró las vetas de la madera de la mesa, los arañazos y cortes de años de platos, vasos, tenedores y cuchillos. Siguió una de las líneas con el dedo. Se vio a sí mismo persiguiendo a su compañero en la noche, acosándolo entre los vagones de la estación de mercancías. Sintió en la mandíbula a la bestia abriendo las fauces y clavando los dientes en las piernas, en los brazos, en el cuerpo de Rafael. Notó entonces cómo le ardían las dos cicatrices que le marcaban el cuerpo, las que le había dejado el perro negro que hizo salir a la bestia, el mordisco del Rubio en el antebrazo. También su frente ardía.

No se quitaba de la cabeza las palabras de Eugenio. Las murmuró con la esperanza de que al escucharlas se le abriera el significado de lo dicho.

—A mí no tienes que darme explicaciones.

—¿Hablas solo?

No había oídos sus pasos. Anne había salido de la cocina y, de pronto, estaba de pie al lado de la mesa y lo miraba, mientras se secaba las manos, más nerviosas que húmedas, en el delantal.

—¿Hablas solo?

Enrojeció y tartamudeó sílabas inconexas. Aun así, ella pareció entender que sí y que no, justo lo que él quiso decirle.

—¿Quieres algo? ¿Te pongo una cerveza?

Se metió detrás de la barra y tiró una cerveza apresurada, sin la precisión habitual. Se la sirvió con una disculpa y se sentó frente a él.

—¿Cómo están las cosas en la mina?

La voz de Anne le llegó lejana. Tenía mucha sed, una sed acuciante de pez disecado. Tenía también mucho calor. Sintió un alivio doble al agarrar el asa fría de la jarra de cerveza. Se la bebió con prisa antes de responder:

—Mal.

—¿Y tú?

—Muy mal.

¿Qué le podía decir con sus pocos conocimientos de la lengua? Estaba aturdido.

—¿Por Rafael?

El «sí» salió tan reseco de su boca que ella se levantó para llenarle la jarra de nuevo. Antes de beber, él se pasó la jarra por la frente. Los ojos le ardían.

Se miraban con los labios entreabiertos, buscando ambos la primera palabra con que empezar, como quien revuelve en la caja de herramientas que dejó desordenada.

¿Cómo contarle que la noche en que murió Rafael él se había internado en lo más profundo del bosque para convertirse allí en lobo? ¿Cómo le iba describir lo que era despertar sin saber si la sangre seca que le cubría la cara, el pecho y los brazos desnudos era de Rafael? ¿Cómo le decía a la mujer de la que estaba secretamente enamorado que tal vez él fuera el animal que azuzó a un compañero hasta el tren, hasta la muerte? ¿Cómo le iba a contar nada de todo esto, cuando ni siquiera tenían un lenguaje común? Cuando no sabía si

sus conversaciones eran reales o imaginadas por el deseo de hablarse. Y, sin embargo.

Entendió que ella le preguntaba si había sido él quien esa mañana había entreabierto la puerta pero después se había marchado sin entrar.

—Sí. Era yo.

Entendió que le preguntaba por qué no había vuelto al local durante tanto tiempo.

—Tenía cosas que hacer.

Entendió que le respondía que no lo creía, que había sonsacado a Eugenio y este le había contado que se quedaba en el barracón.

—Tenía cosas que hacer en el barracón.

Entendió que quería saber si era por su culpa que no hubiese vuelto por allí.

—No. Es por mi culpa.

Entendió que le preguntaba por qué decía eso.

Aunque le pesaban los párpados, la miró a los ojos. Y, por más que quisiera hacerlo, no podía volver a bajar la vista: ella lo obligaba a seguir mirándola mientras le preguntaba de nuevo por qué había dicho tal cosa. Entonces habló.

Le habló de un padre que una mañana de invierno salía de casa con un hijo en brazos para abandonarlo; que la madre lo repudiaba porque estaba maldito. Le habló del camino al *mas* y de las miradas de la gente mientras el hombre lo sacaba de la casa y del pueblo. Le habló de la abuela, de Vicente, de sus hermanos huidizos, de su madre invisible, de una noche aciaga. No le habló de María; solo del perro negro. Le habló de su soledad y de sus encierros.

O lo intentó, porque la fiebre que le entumecía la mente le llenaba la boca de piedras. Tenía que sacar las frases a golpes, y sentía que solo pronunciaba sustantivos desnudos.

—Bosque —se oyó decir.

Ella lo escuchaba muy atenta, con los ojos castaños brillantes, contagiados de la excitación con que hablaba Joaquín. A veces repetía alguna de sus palabras en alemán.

—*Wald*.

—Luna.

—*Mond*.

—Luna llena.

—*Vollmond*.

—Lobo.

—Lobo.

—Vosotros decís *wolf*.

—*Wolf*—repitió ella.

—Eso, *wolf*.

—Yo, Joaquín, hombre y *wolf*. Hombre *wolf*.

Aguardó expectante su reacción, con la cabeza baja, porque temía que la bestia se asomara a verla. Esperaba que Anne tal vez estallara en una carcajada o que se enfadara porque creyera que era víctima de una broma. Anne le cogió entonces las manos.

—Joaquín hombre y lobo.

Asustado, intentó apartarlas, pero ella se las sujetó con fuerza.

—Tranquilo —le dijo—. Ven.

Se levantó tambaleante, se arrodilló junto a ella y apoyó la cabeza en su regazo. Ella empezó a acariciarle el corto pelo rubio.

Un ruido en el piso de arriba los sobresaltó: alguien bajaba la escalera. Él se levantó de un salto y salió corriendo del bar.

Cuando Heinz llegó al bar desperezándose de la siesta, vio a Anne enjugando una jarra. No advirtió el extraño brillo en sus ojos.

Se sentía cada vez peor. A pesar de que allí le esperaba la mirada acusadora de Ángel, regresaría al barracón. Solo quería dormir un poco. Después afrontaría lo sucedido y aceptaría el castigo, aunque se preguntaba a quién se castigaba. No había sido él, Joaquín, sino la bestia, y no creía que la bestia sintiera culpa alguna por lo sucedido. Los lobos cazan y matan. Es su naturaleza. No tienen elección. Como tampoco la había tenido él al ser objeto de una maldición.

Un escalofrío le recorrió el espinazo cuando dobló la esquina y distinguió a lo lejos el parpadeo de una luz azul.

Un coche de la policía estaba aparcado frente al barracón. Delante se habían formado grupos de hombres. Montoncitos de colillas marcaban el lugar de corrillos desaparecidos.

Se acercó a la puerta. Un policía le pidió los papeles y le dijo que tenía que esperar. Las piernas le flaqueaban y se tuvo que sentar en el suelo con la espalda apoyada en el tabique. Esperó así unos quince minutos, hasta que se abrió la puerta. Se levantó con dificultad. Ángel salía del barracón. Abrió mucho los ojos al toparse frente a frente con Joaquín. Después bajó la cabeza y al pasar por su lado murmuró entre dientes:

—¿Dónde estabas ayer por la noche?

Joaquín entró.

La mesa estaba ocupada por tres personas. Dos eran policías alemanes, el tercero era Eugenio. Él iba a ser el traductor.

Uno de los policías le indicó que se sentara frente a ellos, en la silla que Ángel acababa de dejar libre.

Eugenio le explicó la situación:

—Siéntate, Joaquín. Estos señores son de la policía criminal, están investigando qué le pasó a Rafael y quieren hacernos algunas preguntas.

Él asintió. Eugenio hablaba de un modo desacostumbrado, muy despacio, y Joaquín no podía evitar tener la impresión de que le mandaba señales que no lograba entender.

Las primeras preguntas fueron una rutinaria toma de datos sobre él a la que

respondió con la voz algo pastosa. Después los policías empezaron a preguntarle por Rafael, cómo era, cuánto lo conocía, qué trato tenía con él, qué sabía de su vida en España antes de la emigración. Súbitamente, le asaltaron imágenes en las que se veía persiguiéndolo. No solo imágenes, sino también sonidos, la respiración agitada, el jadeo de la carrera, el rugido. La boca se le llenó de sabor a sangre. Impresiones tan vívidas que tenían que ser reales. Había sido él. «He sido yo... Yo soy la bestia... La bestia que le mordió en las piernas... es que soy un hombre lobo... un lerdo, bruto animal... que no se alejó lo suficiente de la ciudad... me transformé... y me encontré con Rafael... Él también salía por las noches... tenía insomnio... Él me seguía, ahora lo sé... ayer la bestia, yo, se lo encontró por la calle... lo persiguió, lo perseguía hasta que chocó con el tren... Después la bestia se asustaría con esa mole de metal... regresó al bosque...».

—¿Por qué Rafael? —logró decir en voz alta—. Porque así son los hombres lobo, que matan a la gente que quieren... y a Rafael todos lo queríamos... a Rafael había que quererlo porque era muy buena persona... era mi amigo... y por eso la bestia lo ha matado... y...

Los policías lo miraban sin entender.

—Ya está bien, Joaquín. —Eugenio le hizo un gesto para que dejara de hablar y empezó a traducirlo a los policías. Sus rostros, llenos de curiosidad por saber qué había dicho el español con tanta vehemencia, se mudaron en una rutinaria atención profesional a medida que hablaba Eugenio.

Un par de preguntas más y los policías se marcharon.

Joaquín se quedó a solas con Eugenio.

—No les has dicho lo mismo que te he contado, ¿verdad?

—¿Por qué lo piensas?

—Los policías se han ido sin apenas mirarme. Además, he estado atento y no has usado la palabra *wolf*.

—Pues no.

—¿Por qué?

—Porque no creo que sea verdad nada de lo que has contado.

—¿Por qué?

—Digamos que he tenido un pálpito. —Eugenio bajó la voz al añadir—: Además, tengo un primo segundo que también se pone extraño con la luna. —Sonrió.

Joaquín lo veía detrás de un velo nebuloso. No estaba seguro de haber escuchado las últimas palabras.

—Acuéstate, Joaquín, estás ardiendo de fiebre.

Dos días de fiebre, de sopas de Beppe, de calor y tiritones, de la visión fugaz de un trajeado funcionario consular que venía a buscar las cosas de Rafael, que salía del barracón cargando dos maletas y con el osito debajo del brazo, de levantar la cabeza para verlo por última vez. ¿Ya no sonreía? ¿Estás enfadado? Los ojos negros. Te lo advertí una y otra vez. Lo sé, lo sé. Bueno, adiós. Adiós, Rafael. Adiós, Rubio. Adiós, Anne. En el pueblo un niño de mi curso se murió de fiebres tercianas. ¿Me voy a morir, abuela? Vicente, ve y pinta el color de los ojos en la foto de la abuela en el cementerio. También los del abuelo, para que se puedan mirar. ¿De qué color? Castaños. Todos tienen los ojos castaños. Nadie en mi familia tiene los ojos verdes. Verdes como los de la bestia. Yo también me sé la historia. En los pueblos todos callan y todos hablan. La bestia tenía los ojos verdes. Yo también. Dos días de fiebre. Dos días y dos noches en los que los compañeros salían para unirse a los piquetes y se quedaba solo, macerando su culpa. ¿Cuándo empezó todo? Al nacer. No, en agosto, hace cuatro años. Después, encierros. No hice daño en septiembre. Tampoco en octubre. Tampoco en noviembre. Para ya un ratito con la cancioncilla de los meses, ¿quieres? Espera, que te pongo un paño frío en la frente, pero después te estás calladito un rato, ¿vale? Tantos meses sin hacer daño. No hagas daño, Ximo. No, abuela. No hice daño en enero, no hice daño en febrero... Pero la primera vez es una vez de más. Voces y pasos, los golpes de los cubiertos al comer, a veces suenan cercanos, a veces remotos, raspado de cerillas, sillas rozando el suelo. Respiraciones en la noche. Y otra maleta que se marchó.

Tres días tras la muerte de Rafael, se levantó de la cama.

Ese mismo día la huelga llegó a su fin. La empresa minera había aceptado mejorar las condiciones de vida de los trabajadores extranjeros, y realojarlos en pisos decentes. La empresa minera afirmaba que ofrecería un ligero aumento de los salarios y adoptaría medidas para garantizar mayor seguridad en las galerías siempre que los trabajadores abandonaran la huelga de inmediato y se recuperara la normalidad.

Volvieron, pues, a la mina. Sin alegría. Por encima planeaba la muerte



inexplicable de Rafael. Nadie se atrevía a decirlo, pero todos suponían que había una relación entre la muerte del compañero y las concesiones de los patronos. Él, aunque débil, bajó también. Eugenio no le quitaba el ojo de encima. No volvieron a hablar de su confesión a la policía, pero de vez en cuando, si le parecía ver dudas en la expresión de Joaquín, le decía:

—Espera a ver a qué llegan las investigaciones.

El cuerpo de Rafael fue repatriado. Lo enterrarían en su pueblo en Teruel.

En el barracón quedaban dos camas libres, la de Rafael y la de Ángel, que se había marchado a vivir de realquilado con unos parientes lejanos el día después de la visita de la policía. Ya no bajaba con ellos al pozo, había pedido que lo cambiasen de grupo. Tras la huelga y la muerte de Rafael, los patronos y los capataces se mostraban especialmente flexibles.

Él estaba convencido de que Eugenio se equivocaba con su palpito.

Y Anne. Nunca había tenido Joaquín tanto miedo, nunca había dormido tan poco y nunca la maldición lo había hecho tan desgraciado como entonces. Se sentía demasiado solo y abandonado. Y, sobre todo, muy cansado de ser lo que era.

No volvió al bar de Heinz. Después de la jornada se metía en el barracón y pasaba las horas tumbado en la cama. Recordaba la casa del pueblo, el frío del cuarto donde se encerraba. Tal vez debería volver a Vistabella y encerrarse en un cuarto para siempre, reforzar la puerta, cerrar con llave y tirar la llave afuera. Se imaginaba allí durmiendo, por fin durmiendo, a oscuras, como en el vientre de la mina. Se veía a sí mismo definitivamente en paz.

De las averiguaciones de la policía les llegaban solo rumores.

—Dicen que han pillado a tres que se dedicaban a «cazar» extranjeros.

—Parece que los metían a la fuerza en un coche y después los azuzaban en un descampado.

—Lo denunció ya un turco.

—No era turco; era griego.

—Bueno, turco, griego, ¿qué más da?

—Pues no es lo mismo. ¿Tú qué pensarías si dijeran que eres portugués?

—Me han contado que se lo han hecho a otros, pero que hasta ahora todos callaban.

—Y si no se callaban, tampoco nadie les hacía mucho caso.

—Que no iban a por Rafael, sino a por un extranjero cualquiera.

—Que dicen que solo querían asustarlo.

—¿Y los mordiscos?

—Un pastor alemán.

—No, era una dóberman, aquí lo hacen con un dóberman.

—Porque les quitamos los puestos de trabajo.

—¿Cómo que se los quitamos? Si aquí abajo no se quiere meter ninguno de ellos.

—Yo eso no me lo creo. Es cosa de la patronal.

—Los patrones contrataron a unos sicarios.

—Para acojonarnos.

—Y se les fue la mano.

—O tal vez no.

—¿Tú crees que querían de verdad pelar a uno?

Los mineros habían vuelto al trabajo, un par de ellos habían recibido viviendas y durante varios días algunos ingenieros entraron en las galerías para, se decía, estudiar las medidas de seguridad.

Antes de que los ingenieros resolvieran qué medidas de seguridad había que tomar, la mina, vieja y fatigada, decidió no esperar más. Una mañana varias galerías se hundieron a la vez y aprisionaron a un grupo de mineros. Un gran grupo logró encontrar una salida por un pozo de seguridad, dos salieron arrastrados por los compañeros varias horas después. Las primeras perforaciones sacaron a otro muerto. Faltaban dos. Los sondeos los habían detectado, atrapados entre masas de tierra y piedras en uno de los túneles abandonados. Vivos. Desde arriba se oían sus señales. Golpes. Estamos aquí.

Eran un joven minero alemán y el capataz Borowski.

Según el equipo de rescate, iba a ser difícil llegar al lugar en el que se encontraban.

—Es inaccesible.

—Es demasiado inestable.

—Es demasiado estrecho.

—Es demasiado improbable.

—Cuando lleguemos...

—Si llegamos.

—... ya habrán muerto asfixiados.

—Pero no los vamos a dejar allí, ni vivos ni muertos.

De una mina en Bochum les llegó una cápsula de rescate, un estrecho cilindro de acero, con la forma de un torpedo, en el que justo cabía un hombre de pie.

Empezaron a perforar el acceso por el que querían aproximar la cápsula al túnel en el que habían quedado atrapados los mineros. La excavación iba a durar horas, le tenían que ganar uno a uno los metros a la tierra, temiendo a cada segundo que un corrimiento súbito engullera su labor.

Los trabajadores se apiñaban en la superficie. Ninguno quería marcharse hasta que los dos que faltaban estuvieran también afuera.

A pocos metros del lugar en el que las máquinas agujereaban con tenacidad y lentitud de orugas, tres hombres discutían con las cabezas muy juntas. Uno gesticulaba con vehemencia, otro hablaba con las manos metidas

en los bolsillos de la gabardina, el tercero, el único que llevaba casco y no sombrero, tenía los brazos cruzados sobre el pecho, parecía estar en desacuerdo con los otros dos. Interrumpieron la discusión y los dos hombres con sombrero observaron las filas de trabajadores rodeando las perforadoras. Con ceño interrogante, parecían tasarlos, medirlos, pesarlos. Al sentirse tocados por esos ojos escrutadores, los hombres interrumpían las conversaciones y se tensaban, a la espera de que uno de ellos les dijera o pidiera algo. Los tres, sin embargo, volvieron a su litigio. El hombre del casco movía la cabeza negando. De repente, pareció cansarse de la discusión, separó los brazos para hacer a un lado a los otros dos, avanzó hacia los mineros y sin preámbulo alguno preguntó si había algún voluntario dispuesto a bajar en la cápsula.

La onda expansiva de la pregunta se extendió entre las filas de hombres. Todos bajaron los ojos, como si la explosión también los hubiera deslumbrado. Muchos hombros se tensaron pero no llegaron a levantar los brazos. El silencio de los mineros era tan denso que absorbía el estruendo de las máquinas perforadoras. Golpeó a Joaquín en el estómago. Sintió náuseas. Algo se revolvía en su interior. La bestia, primitiva, había intuido su pensamiento antes incluso de que lo tuviera.

En la burbuja espesa en la que el tiempo se había detenido, su mano comenzó a levantarse con lentitud gelatinosa. A su alrededor, toses nerviosas, pies que raspaban inquietos el suelo, manos frenadas por las bridas del miedo. La suya ya se acercaba a la altura del codo. El hombre del casco buscaba en la masa apiñada, consternada. Ninguno de los mineros lo había mirado todavía. Los primeros que habían levantado los ojos miraban a su alrededor. La mano de Joaquín rebasaba su barbilla. Otras, repartidas entre las filas, estaban a punto de iniciar el mismo movimiento. La de Joaquín ya sobresalía de la multitud. Con los cinco dedos extendidos. Por un segundo recordó a Anne. Cinco cervezas. Si el miedo o la bestia o el miedo a la bestia hubieran tratado de frenarlo, su miedo, el miedo de hacerle a Anne lo que le había hecho a Rafael, tiró de su mano con una convicción tan absoluta que el hombre del casco no podía más que ignorar las otras manos alzadas. Tenía que ser esa.

Joaquín avanzó entre aplausos, abrazos y ojos húmedos. Ellos ya tenían al voluntario que buscaban. Él, la muerte que deseaba.

Con la ayuda de Eugenio le explicaron que bajaría con la cápsula a la galería en la que suponían que estaban los compañeros. Le dieron

instrucciones precisas de cómo tenía que moverse y del modo en que tenía que buscarlos. Le dijeron también que, en caso de que alguno estuviera vivo, a ese tenía que meterlo el primero en la cápsula. Si ambos lo estaban, primero el que, en su opinión, tuviera más posibilidades de sobrevivir.

—¿Cómo quieren que sepa eso?

—Fíate de tu instinto —le dijo Eugenio, sin traducir las palabras de Joaquín ni las suyas a los técnicos.

Si ambos estaban muertos, no importaba el orden.

—Y si oyes algún crujido amenazador, te metes tú en la cápsula para que te puedan sacar cuanto antes.

—¿Dejando a los compañeros abajo después de darles esperanzas?

Ni los técnicos ni Eugenio tenían respuesta.

—Calculamos que mañana a primera hora de la mañana el camino de la cápsula estará libre. Mejor que intentes dormir un poco. Va a ser duro.

Pero no podía dormir.

Para matar las horas hasta el momento de meterse en la cápsula, paseó de nuevo por la ciudad. Estaban a mediados de junio; una capa de nubes cubría el cielo y arrojaba la ciudad en un tibia capa de aire.

Aunque tapaba también la luna, él ya notaba el cuarto creciente. De todos modos, esta vez le iba a hacer la trampa definitiva a la maldición. Durante el próximo plenilunio la luna lo buscaría en vano, no lo iba a tocar nunca más.

De pronto, le pareció percibir los pasos siguiéndolo. ¿O se engañaba y los estaba imaginando? Prestó más atención. Sí, ahí estaban, suaves y discretos, como los pasos de un felino, más listo y sutil que un torpe lobo.

No era Rafael, entonces, quien lo había seguido.

Se detuvo en medio de la calle desierta. Los pasos, también. Empezó a andar, pero no lo siguieron. Su sombra, tal vez sabía que había sido descubierta. Se alejaba. Cada centímetro era doloroso. A los pocos metros no lo resistió más. Se dio media vuelta. Atento. No se oía nada, su perseguidor no se movía. Avanzó unos pocos metros muy despacio. Los pasos lo imitaron, se apartaban. Se detuvo. Los pasos, no. «Se va. Corre, lobito, corre». Echó a correr.

Dobló una esquina. Anne se apretaba contra una puerta, tratando de ocultarse entre las sombras. Se asustó al verlo, pero exclamó:

—¡No tengo miedo! No te tengo miedo.

Y era verdad. Lo notaba, conocía muy bien el miedo que podía inspirar y ella no lo sentía.

—¿Eras tú?

Anne afirmó con la cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Poco después de que aparecieras por el bar.

—No es verdad. Empezaste a seguirme más tarde.

—Eso es lo que tú crees. Ese fue el día en que dejé que oyeras mis pasos.

Él bajó la vista y le miró los pies. Llevaba los mismos zapatos que en el bar.

—Te he seguido casi todas las noches, menos cuando has tenido que trabajar en la mina.

Hablaban en susurros, encajonados en el portal de un bloque de pisos dormido. Una tímida coreografía adolescente les había permitido no tocarse a pesar de la estrechez y el deseo.

—¿También las noches de la huelga?

—Sí.

Entendió entonces por qué ella no se había sorprendido cuando le confesó en el bar que era un hombre lobo.

Anne parecía tan tranquila que Joaquín rompió el pacto tácito y la tomó de las manos para preguntarle:

—¿Fui yo quien...?

—No. Estabas en el bosque.

Entonces, iba a resultar cierto alguno de los rumores que pasaban de boca en boca en la mina. Sin embargo, en su mente las imágenes eran tan vívidas que hasta podía verse persiguiendo a Rafael, oír el sonido de sus dientes desgarrándolo, notar el sabor de la sangre.

—Pero... —llegó a balbucir.

Anne se soltó e hizo un gesto tajante con la mano, una guillotina que les cortó la cabeza a las dudas en cuanto asomaron.

—Tú no mataste a Rafael. No saliste del bosque. Te vi todo el tiempo.

—¿También cuando maté?

Ella asintió y se mordió los labios.

—Un corzo —dijo con un hilo de voz.

—¿Cómo es posible que me sigas sin que lo note?

—No lo sé.

—¿Solo te pasa conmigo?

Ella le lanzó una mirada burlona.

—Nunca he seguido así a otro hombre, si es eso lo que quieres saber.

—No, no. Solo quiero saber qué eres.

—¿Qué soy? ¿Quién voy a ser? Anne.

La abrazó.

Pero la maldición lo recuperó de un mazazo. Se apartó de ella. No podía hacerle eso. Estar con él, el simple hecho de saber lo que era suponía un gravísimo peligro.

Así se lo explicó, le habló atropelladamente de su preocupación, de su miedo. Repitió una, dos, tres veces la palabra «imposible».

—Lo siento —dijo ella—. Pero no lo acepto.

—Tiene que ser así. No puedes estar con alguien como yo.

—Eso es mi decisión. ¿No te parece?

—Estoy tan cansado...

Una voz agria, pastosa de sueño, salió de una de las ventanas del tercer piso:

—¡Marlies! ¿Otra vez en el portal tonteando con el novio?

Anne se llevó la mano a la boca y empezó a reír entre dientes.

—Como tenga que bajar tu padre...

Joaquín no entendía lo que decía la mujer que les gritaba. Se encendieron varias luces más. La de una ventana en el edificio de enfrente iluminó el portal y les permitió verse las caras. Anne lo cogió de la mano.

—Ven.

Tiró de él. Llegaron en silencio a su casa. Entraron sin pasar por el bar, por una puerta lateral. El piso estaba en silencio, los padres y la hermana de Anne estarían durmiendo. Lo condujo a su habitación. Olía a jabón de lavanda, un poco al aceite de las patatas fritas del bar, un poco a tabaco, un poco a cerveza. Como ella.

—Tienes que dormir.

Joaquín se dejó desnudar mansamente y se metió en la cama.

—Tengo que estar en la mina en pocas horas.

—No te preocupes, yo te despertaré a tiempo.

—Pero...

—Confía en mí.

Sintió que sus músculos se aflojaban, que por primera vez en mucho tiempo dejaba caer los hombros y los brazos. Se durmió por fin.

Cuando Anne lo despertó besándolo y acariciándolo, le embargó una sensación desconocida de felicidad.

Se vistió. Ella lo observaba sentada en la silla en la que había estado velándolo esa noche.

—¿Vas a volver?

—Sabes lo que significa si vuelvo, ¿verdad?

Lo sabía y no le importaba. Se lo dijo y se lo repitió tantas veces como él pudo escucharla.

—Vas a volver, ¿verdad?

Abandonaron sigilosos el cuarto. La casa seguía en silencio. Lo acompañó hasta la puerta.



—Yo me quedo aquí —le dijo—. Hasta que regreses.

Joaquín se marchó. Se giró una vez para mirarla. Seguía en el umbral. No lloraba. Movía los labios:

—Vuelve.

—Vuelve.

La voz lo acompañó todo el camino.

En la mina la gente se agolpaba en los alrededores del lugar en que excavaban el agujero para el rescate. No solo mineros, también ingenieros, jefes de la mina, médicos y enfermeros; policías, periodistas. Y muchos curiosos. Se detuvo en seco al verlos. Dio un paso atrás. Estaban tan absortos en los movimientos de rotación de la perforadora que no lo habían visto llegar. Solo Eugenio, que parecía haber estado al acecho.

—No me da miedo, Eugenio.

—Lo sé. Tampoco lo tuviste el primer día.

—Pero todas esas personas...

Lo llevó a una caravana para que se cambiara de ropa, la misma que llevaba cuando bajaba a trabajar, excepto el calzado, unas botas recias, pero sin refuerzos metálicos. Allí podía esperar sin ser visto. Eugenio lo acompañó con un silencio solícito de cigarrillos, café y unas rebanadas de pan con mantequilla.

La mirada apesadumbrada de Eugenio dejaba entrever que había pocas esperanzas de que Borowski y el otro minero siguieran con vida.

—Bajaré de todos modos, aunque solo sea para recuperar los cuerpos.

—A Rafael le habría gustado saberlo.

Ambos sonrieron con tristeza.

Casi dos horas más hasta que terminaron la perforación.

Uno de los ingenieros vino a buscarlo. Todo estaba dispuesto.

Al reconocerlo, la multitud empezó a aplaudir. Joaquín, escoltado por Eugenio y el ingeniero, no miró ni a un lado ni a otro. Sabía que las esposas de los mineros atrapados estaban también allí. No quería verlas. No quería bajar con la carga adicional de sus miradas esperanzadas.

Colgada de un trípode anclado en el suelo, la cápsula se balanceaba como un ajusticiado.

Se hizo un silencio respetuoso en el momento en que llegó a la plataforma para entrar. «Vuelve». Le pareció oír la voz de Anne al meterse dentro del

sarcófago de metal en el que, para caber, tenía que dejar los brazos estirados hacia arriba, como si estuviera saltando a una piscina. Cerraron la puerta. Quedaba perfectamente encajada en el hueco, para evitar que la fricción pudiera dificultar la bajada. Fue una reacción refleja tratar de llenar los pulmones de aire. El acero le oprimió el pecho. La cápsula oscilaba en el aire y golpeó contra el tubo de metal por el que la introducían en el agujero. Las piernas le flaquearon. Las rodillas tocaron el metal. Ni siquiera caer podía.

Un tirón y empezó el descenso.

Iluminado por la luz del casco, su rostro reflejado en el cristal de la minúscula ventanilla cambiaba de color con las distintas capas de tierra. Respiraba como a sorbos de pájaro con la espalda pegada al metal para evitar el contacto con el pecho. Entre el fragor de la bajada le parecía distinguir una voz que repetía «Vuelve».

Un golpe repercutió en todo su esqueleto. Había llegado a la galería. Empujó con los codos. Los sondeos no habían errado, había espacio suficiente en la galería para abrir la puerta. Salió. Hacía varias horas que no llegaban golpes de los sepultados, pero sabía en qué túnel tenía que adentrarse. Anduvo varios metros flanqueado por vigas vetustas, tan doloridas que parecían ser ellas las que dejaban escapar los crujidos que amenazaban otro derrumbe. En una parte del túnel habían cedido y tuvo que apartar la tierra con las manos. «Vuelve», decían los terrones al caer a un lado. Logró abrirse un paso lo bastante ancho para poder pasar arrastrando un cuerpo. El techo bajaba gradualmente. Llegó encorvado al lugar en el que habían logrado refugiarse los dos compañeros, un fragmento más ancho del túnel, cegado en el otro extremo por el desprendimiento. Los mineros atrapados habían excavado en esa dirección; el hueco cóncavo le recordó vagamente la capilla secreta en Vistabella.

Enfocó los cuerpos con la linterna. Sentados uno al lado del otro, cubiertos de tierra, desmadejados como dos títeres de piedra. Se acercó y les buscó el pulso. Estaban vivos.

Decidió llevarse primero al muchacho, porque era el más ligero y temía agotar sus fuerzas si lo hacía al revés.

Cargó el cuerpo sobre los hombros, como hacían los pastores en la aldea con las ovejas. Tenía que caminar con las piernas combadas. Rugía de dolor por los músculos que se rasgaban en el esfuerzo. Lo metió en la cápsula. Cerró la puerta con fuerza y dio la señal a los compañeros arriba de que podían subirlo.

Se adentró otra vez en la galería. Sobre su cabeza la tierra gemía amenazando con nuevas roturas. Fue a buscar a Borowski.

Pasó las manos por debajo de los brazos del capataz y entrelazó los dedos para ceñirlo; tiró de él. Las sacudidas hicieron que Borowski recobrase el conocimiento. Tocó las manos que lo sostenían.

—¿Quién eres?

—Joaquín.

Lo arrastró unos pocos metros. Los brazos le ardían, la espalda amenazaba con troncharse, pero siguió tirando mientras que la mano de Borowski se clavaba en su muñeca.

Mientras esperaban que regresara la cápsula, lo dejó en el suelo y reptó hasta ponerse a su lado. La lámpara del casco iluminó el rostro cubierto de tierra, en el que dos finas líneas claras que bajaban paralelas desde los ojos a la barbilla marcaban el curso de un momento de llanto. Parpadeaba deslumbrado. Cuando por fin pudieron mirarse, Joaquín vio en los ojos del capataz el reflejo amarillo de sus propios ojos.

—Gracias —dijo Borowski—. Seas lo que seas, gracias.

—Soy un compañero. —Se acercó más al capataz—. Un compañero. ¿Vale?

—Vale.

Borowski aún llegó a sonreír antes de desmayarse de nuevo.

Poco después la cápsula tocó de nuevo el suelo. Depositó el cuerpo inerte en el interior y avisó a los de arriba.

Se sentó en el suelo. Le pareció escuchar la voz de Anne, como si estuviera en la boca del agujero por el que la cápsula ascendía velozmente. «Vuelve».

La tierra gruñó sobre su cabeza. Un rugido de estómago hambriento dispuesto a engullirlo.

El tubo cilíndrico seguía ascendiendo hacia la superficie con un chirrido estridente y rítmico a la vez. La voz le repetía: «Vuelve, vuelve, vuelve».

«¿Sabes que los hombres lobo matamos a los que queremos?».

«Ni se te ocurra no volver».

Un chasquido y el sonido de la tierra al desprenderse.

«Vuelve, vuelve, vuelve», le pareció que decía la tierra al golpear contra sus botas.

Finalmente, la cápsula bajó de nuevo.

Esperaba que a Anne le gustase el pasador con perlitas. Ahora sabía que lo había guardado para ella todos esos años.

Y tendría que regalarle la navaja de plata de su abuela.

Fráncfort, 6 de enero de 2017

## Agradecimientos

Llega de nuevo, y en cada ocasión es un trabajo muy placentero, el momento de dar las gracias a las personas que me han ayudado a llegar precisamente a esta página.

En esta ocasión se trata de una lista más familiar. Vistabella del Maestrazgo era el pueblo natal de mi abuelo materno, Leoncio Moliner. En él pasé muchos veranos de mi infancia. Pero, como la memoria es traicionera, quiero agradecer a Juan Ribas, Montse Ribas y Francisco Rocho sus atentísimas lecturas del manuscrito y sus correcciones.

Gracias a Joaquín Martínez por mandarme muchas fotos que me ayudaron a revivir o construir tantas imágenes.

Gracias al minero Antonio Jiménez Velasco por su generosa conversación en el Museo Alemán de Minería de Bochum, en la que tanto aprendí sobre la vida de los mineros. Maravillosa historia la de *Butterbrot*, aunque no la haya introducido en la novela.

Gracias a mi gran amiga Angélica Jiménez por acompañarme no sólo en el viaje a Bochum sino durante una vida entera.

El manuscrito de esta novela tuvo el privilegio de ser leído por la inteligencia, el perfeccionismo y la sensibilidad de Társila Reyes y Marta Kapustín. Gracias por vuestros comentarios, críticas y aportaciones.

En mi marido, Klaus Reichenberger, he encontrado un soporte constante, un lector generoso, un oyente inteligente no solo durante la escritura de la novela.

De los errores que puedan aparecer, a pesar de haber contado con todo este apoyo, reclamo la autoría completa.

A mis editores de Siruela les agradezco su confianza en este proyecto incluso cuando solo era un resumen de poco más de una página.

A Ella Sher, mi agente, su incansable apoyo.

A la Diputación de Castellón, el reconocimiento que representa la concesión del galardón Letras del Mediterráneo en la categoría de narrativa a esta novela.

# Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[LA LUNA EN LAS MINAS](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[I](#)

[19](#)

[20](#)

[II](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)  
[29](#)  
[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)  
[35](#)  
[36](#)  
[37](#)  
[38](#)  
[III](#)  
[39](#)  
[40](#)  
[41](#)  
[42](#)  
[43](#)  
[44](#)  
[45](#)  
[46](#)  
[47](#)  
[48](#)  
[49](#)  
[50](#)

[Agradecimientos](#)